



**LA  
COLMENA  
DE  
CRISTAL**

**P.M. HUBBARD**



**LABESTIA  
EQUILÁTERA**



LA **BESTIA**  
EQUILÁTERA

P.M. HUBBARD

# La colmena de cristal

Traducción de *Ernesto Montequín*



# ÍNDICE

[Cubierta](#)

[Sello](#)

[Portada](#)

[Agradecimiento](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[P.M. Hubbard](#)

[Copyright](#)

[Otros e-books de La Bestia Equilátera](#)

Agradezco a  
CECIL DAVIS S.A.,  
de Grosvenor Street,  
que el 24 de junio de 1963  
pagó seis mil quinientas libras en Sotheby's  
por la vasija "K.Y." de Verzelini,  
y sin embargo está dispuesta a ayudar al coleccionista menor.

## CAPÍTULO I

LA PINTURA ESTABA DESCASCARÁNDOSE, pero el letrero aún era legible. “Muebles y Antigüedades”, decía. Retiré el pie del acelerador, por simple reflejo. Nunca se sabe, sobre todo en estos pueblitos perdidos. Las grandes ciudades y los lugares turísticos son una pérdida de tiempo. Ya no queda prácticamente nada en ellos y lo poco que hay tiene precios especulativos, bastante más altos que las cotizaciones realistas de Londres. Pero aquel era un pueblo industrial de tercera categoría y la tienda, ubicada en una calle apartada, parecía atiborrada de trastos viejos.

Estacioné el auto a mano izquierda, en la esquina de una callecita lateral con casas de ladrillo de una fealdad sin redención. Bajé y me puse un impermeable viejo. Por más que mi acento me delatara, al menos no parecía un turista. Podía estar allí por negocios.

Pasé delante de la vidriera, atestada de objetos de toda laya. Sentí un leve mareo y supe que en mi sien derecha había empezado a latir una vena. Es bastante extraña, esta pasión de coleccionista. No sé qué opinan los psicólogos al respecto, pero estoy convencido de que es un sucedáneo de alguna emoción más profunda. No precisamente del sexo, creo. Más bien de ese instinto de cazar o de acopiar comida que se remonta al Mesolítico. Es indudable que es una enfermedad de la civilización, y la mayor parte de las civilizaciones prefieren formalizar el sexo en lugar de ocultarlo.

Por otra parte, aunque sé que nada es más fácil para un coleccionista que burlarse de otro, seguramente lo que uno colecciona hace la diferencia. A veces puedo ser un poco ridículo, pero el hombre capaz de matar por una marquilla de cigarrillos es obviamente un enfermo.

Volví sobre mis pasos, abrí la puerta y entré en la tienda.

La puerta hizo sonar un timbre eléctrico —no por nada estábamos en la Gales industrial—, pero adentro no había nadie. El interior estaba repleto de objetos casi hasta el techo. Ignoré los muebles y los bronce, los rollos de

alfombras y las pilas de frazadas dobladas cuyos dueños habían muerto hacía tiempo. Espié entre ellas, pero detrás no había nada. Caminé hacia los estantes ubicados en el fondo de la tienda. Había algunas porcelanas, una de ellas probablemente valiosa para alguien interesado en esa clase de cosas, y detrás tres hileras de cristalería polvorienta.

El hombre apareció de repente detrás de un armario de caoba. Debía de haber una puerta en la pared lateral. Se lo veía un poco enclenque, pero no decrepito. Es probable que cobrara alguna pensión y que la venta de objetos usados fuera solo una actividad secundaria. Tenía la típica cara de furia anticipada de los galeses. Dije: “Buenos días, disculpe la molestia”, porque sentí que el tipo esperaba que me disculpara por el solo hecho de haber entrado en la tienda. Saludó con un gruñido, pero su desconfianza permaneció intacta.

—Me preguntaba si tendría algo donde se pudiera colocar un ramo de flores —dije—. Algo pequeño. A una sobrina mía le encantan las cosas viejas.

Apartó sus ojos de los míos con relucencia, como si al hacerlo perdiera la oportunidad de descubrir qué buscaba. Recorrió el interior de la tienda con una mirada desganada.

—No sé —dijo—. ¿Una especie de jarrón?

—Sí, o una jarra vieja, un tazón o algo por el estilo. Incluso una copa de cristal vieja. No quiero nada demasiado grande.

—¿No vio nada en la vidriera? —preguntó. Seguía queriendo saber por qué había entrado.

—La verdad es que no miré con demasiada atención. Puede que haya algo.

Tomé una lecherita eduardiana y la hice girar entre mis manos, incitándolo a que fuese hasta la vidriera y me dejara solo. Vaciló un poco, pero luego caminó hacia la vidriera. Movié una mesa y un par de marcos de fotos se desplomaron en medio de una pequeña nube de polvo. Masculló algo y se inclinó para recogerlos. Yo estaba ya frente al estante de la cristalería, examinando lo que había detrás de las jarras cascadas y de los toscos vasos de vidrio soplado. Tenía la boca seca.

El cristal del siglo dieciocho tiene un brillo inconfundible. Aún hoy considero que no hay por qué avergonzarse de la pasión que despierta, a menos que no puedas controlarla. Es un producto característico del último florecimiento de nuestra civilización, antes de que la revolución industrial

trajera prosperidad y mecanización. Fue entonces cuando empezaron a agregarle carbonato de sodio al cristal, incluso al de buena calidad, hasta transformarlo en pasta barata. El apogeo duró apenas unos cien años, desde que los fabricantes aprendieron a modificar la fórmula de George Ravenscroft para evitar que el cristal se cuarteara y el momento en que abandonaron la magia natural del centrifugado por el brillo artificial del molde. Fue un período en que todo lo hacían bien, por más que fuese una jarra de cerveza para una taberna o una “flauta” para contener la efervescencia del primer y rústico champán. Fabricaron miles y miles de copas hermosas, que hoy están todas rotas y enterradas a excepción de unas pocas que han sobrevivido para avergonzarnos y deslumbrarnos. Son todas “piezas de colección” que ya casi no se encuentran por ninguna parte, salvo precisamente en museos o en colecciones privadas.

Lo oí regresar de la ventana y me volví hacia él con una expresión de interés. Traía una jarra cervecera de peltre y un cuenco de bronce de Birmingham.

—Tengo estas —dijo.

Tomé la jarra cervecera y la estudié detenidamente.

—Podría ser —dije—. Aunque en realidad busco algo más pequeño.

La coloqué en un rincón vacío de la mesa polvorienta. Puse la lecherita de porcelana floreada junto a ella. Luego me volví hacia el estante de la cristalería y bajé el horrendo vaso de la primera fila. Ahora podía ver con mayor claridad lo que había detrás. Solté un gruñido de asombro y lo alcé procurando manipularlo con torpeza. “Qué cosa más rara”, dije. Mi voz sonaba completamente artificial. Era una copa de cristal de Newcastle completamente roñosa y en óptimo estado, de unos veinticinco centímetros de altura, con un cáliz de una redondez perfecta apoyado sobre un magnífico balaustre con varios nudos.

—Me pregunto de dónde habrá salido —dije.

Me miró con suspicacia. Era un ignorante pero también un negociante nato, como todos los de su clase, y había percibido algo de mi excitación.

—Es cristal antiguo. No se ven muchas así.

La tomó y se puso a lustrarla bruscamente con un trapo grasiento. Mi mano estuvo a punto de arrebatársela, pero logré controlarme. La observaba girar entre sus manos, mientras me pasaba la lengua por los labios. Al cabo de un rato la colocó sobre la mesa junto a las otras dos. Ahora se veía más limpia. La calidad del cristal saltaba a la vista.



—Es rara, ¿no es cierto? —dije.

Todavía sonaba un poco asombrado. Él guardaba silencio. No me sacaba los ojos de encima ni por un instante.

Observé las tres piezas sobre la mesa: la jarra maciza e inofensiva; la horrenda lecherita; y la copa de cristal absolutamente perfecta. Alcé la lecherita, la examiné meticulosamente y volví a dejarla en el estante.

—¿Supongamos que llevo estas dos? —pregunté.

Miró la copa y volvió a mirarme, varias veces. Su sentido común luchaba contra su sórdido instinto de comerciante, que le decía que algo andaba mal.

—Le dejo la lecherita en diez chelines.

—¿Cuánto...? —exclamé. Tenía la garganta completamente seca y no me salía la voz. Tosí y dije—: ¿Y qué hay de la copa, entonces?

—Eso es cristal antiguo —repitió. Me miró y decidió arriesgarse—: Tendría que cobrarle... —Se calló y pude ver dentro de su cabeza una rueda que giraba marcando una cifra tras otra, mientras trataba de decidir dónde detenerla—. Tres libras por la copa.

Era el momento. Silbé y lo miré azorado.

—Es un poco cara, ¿no le parece? —dije—. No me parece que sea algo tan especial, ¿verdad?

Una mirada de alivio inundó sus ojos. Temía que me precipitara sobre la copa.

—Es cristal antiguo —repitió.

—No digo que no me guste, pero tres libras es demasiado, ¿no cree?

Guardó silencio y fingí pensar en el precio. Dije: “Veamos...” y saqué la billetera. Miré dentro de ella como si no estuviese seguro de cuánto dinero tenía ni de cuánto podía gastar. Él seguía mudo.

Extraje cuatro billetes de una libra y se los ofrecí. Otra vez fue presa de un ataque de furia contenida, pero terminó por tomar el dinero. Alcé la jarra con la mano izquierda y, con sumo cuidado, la copa de cristal con la derecha. Nos quedamos quietos, mirándonos.

—Si me da los diez chelines de vuelto... —dije.

Ahora yo tenía la voz ronca y los ojos del hombre brillaban de resentimiento. Se quedó ahí parado, con los billetes en la mano. Luego extendió la otra mano y dijo:

—¿Quiere que se la envuelva?

Dijo *la*, no *las*.

Negué con la cabeza, coloqué cuidadosamente las manos sobre el pecho y pasé por delante de él rumbo a la puerta de la tienda.

—Ey... —dijo, y salió detrás de mí—. Cambié de opinión. No la vendo.

—Ya la vendió —dije.

Tendió las manos; con una aferraba los billetes y con la otra trataba de agarrar la copa.

—Ya la vendió —repetí—. Le puso un precio, que yo acepté y pagué. Usted tiene el dinero. Yo tengo la copa. La operación está cerrada. Ya no puede echarse atrás.

—¿Cómo sé cuánto vale? —dijo—. Algunas de esas copas antiguas valen una fortuna.

—Esta vale tres libras —dije—. Ese es su precio de mercado. Acabo de comprarla por esa cifra. ¿Qué cree que haré? ¿Venderla de inmediato y obtener una buena ganancia?

Extendió bruscamente la mano como si quisiera atraparme... precisamente a mí, que estaba parado allí sosteniendo ese objeto frágil y bello sin protección alguna. Sentí que se me cerraba la garganta de la furia ante semejante ignorancia y ciega codicia, y con la mano izquierda alcé la pesada jarra de peltre y la interpuse entre su cabeza y la mía. Su mirada debía de seguir clavada en mis ojos, porque lo que vio lo hizo retroceder y retirar velozmente la mano.

La furia todavía me cortaba el aliento, pero el momento crítico había pasado. Volvía a tener el control de la situación.

—¿Va a llamar usted a un policía o prefiere que lo llame yo? Le dirá lo mismo. La compré, pagué por ella y ahora es mía.

La jarra de peltre sonó al chocar contra el picaporte de bronce mientras abría la puerta con la mano izquierda. Salió detrás de mí, pero mantuvo la distancia.

—Es una maldita estafa —dijo—. Eso es lo que es. Una maldita estafa.

—Cuénteselo a la policía —dije.

Me alejé caminando por la vereda balanceando la jarra y sosteniendo la copa de cristal contra el pecho. Me siguió unos pasos, cambió de idea y regresó corriendo a la tienda. Lo observé hasta que entró y corrí hasta la esquina. No había nadie en la calle lateral y fui directo a mi auto. Envolví la copa en sucesivas hojas de *The Times*, procurando que el precioso y delicado tallo quedara bien protegido. La calle seguía desierta. Coloqué con cuidado el paquete en el baúl del auto, me senté en el asiento del conductor y esperé sin

apartar los ojos del espejo retrovisor.

No habían pasado quince segundos cuando el hombre cruzó el otro extremo de la calle. Lo acompañaban dos muchachos fornidos. Pasaron sin siquiera mirar la luneta del auto. Hice una clásica vuelta de tres puntos, regresé a la calle principal y giré a la derecha. Mientras pasaba frente a la tienda vi a una mujer en la puerta, esperando el regreso de los guerreros. Era horrorosa. Tampoco me vio.

Conduje varios kilómetros por la misma ruta por la que había entrado en el pueblo y al llegar a un cruce tomé un camino lateral. El campo era verde y frondoso, pero no podía librarse del todo de los olores de la ciudad. La próxima salida bien podría llevarme a Ambridge, el pueblo ficticio donde transcurre ese programa de radio, *Los Archer*. Detuve el auto y con el paquete en la mano atravesé caminando un prado hasta llegar a un arroyo.

Me arrodillé en la orilla, aparté una a una las hojas de *The Times* y lavé la copa suavemente con las yemas de los dedos en el agua clara, aflojando la mugre añeja y quitando las manchas que había dejado el trapo grasiento del vendedor. A medida que la acariciaba con los dedos, la copa iba recuperando asombrosamente su brillo y cuando la alcé para contemplarla, al fin, estuve a punto de quedarme sin aliento.

—¿Qué es? ¿Algo que acaba de encontrar? —dijo el hombre.

—De comprar —dije.

La reconocí enseguida. Era la voz de Jack Archer. Asintió con la cabeza.

—Qué hermosura —dijo. Hablaba en serio. El hombre de campo todavía es, en general, civilizado—. Vale mucho, ¿no es cierto?

—Difícil saberlo —dije—. Los precios cambian todo el tiempo. Treinta libras, tal vez.

Lanzó un silbido en señal de admiración.

—¿Cuánto pagó por ella?

—Tres —dije—. No, tres libras con diez chelines —agregué, porque nunca recibí el vuelto.

Asintió con la cabeza, alegremente.

—Es una suerte encontrar algo así. ¿Usted se dedica a comprar y vender?

—No —dije—. Es para mí.

—Ah, mejor así. Me alegro que la haya pagado tan barata.

Volvió a asentir con la cabeza y se alejó chapoteando delicadamente en el pasto mojado. Lo adoré tanto como había odiado al hombre de la tienda.

Envolví de nuevo la copa, colocando hacia adentro el lado limpio del papel, y regresé al auto. Sentía ganas de cantar.

Cuando llegué a casa volví a lavarla con agua tibia y un detergente suave. Luego la coloqué sola sobre una mesa, en el centro de la habitación, y me senté a contemplarla. Y después busqué los libros.

Ese es uno de los mejores momentos. No importa cuánto sepas, siempre hay algo que se te escapa o algún dato que necesitas confirmar. Pero sobre todo es como si estuvieras mostrando la copa por primera vez a alguien, para comprobar si tu convicción apasionada resistirá la fría luz que arroja el juicio de un experto. Es una experiencia aterradora y casi nunca definitiva, porque no hay dos copas iguales. Puede que algún autor haga una descripción fiel de ella, pero no siempre resulta completa ni categórica. Otro tiene una fotografía de una copa muy similar, pero discrepa con la datación o la procedencia propuestas por el primer autor. Tienes una pieza fabricada por un artesano con nombre y apellido en una época y un lugar determinados y es posible que hayan existido varias docenas casi exactamente iguales. Pero ya nadie recuerda aquel nombre, y la época y el lugar son materia de conjeturas y de opiniones encontradas entre los expertos. Además, casi todas las otras piezas se hicieron añicos hace tiempo. Perfecto en sí mismo, este objeto ha llegado a tus manos sano y salvo luego de doscientos años de precaria existencia. Pero nunca sabrás toda la verdad acerca de él.

Finalmente, hice lo que hago siempre. La llené, después de Dios sabe cuánto tiempo de sequía y de vacío, con un buen clarete que bebí solemnemente, preguntándome quién habría sido el último en beber de ella y qué. Luego la lavé y la puse de nuevo en su lugar.

Apenas oyó mi voz en el teléfono, David soltó un gemido.

—Oh, Dios, ¿qué encontraste esta vez? —dijo—. ¿Podré soportarlo?

—Una Newcastle —dije—. De unos veinticinco centímetros de altura. Cáliz acampanado, luego dos nudos, balaustre con “lágrimas”, doble anillo y termina en un pie alto y cóncavo. Sin un solo defecto.

Se hizo una pausa y dijo:

—Repítelo.

Lo repetí.

—¿Dónde diablos la encontraste?

—En una tienda de compraventa.

—Maldito seas —dijo—, maldito seas. Iré a verla mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Viste el número de julio de *Cristal Antiguo*?

—No. Lo tengo aquí, pero todavía no lo he mirado. ¿Por qué?

—Levinson —dijo—. Adivina.

—Dime.

—Una *tazza* de Verzelini. Con dedicatoria grabada. Absolutamente increíble.

—No existe —dije—. Dicen que es un invento de él.

—Ahora sí existe —dijo David—. Levinson la tiene. Dedicada a la reina.

—No lo creo.

—Hay fotos. Y Levinson sabe lo que dice. A menos que quiera engañarnos a todos.

—¿Levinson? No —dije.

—¿No? Muy bien, allí la tienes. Mírala con tus propios ojos.

—Eso haré —dije.

Colgué el tubo, arrastré hacia mí la revista por encima de la mesa y rasgué el sobre. Un título cruzaba la tapa. “Una *tazza* Verzelini”, decía.

## CAPÍTULO II

*CRISTAL ANTIGUO* ERA UNA DE LAS REVISTAS ESPECIALIZADAS más bellamente producidas del mundo. Mirarla y aun tocarla era, para cualquier persona civilizada, una delicia. Para cualquier aficionado, a esa perfección estética sumaba algo de la santidad de las Sagradas Escrituras; era como lo que debió de haber sido el salterio de Luttrell en épocas menos sofisticadas y más religiosas. No es que *Cristal Antiguo* aspirase a ejercer una autoridad definitiva. Su línea editorial, si es que la tenía, se concentraba en los aspectos menos eruditos de su objeto de estudio. Pero todos sus colaboradores eran autoridades en la materia y sus páginas eran el foro natural para quien tuviese algo que decir acerca del cristal antiguo. Era forzosamente una publicación excedida en colaboraciones y siempre necesitada de suscripciones.

La suscripción anual costaba veinte libras. La circulación era un secreto que solo conocía su dueño, Peter Sarrett, que también la dirigía y que al parecer vivía enteramente para ella. Pero era evidente que la revista daba pérdidas. Ahora está muerta, al igual que Peter. Se publicó durante seis años y sus veinticuatro números, sobre todo la colección completa, valen hoy en día bastante más que su precio original. Se decía que Peter vivía de rentas y de hecho debía de ser cierto. Porque fuera cual fuese la fuente de su dinero, no era ciertamente *Cristal Antiguo*. Ahí era donde lo gastaba.

Abrí el número de julio —de hecho, solo se había publicado uno antes— y me encontré con el primer y sorprendente artículo. Enseguida me llamó la atención la relativa pobreza de las ilustraciones, pero lo que se veía en ellas era impresionante. En beneficio de quienes no comparten mi afición, debería aclarar que Giacomo Verzelini era un veneciano que trajo su conocimiento y su experiencia en la fabricación de cristal a la Londres isabelina, para furia de los comerciantes ingleses que importaban el cristal de Venecia. Era una época difícil y la furia que desató hizo que incendiaran su taller en el Savoy. Giacomo imploró la protección de su soberana adoptiva, que podía ser dura

con sus súbditos cuando creía que la situación requería dureza. Concedió a Giacomo veinte años de monopolio en la fabricación y venta de lo que llamó “cristales venecianos”. Los comerciantes se retiraron del negocio, pero fue también en ese mismo año, 1575, cuando realmente nació la industria del cristal en Inglaterra, una industria que iba a producir, dos siglos más tarde, algunos de los más maravillosos objetos creados por el hombre.

Comparado con esos productos posteriores, naturalmente, Verzelini es un primitivo, pero el más grande de los artesanos conocidos. Cada una de sus creaciones existentes está debidamente identificada y el hallazgo de una pieza importante con una dedicatoria a la reina grabada en ella equivalía a anunciar el descubrimiento de una obra desconocida de Leonardo, firmada por el maestro y dedicada de puño y letra a su mecenas. Desde luego, el interés público que despertó y la probable especulación acerca de su valor monetario fueron considerablemente menores. Para los entendidos, en cambio, el hallazgo era electrizante y la suma que podía alcanzar encandilaba a los involucrados en el mercado del cristal antiguo.

Para ser honesto, una *tazza* es bastante parecida a un soporte para tortas o a una de esas campanas (sin su cobertura) donde solían poner los sándwiches de jamón en los bares de las estaciones de tren. Es una suerte de plato playo y ancho, sostenido por un pie central. Se supone, y generalmente se afirma, que era obra de Verzelini porque ningún otro de los fabricantes de cristal de entonces podría haberlo hecho. No se conocía ningún ejemplar. Y ahora, de pronto, allí estaba.

Esto me remite a las ilustraciones. Eran modestas fotografías en blanco y negro de una definición razonable, que habrían sido óptimas para ilustrar un libro de bolsillo. Pero resultaban completamente insuficientes para *Cristal Antiguo*. Y el fondo se veía un tanto extraño. Sin embargo, lo que mostraban era, sin lugar a dudas, una *tazza* del período correcto. Habían fotografiado el cáliz de frente para que se viese la inscripción. Había sido grabada con diamante, en los trazos inseguros y finos de la época, y Giacomo, dominara o no el inglés, se había atendido al latín formal:

*Reg<sup>ae</sup>. Alt<sup>mae</sup>. Elizabethae Adiutrici G<sup>mo</sup>. Verzelini d. dedicavit 1576.*

*Adiutrix* era nueva para mí, pero parecía aceptable, y el hecho de que llamara “protectora” a la reina no era, teniendo en cuenta la relación de Giacomo con los comerciantes, un mero gesto cortesano.

Como les decía, allí estaba. Si era como se veía en las fotografías, y si Levinson certificaba su autenticidad, la pieza era fabulosa. El artículo de Levinson era extrañamente lacónico. La *tazza* había llegado a sus manos, pero no decía cómo. Describía sus características y su aspecto, reproducía la inscripción, comentaba acerca de la *adiutrix* en relación con la fecha y nada más.

Llamé por teléfono a Peter Sarrett. Conocía bastante bien a ese hombre taciturno y devoto de su trabajo y sabía que yo no sería el único en llamarlo. De hecho, su teléfono estaba ocupado. Pero luego de varios intentos logré hablar con él.

—Peter, esta pieza de Verzelini... —dije.

—¿Quién habla? —dijo.

—Perdón —dije—. Johnnie.

—Ah... Hola, Johnnie. ¿Sí?

—La pieza de Verzelini que descubrió Levinson, ¿de dónde viene?

—No lo sé.

—¿No le preguntaste?

—Le pregunté, sí. Pero no quiso decírmelo.

—¿Es de él?

—Tampoco lo sé. Para ser sincero, no sé dónde la encontró ni dónde está ahora ni quién es el dueño. Solo sé lo que dice en su artículo. Lo publiqué bajo la responsabilidad de Levinson. Me pareció que era suficientemente bueno.

—¿Quieres decir que no la has visto con tus propios ojos?

—No.

—¿Y quién tomó las fotos?

—Levinson mismo.

—Eso explica todo. Son un poco improvisadas, ¿no? Así que nadie la ha visto, salvo Levinson.

—Hasta donde sé, nadie más.

Dejé escapar un silbido.

—Me temo que no entiendo qué te preocupa —dijo.

—Nada me preocupa. Pero es una situación un tanto extraña, ¿verdad?

—No veo por qué. Levinson quiso publicarlo así y por supuesto me sentí feliz de hacerlo, aunque me habría gustado tener fotos mejores. Pero hablé con él, naturalmente. El objeto es genuino, si a eso te refieres. A menos que dudes de la autoridad de Levinson. O de su buena fe. Yo confío en ambas.



—Oh, sí —dije—, claro que sí. En fin, te agradezco la información. Supongo que lo sabremos todo a su debido tiempo.

—Sí. Supongo que sí, Johnnie —dijo y colgó el teléfono.

Me sentía derrotado, pero es cierto que tratar con Peter nunca fue tarea fácil.

David vino a casa la noche siguiente. Era empleado público y siempre estaba ocupado, o al menos comprometido, durante el día. Le mostré mi bella Tyneside y le conté una versión ligeramente resumida de cómo la había rescatado de aquella tienda de compraventa en Gales. Había colocado la jarra cervecera sobre la repisa de la chimenea como un trofeo de batalla y mientras narraba el episodio la blandía de un lado a otro, con ademanes dramáticos.

David me miraba con curiosidad.

—¿Realmente le pegaste con eso? —dijo.

—No, por supuesto que no. No estoy tan loco.

Tomó la jarra de mis manos y la sopesó.

—Claro que no —dijo, pero no sonaba convencido.

—Pero ¿acaso tú mismo no te habrías puesto furioso? —dije.

Ignoró mi pregunta y dijo:

—No creo que estés loco, Johnnie, ni mucho menos. Para ser un hombre de tu edad y de costumbres solitarias, creo que todavía estás bastante cuerdo. Sin embargo, yo evitaría hacer ademanes dramáticos con una jarra tan pesada en la mano. Eso es todo.

Soltó una risa encantadora. David podía ser muy encantador.

Decidí cambiar de tema. Tenía mi propia y clara versión del incidente en la tienda y estaba en paz conmigo mismo. Lo que recordaba con mayor nitidez era cómo el hombre había apartado la mano y retrocedido algunos pasos, y eso es lo que más placer me daba.

Pero lo cierto es que la *tazza* de Levinson había eclipsado en nuestras mentes a mi copa de Newcastle. El hecho de que mi anónimo obrero de Tyneside fuese un artesano más diestro que aquel viejo veneciano y que tuviera dos siglos de progreso técnico a su favor, era un detalle menor. Como también lo era el hecho de que mi copa de cristal fuese más hermosa. A los ojos del siglo dieciocho los Tudor eran unos bárbaros, y al menos en lo que a méritos visuales se refiere, el siglo dieciocho no estaba equivocado. Pero para un coleccionista, y bajo la fría luz de los salones de Sotheby's, no había

comparación posible. El hallazgo de mi copa de cristal era el golpe de suerte de un coleccionista común. En cambio, la *tazza* era, como ya lo dije, fabulosa.

Volví a dejar la copa de Newcastle en el centro de la mesa y dije:

—Peter no sabe dónde está.

—Lo sé.

—¿Te lo dijo él?

—Hablamos por teléfono. Imagino que tú también lo llamaste. Y al menos una docena de personas más. Tardé un buen rato en comunicarme con él.

—Eso lo explica todo —dije—. Estuvo bastante brusco conmigo. Supongo que ya estaba harto de dar explicaciones. Sin embargo, todo esto es extraño, ¿no te parece?

—No lo sé. En parte sí, supongo. Pero Levinson es un viejo zorro y es cierto que detesta los escándalos. Seguramente no quiso publicar su descubrimiento hasta estar seguro, pero haciendo todo lo posible para evitar el alboroto. Me pregunto qué hará con ella.

—Siempre y cuando pueda hacer algo con ella —dije.

—Sí, esa es la cuestión. Si él no es el dueño, si la *tazza* es propiedad de alguien que no está especialmente interesado en conservarla, saldrá al mercado, no hay duda de eso. Nadie que no sea un coleccionista consumado se quedaría sentado encima de semejante tesoro.

—¿Cuánto crees que puede valer?

—Quién sabe. El cáliz K.Y. se vendió en seis mil quinientas libras en 1963, pero esta tiene otro nivel. Imagino que no está documentada, o de lo contrario habríamos sabido de ella mucho tiempo antes. Pero puede conjeturarse que perteneció a la reina y solo ese dato bastaría para disparar el precio a las nubes. De todos modos, me inclino a creer que no van a dejarla salir del país. —Volvió a tomar la copa Newcastle y me miró—. Imagínate que, en lugar de encontrar esta copa, hubieras encontrado la *tazza* en tu tienda de compraventa. ¿Qué habrías hecho?

Solté una carcajada.

—No seas imbécil —dije—. No habría dejado escapar semejante pieza aunque estuviera muriéndome de hambre.

—¿Lo ves? —dijo—. Te lo dije. Estás un poquito loco, cuanto menos. No es que no te crea capaz de hacerlo.

Examinamos algunas otras piezas de mi colección antes de que David se

marchara. Él ya las conocía a todas, desde luego, pero siempre hay algo nuevo que decir. Había en particular una copa con balaustre que David codiciaba tanto que la manipulaba con un ligero toque de masoquismo. Sentía menos atracción hacia los balaustres huecos que yo, lo cual hacía que mi nueva adquisición fuese menos dolorosa para él.

—Déjame esa en tu testamento, Johnnie —dijo—. Eres soltero y sería espantoso que la vendieran para pagar los impuestos de tu herencia. Soy diez años más joven que tú y, además, es sabido que nosotros los casados somos más longevos.

—Eso está por verse —dije—. Ustedes se arruinan la salud para pagar las cuentas de la escuela de sus hijos. Me quedan muchos años de vida todavía. Pero pase lo que pase con mis cosas, permanecerán unidas. Sabe Dios que no es una colección demasiado importante según ciertos criterios, pero me gustaría que no se dispersara.

—Déjamelas todas, entonces. Combinarán muy bien con las mías.

David se marchó. Eran apenas las siete y cuarto de la tarde.

Volví a sacar el número de julio de *Cristal Antiguo* y eché una mirada a las fotos de Levinson. Las examiné con lupa, pero los detalles no se apreciaban del todo y no eran muy reveladores. El fondo me intrigaba. No era el fondo oscuro, neutral, que uno esperaría. Había algo allí, pero estaba fuera de foco, como si hubieran querido borrarlo con algún truco improvisado. Me habría gustado ver los negativos.

Disqué el número de Levinson y pregunté si estaba en casa. Una suerte de criada me respondió con un titubeo, pero enseguida Levinson apareció en la línea.

—¿Señor Levinson? Habla Johnnie Slade —dije.

—Ah, sí. Buenas noches, señor Slade.

La voz de Levinson tenía un inconfundible acento extranjero. Era un anciano muy distinguido. Supongo que era judío. A decir verdad, no tenía pruebas para afirmar que lo fuese, pero cuando un hombre es tan civilizado como él, tiene un ligero acento europeo y un apellido anglicanizado, uno siempre tiende a darlo por sentado. De hecho, Levinson podría haber venido de cualquier país de Europa central.

—Me pregunto si puede recibirme algunos minutos en estos días —dije. Vaciló. Proseguí:

—Querría saber su opinión acerca de una pieza —dije sin faltar a la verdad, aunque no se trataba de la Newcastle, sobre la cual no tenía la menor

duda.

—¿Ah, sí? —dijo.

Me reí y dije:

—Prometo que no mencionaré la *tazza*...

No rio, pero cuando habló sonreía. Conocía muy bien esa sonrisa.

—De acuerdo —dijo—, por supuesto. Pero espero que cumpla su promesa, señor Slade.

—Así lo haré, de veras.

—Eso espero. Bien, déjeme ver. Tengo un invitado a cenar, pero debería quedar libre a eso de las diez y media. ¿Es muy tarde para usted?

—No, de ningún modo. Es muy amable de su parte. No le quitaré mucho tiempo.

—Bien. Nos vemos luego, entonces. Espero que tenga algo interesante para mostrarme.

—También yo —dije.

—Bien, ya veremos. Estaré solo. Toque el timbre y suba directamente. Sabe dónde encontrarme.

Le di las gracias y corté la comunicación.

Envolví la copa de cristal en papel de diario —los anticuarios suelen usar papel de seda para impresionar a sus clientes, pero en verdad el papel de diario es mucho más apropiado— y la coloqué dentro de una caja de cartón. Era una copa pequeña, con un remolino de color en el tallo, que yo me esforzaba en considerar inglesa aunque tuviera la corazonada de que Levinson me diría que era holandesa. Caminé hasta St John's Wood, donde vivía Levinson. La noche era tibia y tranquila; los primeros reflejos de luz estival se perdían en el resplandor de Londres. No había mucha gente en las calles y los escasos transeúntes caminaban con lentitud. Las mujeres llevaban vestidos de verano sin ningún abrigo encima.

Toqué el timbre de la casa de Levinson y abrí la puerta. Era un chalet de ladrillos, construido hacia fines de los años veinte y rodeado por un jardín. Debía de valer una fortuna, por la ubicación en que se hallaba. Levinson era el único dueño, pero parecía vivir casi exclusivamente en la planta baja. Me pareció oír movimiento en el piso alto, pero no vi a nadie. Subí las escaleras silenciosas y cuando mi cabeza estuvo al nivel del piso percibí el olor fuerte y conocido del cigarro de Levinson.

Abrí la puerta del cuarto que, por alguna razón, Levinson siempre llamaba la biblioteca. Contenía, en efecto, una colección bastante completa de libros de referencia, dos de ellos escritos por el propio dueño de casa, pero la mayor parte de las paredes estaban cubiertas de vitrinas. Levinson estaba sentado en su escritorio, en el centro de la sala, mirándome con su habitual sonrisita, extrañamente amable. Una tenue voluta de humo se elevaba desde la punta del cigarro que descansaba en el borde del cenicero, junto a su mano derecha. El olor a tabaco inundaba la habitación. Tenía las manos sobre el regazo.

Dije “Buenas noches” y enseguida advertí que algo no andaba bien. Me había acercado unos pasos, pero sus ojos permanecían fijos. Se lo veía afectuoso, sereno y amigable, pero un tanto inerte.

No soporto ver seres muertos ni objetos rotos. No sé cómo empezó, pero se remonta a mi infancia. No es la vulgar aversión a la sangre, aunque la sangre lo empeora. Es la ausencia de vida. Parece extraño que sienta eso, con la enorme carga de violencia que hay en mí. Levinson, afortunadamente, no parecía muerto. No se veía el menor indicio que dejara entrever cómo había muerto. Todo estaba en su lugar. Ni siquiera la ceniza de su cigarro era demasiado larga, pero es cierto que un buen cigarro, cuando arde solo, se consume muy lentamente. Tendí la mano para levantar el tubo del teléfono, pero me detuve. Caminé hasta la puerta, la abrí, asomé la cabeza y escuché. No se oía ruido alguno. Volví a entrar en la habitación.

No era una habitación demasiado secreta. No había caja fuerte ni archivero. Sus fichas se hallaban en una mesa lateral, debajo de la biblioteca. Fuera de eso, solo quedaba el escritorio. Estaba bastante repleto de papeles, pero no parecía desordenado. Era el escritorio de un hombre relativamente metódico que trabaja bastante con sus papeles pero carece de secretaria. Tendí la mano hacia el primer cajón izquierdo, lo abrí y luego, con el primer movimiento deliberadamente clandestino que hacía, me envolví los dedos con mi pañuelo.

Ignoro si en verdad esperaba encontrar lo que encontré. La *tazza* era lo que buscaba en ese momento, pero dudo si tenía, conscientemente, algún propósito inmediato. Lo que hallé en el tercer cajón izquierdo era un sobre abierto, con la fecha “12 de junio” escrita a lápiz en el frente. Contenía seis negativos.

Acerqué uno de ellos a la lámpara del escritorio sabiendo, aun antes de verlo, que se trataba de una de las fotos de la *tazza*. Era una vista lateral,

ligeramente inclinada, de modo que mostraba el detalle del tallo debajo del ancho cáliz. Mis sospechas acerca de las fotos habían sido fundadas. Dos manos delgadas y pequeñas sostenían la pieza; la sostenían de tal modo que no se interponían entre la lente de la cámara y el cristal en ningún punto. La base se apoyaba en la palma de una de las manos y las yemas de los dedos de la otra apretaban, en el centro, la boca del cáliz.

El viejo Levinson, sentado tan plácidamente en su escritorio y sin mirarme siquiera, había usado una máscara para borrar, en la impresión, todo menos el cristal. Por qué había llegado a semejante extremo en lugar de limitarse a colocar la pieza sobre una mesa para fotografiarla, era algo que no lograba explicarme. Lo mismo ocurría con los seis negativos: las mismas manos delgadas sostenían con firmeza la frágil pieza, pero esmerándose en no ocultar ninguna de sus partes. Solo en una de ellas un dedo —me pareció que era el meñique izquierdo, pero nunca se sabe con certeza cuando se trata de un negativo— cruzaba encima del reborde del pie. Era el negativo más nítido de los seis, pero no había sido reproducido en la revista. El dedo tenía un anillo.

Miré con los ojos entrecerrados la diminuta transparencia, tratando de ver cómo sería el anillo en el positivo. En el centro tenía un cuadrado oscuro, que en el negativo era blanco; posiblemente fuera un rubí o un zafiro de corte cuadrado, rodeado de alguna guarda indefinida. El aro parecía triple, al menos cerca del engarce. Eso era todo lo que alcanzaba a ver.

Estaba a punto de volver a guardar el sobre en el cajón cuando cambié de opinión y lo metí en el bolsillo interior de mi chaqueta. No se me ocurría para qué podrían servirme esos negativos, ahora que los había visto, pero tampoco me parecía que debiera guardar por mucho tiempo el secreto, por llamarlo de algún modo, que compartía con el viejo Levinson.

Cerré el cajón y me incliné cuidadosamente sobre el escritorio. Volví hacia atrás las páginas de la agenda hasta llegar al 12 de junio. En ella estaba escrita, en la letra inesperadamente enmarañada de Levinson, una sola palabra: “Dunstreet”.

Dejé las páginas donde las había encontrado, volví a inclinarme sobre el escritorio hasta alcanzar el teléfono y marqué el 999.

### CAPÍTULO III

LEVINSON MURIÓ DE CAUSAS NATURALES y legó su colección completa de cristal antiguo al Museo Victoria & Albert. Ninguno de esos dos hechos era, en apariencia, inesperado. Los médicos sabían que sufría del corazón y los miembros del consejo de administración del museo habían recibido previamente una copia del testamento. La colección entera fue meticulosamente catalogada por expertos y no incluía la *tazza* Verzelini. Dejó sus libros a Peter Sarrett, que ya debía de tener la mayor parte de ellos. La consabida familia numerosa, de la que nadie había oído hablar hasta entonces, recibió el dinero. Todo se hallaba en orden, pero nadie sabía dónde estaba la *tazza*. Sus papeles no hacían la menor referencia a ella y no se halló rastro alguno de las fotografías, a excepción de las impresiones que él había enviado a *Cristal Antiguo* para ilustrar su artículo.

Eso me quitó un peso de encima. Había arrojado los negativos y el sobre en la chimenea de mi casa, pero había conservado el diminuto fragmento que contenía el dedo con el anillo, que hice ampliar hasta que empezó a perder definición. Aún no me decía gran cosa. Una piedra oscura cortada en cuadrado, rodeada por una suerte de banda cincelada, probablemente en oro, y un aro muy fino que se abría en un triple abanico a cada lado del engarce. Esa imagen, el nombre Dunstreet y la fecha era lo único que tenía. Pero los demás no tenían siquiera eso. Y nadie sabía que yo al menos tenía todo aquello. Sometí mi copa con tallo arremolinado de color a los expertos de la casa Cecil Davis, que dictaminaron que era holandesa.

En las tardes solía quedarme sentado en mi dormitorio hasta que caía la noche, dándole vueltas y vueltas al asunto. Debía presuponer que, al menos cuando Levinson tomó las fotografías, la mujer ya sabía lo que tenía. Digo “la mujer” porque la dueña de la *tazza* también era, presumiblemente, la dueña de las manos. No había dudas de que eran femeninas. Además de su forma y de su tamaño, solo una mujer podía usar semejante anillo. Tal vez no

era completamente acertado presuponer que ella sabía todo acerca de la *tazza*, pero Levinson debía de haberle dado alguna explicación para justificar su deseo de fotografiarla. Lo cierto es que no se había desprendido de la *tazza* ni había dado señales de vida. Por otra parte, me parecía improbable que Levinson hubiese ocultado información. No era su estilo.

Eso abría varias líneas posibles de investigación. En primer lugar, la línea Levinson: sus conexiones con Dunstreet, sus movimientos del 12 de junio y en los días anteriores, y así sucesivamente. En segundo lugar, lo que podríamos llamar la línea del cristal: cualquier interés o negocio relacionados con el cristal antiguo en las inmediaciones de Dunstreet, ya fuesen las colecciones locales o las ventas. Y en tercer lugar, el anillo: la pista más fuerte, pero con una sola chance entre mil de encontrarla. La cuarta y última, mucho más problemática que las anteriores, la posibilidad de una conexión histórica, inexplorada hasta ahora pero explorable, que podría revelar la existencia de la *tazza* y su paradero actual.

El descubrimiento de la *tazza* provocó una breve efervescencia en el mundo del cristal antiguo. Hasta la prensa común se interesó en ella y uno de los diarios más populares publicó una crónica titulada “Desaparece tesoro de la Reina”, pero abandonó la historia al día siguiente. Nadie tenía la plena certeza de que el objeto existiera, y menos aún el monto que alcanzaría su cotización en caso de que apareciese, y solo una cifra exorbitante avalada por expertos podía ser noticia en un mundo habituado al furor de los precios. Para el aficionado, la cuestión quedaba pulcramente zanjada por Peter Sarrett en el obituario que publicó *The Times*.

Nadie que conociera la vastedad de los conocimientos de Levinson y su integridad personal, escribió Peter, podía dudar de la existencia de la *tazza*. Debíamos respetar las razones, sin duda de peso, que lo habían llevado a mantener en secreto el paradero actual de la *tazza* y la identidad de su dueño. Se presumía que se hallaba en manos privadas en alguna parte del país y que su poseedor deseaba que permaneciera allí. Ahora que su existencia y su autenticidad habían quedado comprobadas, sin duda su dueño la sacaría a la luz cuando lo juzgara oportuno. Al menos ya no corría peligro de que la olvidaran o la destruyeran por ignorar su verdadero significado y valor. Por todo eso, y por haber tomado conocimiento de su existencia, teníamos una deuda de gratitud con Levinson. En cuanto al resto, debíamos esperar la decisión de su dueño.

Eso era echar un manto de silencio sobre el asunto y de hecho era lo



único que Peter podía hacer.

—Pero ¿cuál es tu verdadera opinión? —le pregunté.

Ya me había bajado los humos una vez cuando hablamos de la *tazza* y no iba a permitir que me los bajara una segunda. Lo miré con una suerte de cinismo confidencial que sabía que le repugnaría profundamente y agregué:

—¿Por qué el viejo decidió difundir semejante descubrimiento cuando sabía que no podía contar toda la historia? Desde luego, ignoraba que moriría una semana después de la publicación. Puede que se reservara algo para usarlo con algún propósito que ignoramos.

Sabía que mis palabras irritarían a Peter, y así fue. Carecía de sentido del humor en todo lo concerniente a *Cristal Antiguo*. Tenía los ojos ligeramente salidos de sus órbitas y la indignación le oscurecía la cara. Dijo:

—Supongo que no se te ocurrió pensar que publicó el descubrimiento del modo en que lo hizo precisamente porque pensaba morir pronto.

Alcé las cejas, pero no dije nada. Estaba sentado en su departamento, bebiendo su gin, y sentí que la provocación deliberada también tenía límites.

Frunció el entrecejo.

—Jamás comprenderías su conducta —dijo—. Conocí a Levinson bastante bien. Era... un erudito, si puedo llamarlo así. Una vez que estaba seguro de la existencia de una pieza, tenía que corroborar el hecho con la mayor precisión posible. Obviamente, en este caso se había comprometido con el dueño a no difundir nombres ni lugares. Un hombre menos honesto que él podría haber tomado uno o dos caminos. Podría haber esperado que el dueño le permitiera publicar todos los detalles, o podría haber ignorado la voluntad del dueño y publicarlos. Creo que es típico de él no haber seguido ninguno de los dos. Sentía la obligación de corroborar los datos hasta donde se lo permitieran. El hecho de que estuviese a punto de morir volvía todo más imprescindible, no menos. No podía permitir que el conocimiento muriese con él.

—¿Entonces fue el dueño quien le prohibió que revelara detalles? —dije.

Permaneció impasible. Al cabo de varios segundos dijo muy suavemente:

—Ya te he dicho que no sé nada. Todo lo que Levinson me dijo está incluido en su artículo. Pero conociendo a Levinson, esa me parece la hipótesis más probable.

—De modo que debemos dejar tranquila la *tazza* hasta que su dueño

cambie de opinión.

—Así parece. ¿Qué más podemos hacer?

—Podrías hacer algunas averiguaciones, ¿no crees?

—¿Cómo? No es solo cuestión de tratar de comunicarse con el dueño. El dueño conoce los hechos y no se dará a conocer porque sí... hay que aceptarlo. Ni siquiera sabríamos por dónde empezar.

Esto último me pareció muy tranquilizador y decidí cambiar de tema. Al menos yo sí sabía por dónde empezar. Por Dunstreet. Aún no sabía qué haría cuando llegara allí. Pero ya se me ocurriría algo.

El garage, ubicado al costado de la casa, era circular. Un hombre pálido y saturnino lustraba con una suerte de energía reverencial un auto muy negro y cuadrado. El auto era típico. Un vehículo ideal para algún noble de gustos anticuados o para cualquiera de los miembros más viejos de la realeza. Me dije que era inevitable que terminara por comprarlo alguna empresa de pompas fúnebres. Era un cortejo en sí mismo. Pero debía de ser hermoso de conducir, siempre y cuando uno pudiera pagar la nafta que consumía.

El hombre tenía una faja negra sobre la manga azul oscura y le di mis sinceras condolencias. Levinson debió de haber sido un patrón magnífico. Me presenté y le expliqué que me hallaba en un aprieto. La situación me resultaba penosa —él lo comprendía perfectamente— y, a decir verdad, me tenía un poco nervioso. Aquella noche debí de haber olvidado libros en la habitación del señor Levinson, y como eran de una biblioteca, tenía que devolverlos. ¿Creía él que sería posible...?

Dijo que sería mejor que llamara por teléfono y hablara con la señorita Joachim. En ese momento ella había salido. Sería mejor que intentara llamarla mañana a la mañana. Le dije que eso haría.

—Es un auto hermoso —dije—. Hoy en día ya casi no se ven de esos en la calle. ¿Hace mucho que lo conduce?

Asintió con aire solemne.

—Desde que lo tenemos —dijo.

—Mayormente en la ciudad, supongo. ¿O al señor Levinson le gustaba viajar?

Pensó un poco mientras seguía lustrando.

—No era de viajar mucho —dijo—. Pero acostumbraba salir bastante.

—¿Conducía él mismo?

—No mucho. Alguna que otra vez. El señor Levinson era buen conductor. Pero el tráfico estaba empezando a resultarle demasiado veloz. No le gustaba andar rápido, ni siquiera cuando conducía yo.

Era mi turno para asentir con la cabeza y así lo hice.

—Tengo una duda —dije—. Sé que el mes pasado hizo un viaje a Dunstreet. Unos amigos míos se lo cruzaron allí. Me pregunto si conducía él mismo.

Dejó de lustrar y me miró

—¿Eso cuándo fue? —dijo.

—Hacia mediados de mes —dije—. Tal vez el quince. No, un poco antes.

Volvió a asentir con la cabeza, pero esta vez como si lo hiciera para sí mismo.

—¿A Dunstreet, dice usted? En verdad, me preguntaba adónde habría ido. Se marchó solo en el auto. Fue el doce, de eso estoy seguro, y regresó al día siguiente. Cuando regresó, el auto tenía cuatrocientos ochenta kilómetros más, y eso me llamó la atención, por supuesto. No solía hacer viajes tan largos solo.

—No —dije—. Está bastante bien para un hombre de su edad, ¿no? En fin, no lo distraigo más. Llamaré mañana, como sugiere. A menos que descubra que dejé los libros en alguna otra parte. No sería la primera vez.

Ambos nos saludamos simultáneamente con una inclinación de cabeza y me alejé caminando. Al llegar a la esquina, me detuve a anotar el número de patente del auto negro y cuadrado. Nunca tuve memoria para esa clase de detalles, menos aún cuando son importantes. Pero ahora sabía algo más. Un hombre con el aspecto de Levinson que conducía semejante auto no podría haber pasado inadvertido en ninguna parte. Si había viajado adonde yo suponía, debía de haber dejado un rastro tan visible como las vías de un ferrocarril. Regresé a casa y desplegué mis mapas. Como había imaginado, Dunstreet quedaba a poco menos de doscientos ochenta kilómetros de Londres. Luego tomé la *Guía del Automovilista* y busqué hoteles en la región. Al parecer, solo había uno. Dunstreet no era, en modo alguno, una localidad turística; la gran ruta que llevaba a las playas del oeste pasaba a unos treinta kilómetros, si no más, al norte del pueblo. Estaba lo bastante cerca del mar, pero no era la clase de lugar que podía atraer a los veraneantes. El Fleur-de-Lys tenía tres estrellas. El Swan una sola y ahí terminaba la lista. La decisión era sencilla.

En lo que a mí se refiere, el Fleur-de-Lys tiene bien ganadas sus tres estrellas. Llegué allí a una hora difícil, las cinco de la tarde, y el hombre en el vestíbulo me recibió con un “Hola, señor” tan alegre que parecía que me hubiese prestado cinco libras cinco años atrás y no me hubiese vuelto a ver desde entonces. La muchacha que me atendió en la recepción tenía enormes ojos verdes y una voz que se derramaba de su boca como si fuese miel. Me dieron una habitación en la parte trasera del hotel, con vista a un cúmulo de techos de pizarra coronados por un pico alto y oscuro decorado, en toda su extensión, con robles. Crecían tan pegados entre sí que parecía que podías caminar sobre sus copas.

Arrojé la valija sobre la cama y regresé al auto para explorar los alrededores. El campo se veía verde oscuro y achaparrado. Había pasturas y algo de maíz en los terrenos más altos, pero los árboles llenaban todas las hondonadas, como si los hubieran derramado sobre ellas; de hecho, eso había ocurrido, cuando estaban en estado embrionario. Los valles se extendían formando una cadena que apuntaba siempre hacia el sur, hacia ese punto donde los arroyos confluían con el agua salada casi entre las raíces de los robles. El aire era tan suave y húmedo que podías exprimirlo. Olía a madera muerta y a salmuera. Por más que todo eso me parecía muy tonificante, era obvio que carecía de cualquier atractivo turístico. Las casas eran de piedra oscura y tenían techos de pizarra; cada una estaba hundida en su macizo de árboles. De tanto en tanto, en las quebradas que separaban las colinas, se veían torres de piedra que parecían ser minas abandonadas. No me sorprendía que la *tazza* hubiese aparecido en un lugar como aquel, si es que había aparecido realmente allí. No me habría sorprendido encontrar los restos de un barco mercante pudriéndose debajo de los robles colgantes con su cargamento de cristal veneciano de contrabando intacto.

Cuando volví a entrar en el pueblo, la palabra “Antigüedades” capturó mi atención con el fluido magnetismo de una rubia apresurada. Esta vez era un anuncio de subasta. Los señores Truscott y Scarworthy anunciaban su venta estival de muebles, antigüedades y *objets d’art* que incluían, en tipografía más pequeña, un tocador jacobino de roble, una mesa de juego con marquetería, espejos de tocador georgianos, un mueble camarero cuadrado de 1729, cuatro saleros con su sello 1763, grupos y figuras en porcelana de Dresden, Derby y Staffordshire y una interesante copa cervecera inglesa en cristal antiguo, con el cáliz grabado, etc., etc. La subasta tendría lugar al día siguiente, a las diez de la mañana.

No podía imaginar nada más agradable. Por lo que sabía sobre esas subastas regionales, los principales clientes eran los anticuarios de los tres condados más cercanos que, sin derramar una gota de sangre, compraban cualquier cosa a un precio que les permitía revenderla, con una ganancia del treinta y tres por ciento, a algún comprador ocasional durante la temporada de vacaciones o a los peces más gordos que regresaban de los centros turísticos. El cliente particular, cuando osaba intervenir, era conducido científicamente hasta el precio actual de venta al público y abandonado allí en defensa de los intereses del gremio. El asunto ofrecía una considerable dosis de emoción si uno sabía cuál era el precio actual de venta al público de una determinada pieza y cómo reconocer a un anticuario de provincia. Yo creía saber ambas cosas.

Además, dejando de lado el interés deportivo, quería conocer a cualquier habitante de Dunstree que estuviese interesado en el cristal antiguo y sería una estupidez y una grosería de mi parte desperdiciar la oportunidad que me ofrecía la subasta. Estacioné el auto y encontré la Casa de Subastas Queen Street, donde se llevaría a cabo la venta. El horario de exhibición ya había terminado, pero apreté la nariz contra las angostas ventanas hasta distinguir, entre las oscuras pilas de *objets d'art*, el mueble camarero cuadrado, un espejo de tocador georgiano y dos figuras de porcelana de Staffordshire más repugnantes de lo habitual, pero no esa interesante copa cervecera de cristal. Me dije que una mirada rápida a las nueve y media de la mañana y el uso inteligente del catálogo debían proporcionarme las armas necesarias para la batalla. A juzgar por lo que veía, nada de lo que había allí, ni siquiera la copa cervecera, me entusiasmaba particularmente, con lo cual mi placer no estaría sometido a los arrebatos de la competencia.

No fue necesario hacer averiguaciones tortuosas sobre Levinson. Simplemente me limité a buscar al cuidador del garaje del hotel y le mencioné el auto negro. Lo recordó enseguida. “Un caballero con barba”, dijo, “de edad avanzada y vestido a la antigua. Solo pasó aquí una noche. Muy educado, eso sí”. Comprendí que Levinson, como era de esperarse, había sido generoso con las propinas. Si bien no podía aspirar a compararme con Levinson, me comporté con la mayor educación posible y el hombre pareció satisfecho.

El Fleur-de-Lys podría haberse ganado su cuarta estrella si hubiese contratado a un *maître* de Londres y afrancesado su menú. En su estado actual, el *maître* era la versión masculina y senil de la miel goteante de la

repcionista y el cocinero probablemente se había formado en las cocinas de la pequeña nobleza de la región. Tomé un caldo liviano que hacía honor a su nombre, costillas de res, tarta de manzana con crema y un poco de queso azul. No fingiré que bebí cerveza en lugar de borgoña, pero dejando de lado ese detalle —el borgoña es una institución internacional, no un misterio regional—, no habría cambiado la comida por ninguna que pudieran servirme desde Moscú hasta San Francisco. Supongo que tengo gustos que podrían denominarse insulares.

Me acosté temprano y antes de dormirme eché una mirada, bajo la última luz del día, a los robles apiñados en el pico distante. En alguna parte, tal vez no demasiado lejos, en esta campiña con olor a sal y techada de árboles, un objeto que me desvelaba había conservado su fragilidad intacta durante más de cuatrocientos años. Alguien —una sola persona, imaginaba yo— sabía qué era y había hecho venir a Levinson especialmente para que lo examinara. Todo apuntaba en esa dirección: el viaje repentino y solitario, la cautela, el ocultamiento de toda prueba documental; ni siquiera había una sola carta y es seguro que había existido. Y ahora Levinson estaba muerto y sea quien fuere el dueño de la *tazza*, pensaría que nadie más conocía su existencia. Y allí estaba yo, rebosante de malicia londinense y de comida regional, alojado con la mayor comodidad junto al corazón del misterio.

Suspiré con deleite. El aire acre y suave entraba en mi nariz y me sentía muy feliz. Dormí plácidamente y a las siete de la mañana me trajeron té bien cargado en una tetera de porcelana azul y blanca.

## CAPÍTULO IV

TOMÉ UN CATÁLOGO DE LA MESA QUE ESTABA JUNTO A LA VENTANA y dejé caer dos monedas de seis peniques en una bandeja que decididamente no era georgiana. Caminé entre las superficies lustrosas, pisé las alfombras de Kirman y de Tabriz amontonadas en el suelo hasta llegar al extremo opuesto del salón donde se exhibían las piezas de cristal y de plata dentro de una vitrina que tenía, a su vez, una etiqueta con el número de lote pegado en una de sus esquinas. Era un mueble bastante imponente. No soy especialista en muebles, pero era evidente que se trataba de una pieza genuina expulsada del hogar que la había albergado durante generaciones debido a la presión ejercida por el aumento de las cotizaciones. Tenía algunas manchas y reparaciones, pero en lo esencial se veía tal como había salido del taller del artesano, aunque enriquecido con la pátina del tiempo. Lo mismo sucedía con la platería. Me emocioné, como siempre, al constatar la conmovedora y cautivante fragilidad del cristal.

El cristal no puede repararse ni soldarse; no se lo puede moldear de nuevo ni se lo puede pulir. En un segundo está allí, tenso, vibrante, lleno de voces y acentos misteriosos, y un segundo después, completamente arruinado, muerto para siempre. Cada segundo en la existencia de un cristal antiguo es un segundo robado a una destrucción largamente postergada. El milagro de su sobrevivencia casi supera el milagro de su creación.

Había cuatro copas de la época dorada, contra cientos de onzas de plata y toda una habitación llena de obras de ebanistería. No comprendía, jamás podría comprender, que alguien en su sano juicio prefiriese comprar algo de todo eso antes que las copas de cristal. Y no porque alguna de ellas fuese demasiado especial. Había una elegante copa de vino con pie facetado y un diseño alrededor del borde del cáliz que en el ambiente llaman, no sin irreverencia, “cruces y ceros”. Había un par de copas de cristal blanco con tallo retorcido bastante deslucidas, que no examiné pero que me parecieron

extranjeras. Y luego estaba la Interesante Copa Cervecera. A decir verdad, era menos interesante que hermosa. Alta, esbelta, con pie retorcido de un solo nudo y un motivo de hojas y frutos exquisitamente grabado a la rueda alrededor del cáliz. Yo tenía una muy similar y había visto muchas otras. Si pudiera obtenerla por un precio razonable, la compraría solo para evitar que cayera en las manos equivocadas. Pero no habría precios razonables. Bastaba con ver las caras y el ambiente.

Había una mujer que parecía facetada y con una melena corta color gris acero que era en sí misma una verdadera pieza de museo. Había un hombre carnoso con el pelo rizado demasiado largo y ojitos inquietos. Aún más inquietante era el hombre calvo de rostro sombrío enfundado en un anodino traje oscuro que descansaba con la mirada perdida apoyado contra un espejo de pared de marco dorado. A menos que me equivocara a lo grande, el sujeto estaba allí para comprar un solo mueble y nada le impediría comprarlo, pero no a cualquier precio, sino a uno bastante razonable, porque los otros, que lo conocían bien, sabían que sería inútil competir contra él. Había al menos dos parejas de aspecto campechano que cuchicheaban alegremente entre sí con voces que sonaban como las de los comentaristas deportivos de la radio. No eran aficionados sino flamantes anticuarios que todavía se divertían con el negocio y se conformaban con recoger los objetos desdeñados por los grandes predadores.

El público general, desde luego, también estaba representado. Gente que esperaba encontrar algún regalo de bodas, recién casadas en busca de mobiliario, hombres de negocios que habían comprado casas antiguas con calefacción central diseñada por arquitectos modernos y querían alguna pieza en particular para decorar algún lugar en particular. Inocentes que se habían enamorado de algún lote. Estos eran temibles, porque eran ignorantes y entusiastas a la vez. La furia sutil de la subasta podía apoderarse de ellos y entonces empezarían a agitar sus catálogos desesperadamente ante cifras que superaban con creces los precios que habrían pagado en la tienda de algún anticuario respetable. Además, no necesitaban revender con un porcentaje de ganancia para vivir. La incesante subida de precios les daba una coartada y no necesitaban engañarse a sí mismos para saber que, sin importar la suma que pagaran, el objeto comprado aumentaría su valor en unos pocos años. Los anticuarios se ocuparían de obligarlos a pagar los precios actuales de mercado, pero la lógica misma de su negocio les impedía ofrecer más dinero cuando aquellos entusiastas se empeñaban en comprar algún objeto.



Esperaba que el rematador fuese anciano, pero no lo era. Pertenecía a una nueva generación de Truscotts o de Scarworthys, o se había casado con alguna muchacha de esas familias. Era menudo y rubicundo. Tenía un bigotito sobre una boquita bastante triste y unos ojos castaños de buey que observaban a la concurrencia con una suerte de asombro melancólico. Pero conocía su oficio.

Dio un breve y competente discurso en la lengua local. Dijo que estaba contento de ver a tantos viejos amigos. Recorrió con una mirada de módica esperanza las caras angulosas de los anticuarios, inclinadas sobre sus catálogos llenos de marcas meticulosas. Solo el hombre de pelo rizado parecía escucharlo. También dio la bienvenida a varios de los novatos y sus ojos de buey se clavaron en mí, al tiempo que se preguntaba qué me interesaba y cuánto estaba dispuesto a pagar. Dijo que tenían muy buena mercadería y que esperaban obtener buenos precios por ella, de modo que rogaba que no le hiciéramos perder el tiempo con ofertas de cinco chelines. La sala principal estaba atestada, lo cual no era sorprendente dada la cantidad de lotes y de postores, y la excitación parecía concentrarse en el reducido espacio central bajo el estrado donde se hallaban sentadas las secretarias con sus libros contables. Era bastante más acogedor que Christie's o que Sotheby's, pero resultaba sorprendente, en medio de aquel pueblo perdido, lo mucho que se parecían.

—Bien —dijo el rematador. Extendió el brazo con un movimiento elaborado y miró lo que, en aquellos parajes, sería considerado un elegante reloj de pulsera de oro, con siete diamantes—. Son las diez en punto —dijo—. Ya es hora de empezar. Veamos el lote número uno.

Los primeros lotes nunca son demasiado interesantes. Los verdaderos postores suelen llegar tarde y los que ya están allí todavía no entraron en calor. La repentina tensión y el sonido de sus propias voces inhiben aún a los principiantes. Los lotes se venden baratos y nada de real importancia se ofrece durante la primera media hora.

Una mujer con aspecto de matrona, probablemente madre de una recién casada, compró una mesa de roble por tres libras con diez chelines. Era demasiado grande para poner en un rincón y demasiado pequeña para comer en ella, pero podía encontrársele alguna utilidad. La mujer parecía abrumada por su fácil victoria y dijo su nombre en un susurro incómodo. Luego salió en venta un ropero de caoba, que un asistente del rematador señaló en un extremo alejado de la sala y que obviamente era demasiado pesado para ser

transportado a otro lugar, a menos que interviniera una cuadrilla de hábiles peones. El rematador le lanzó una mirada calculadora. “Un lindo y espacioso ropero, aquel”, dijo y pidió una oferta de dos libras. Luego de varios segundos de silencio, un hombre espacioso ofreció treinta chelines y fue elevado de inmediato a dos libras por un hombre de aspecto obstinado que se hallaba frente a él. Dueños de hotel, pensé, con un nuevo anexo que amueblar. Es posible que fuesen granjeros, pero lo dudo. Compitieron uno contra otro, con diez chelines por vez, hasta llegar a las cuatro libras y una mujer escondida en el fondo ofreció cuatro libras con diez chelines. De repente, empezó la batalla. El débil murmullo inconsciente del público fuera de sí saludaba cada oferta y las miradas expectantes de los observadores neutrales iban de un postor a otro. Solo los anticuarios permanecían inmutables. Esperaban con sus lápices apoyados contra las páginas centrales del catálogo. Los dos hombres, rivales en otros aspectos, compartían la decisión de no dejarse ganar por la mujer y uno de ellos levantaba la oferta inmediatamente después de que ella pronunciaba una cifra, hasta que el hombre espacioso descubrió que había llegado a las seis libras. La tensión cesó tan rápido como había empezado y el rematador, demasiado experimentado para sorprenderse y demasiado profesional para mostrar cualquier sorpresa, adjudicó el ropero con un silencio inerte y continuó con el lote siguiente.

Al cabo de la primera media hora, empezaron a ofrecerse las verdaderas antigüedades y los anticuarios, con solo agitar un catálogo o alzar una ceja, coparon de pronto la subasta y empezaron a tomar la iniciativa. La madre de la recién casada, todavía jadeante, fue conducida con esmero hasta la cifra de veinticinco libras por un pequeño armario que obviamente había esperado obtener por unas quince libras con diez chelines. Uno de los empresarios se enfrentó con el hombre de los rizos por una mesa de juego con marquetería. Al llegar a las treinta libras, su voz de director de empresa de pronto adquirió el acento de Lancashire. Ofreció treinta y cinco libras y el repentino silencio de su contrincante lo desconcertó. El hombre de los rizos, con una ligera sonrisa en los labios, se limitó a volver la página de su catálogo como si ignorase la existencia misma de la marquetería. Ojo de buey bajó el martillo rápidamente y Lancashire empezó a hurgar con brusquedad en sus bolsillos en busca de su chequera. El hombre de rostro sombrío seguía sin moverse ni hablar.

La cristalería apareció poco antes del almuerzo. Había abandonado

mentalmente a su suerte las copas blancas de tallo retorcido, pero estaba dispuesto a hacer justicia a las copas de tallo facetado y a la cervecera. Había fijado el precio de venta en seis libras con diez chelines para la copa de vino y quince para la cervecera. La puja, lo advertí desde el principio, era puramente profesional y cuando la copa de vino se detuvo en cinco libras, ofrecí cinco libras con diez chelines. Ricitos y melena gris alzaron los ojos de sus catálogos al mismo tiempo y me dedicaron una mirada rápida pero exhaustiva. Sonreí al rematador con amistosa complicidad. Ricitos dejó escapar un leve suspiro y sugirió seis libras. Vacilé, esboqué una sonrisa nerviosa, tragué saliva dos veces y dije seis libras con diez chelines. Ojos de buey intervino, observándome con cierto interés, y preguntó si había más ofertas. A último momento, la mujer de pelo gris dijo siete libras. Una muchacha morena que estaba de pie en el otro extremo de la sala atrajo mi atención y me dije que se traía algo entre manos. No pronunció una palabra. Tampoco yo, al menos en aquel momento. La mujer de pelo gris se llevó la copa por siete libras y deseé que pudiera sacarle una buena ganancia.

El rematador anunció la copa cervecera.

—Es hermosa. Miren el grabado.

Ricitos hizo la primera oferta de tres libras. La llevé a cuatro y una de las parejas, intercambiando sonrisas excitadas, dijo cinco. Miré a la muchacha de pelo negro. Quería estar seguro. Sin alzar los ojos de su catálogo, dijo:

—Diez.

Tenía una voz espléndidamente vibrante, pero su cara era casi inexpresiva.

—Diez. Gracias —dijo el rematador—. Ahora está mejor.

Los suaves ojos marrones apuntaron por un momento a los anticuarios ubicados a su izquierda y Ricitos agitó su catálogo.

—Once —dijo el rematador.

Dejé pasar algunos segundos y dije:

—Doce.

La muchacha de pelo negro alzó la mirada y durante un instante que pareció eterno sus ojos se clavaron en los míos desde sus cejas arqueadas y oscuras. Ricitos reapareció con trece libras y se hizo una larga pausa. El rematador dijo:

—Muy bien. El caballero ofrece trece libras. ¿Alguien...?

—Trece libras con diez chelines —dijo la muchacha de pelo negro.

La miré.

—Catorce libras —dije.

Se veía muy serena y desesperadamente atractiva.

Ricitos, al descubrir que ambos seguíamos en carrera, dijo “Catorce libras con diez chelines”, pero había un dejo de inquietud en su voz. La muchacha de pelo negro volvió a mirarme largamente y esta vez ambos sonreímos. Con la mutua seguridad de una pareja de tahúres profesionales, no hicimos más ofertas. Ricitos compró la interesante copa cervecera en catorce libras con diez chelines y como premio consuelo también se llevó el par de copas esmaltadas de tallo retorcido por siete libras. Podía sacarles una buena ganancia si encontraba un cliente desprevenido. El rematador anunció una pausa de una hora para almorzar.

Me abrí paso entre el torrente de cuerpos que empezaban a dispersarse y nos encontramos al llegar a la puerta. Debía de tener cerca de treinta años y era casi tan alta como yo. El sol inundaba la calle, pero su piel era perfecta y casi no llevaba maquillaje. Nos sonreímos de soslayo.

—Tampoco yo la quería —dijo.

—¿Almorzamos? —pregunté.

—Sería muy agradable. —Tenía plena seguridad en sí misma—. No sé dónde... ¿Conoces Dunstreet? —agregó.

Negué con la cabeza.

—Solo estoy de paso —dije.

—En realidad, está solamente el Fleur-de-Lys, a menos que estés dispuesto a alejarte un poco.

—Me hospedo allí —dije—. Lo encuentro aceptable.

—¿De veras? Sí, pienso lo mismo.

Caminamos por Queen Street, abrazándonos mentalmente.

El recepcionista había cambiado su delantal de paño por una chaqueta que parecía parte de un uniforme, pero su amabilidad permanecía intacta:

—Buenos días, señorita James —dijo—. Buenos días, señor. ¿Marcha bien la subasta?

—Muy bien, gracias —dije y avanzamos hacia el comedor—. No necesito preguntarte obviedades —dije—. Es evidente que vives en el pueblo. Y que tu apellido es James.

No usaba anillo de ninguna clase. Me resultaba imposible imaginar que todavía nadie le hubiese echado el lazo a una muchacha como ella.

Asintió con la cabeza.

—Y tú, al parecer, viniste para la subasta. Solo que aún no ofertaste nada, salvo para hacer que los anticuarios pagaran el precio más alto por esas copas de cristal.

—No —dije—, te equivocas. El tipo de la recepción...

—Henry —dijo.

—De acuerdo, Henry. Henry sin duda sabe que ambos estuvimos en la subasta. No es nada difícil. Pero a decir verdad me enteré de la subasta anoche, cuando llegué al pueblo.

—Pero lograste hacer una pausa en tus actividades para ir, ¿verdad?

—Oh, sí —dije, sin aclarar cuáles eran esas actividades.

El almuerzo en el Fleur-de-Lys estuvo a la altura de las circunstancias. Un trozo de carne asada, un ave, pastel y budín. Doy fe de que el pastel estaba delicioso. El ave parecía buena y así lo afirmó la señorita James. Para completar mi felicidad, nos sirvieron un hermoso Gewürztraminer.

La señorita James volvió a la carga. Miró su reloj y dijo:

—No queda mucho tiempo. Retomarán a las dos en punto.

—¿Piensas ir? —pregunté.

Me miró ladeando la cabeza. Era un gesto bastante descarado, pero absolutamente encantador.

—No lo sé —dijo.

—Yo no.

—¿Perdiste el interés?

—No me interesan los muebles ni la platería. Menos aún los *objets d'art*. Admito que me gustaría saber qué busca ese hombre de aspecto sombrío.

—¿El que estaba junto al espejo?

—Sí.

—Vino desde Londres. Puede que esté detrás de la platería o de alguna porcelana. Según me dijeron, hay una figura de Dresde bastante buena.

—Es toda suya.

—Si estás tan interesado en el cristal, ¿por qué no compraste la copa cervecera en lugar de hacérsela más difícil al pobre Fosbery?

—¿El del pelo rizado? ¿Se llama Fosbery?

Asintió con la cabeza.

—Antigüedades Charles Fosbery. La tienda está en Swincombe, sobre la autopista 30. Confieso que la copa me parecía preciosa.

—Tengo una muy parecida. Por suerte la compré barata. Pero nada va a

salir barato con esos tiburones dando vueltas por ahí.

Volvió a ladear la cabeza.

—Eres coleccionista, pero no profesional, ¿verdad? —dijo.

—Más o menos. ¿Y tú?

—Yo no colecciono nada, no. Pero me interesa mucho. ¿Sabes bastante sobre cristal antiguo? Imagino que debe de ser difícil contenerse.

—Así es. Es una adicción. A decir verdad, todavía no maté a nadie por una pieza de cristal, pero es cuestión de tiempo.

Le conté acerca de mi copa de Newcastle y la tienda de compraventa en Gales.

Me miró, pero esta vez no desvió la mirada.

—¿No vas a decirme que le pegaste? —dijo.

Se parecía tanto a David que solté una carcajada.

—Lo siento. Es que reaccionaste exactamente del mismo modo que un amigo mío. Hizo la misma pregunta. Luego me advirtió solemnemente que evitara cometer más actos de violencia, pero debo decir que se mostró muy comprensivo. También es coleccionista. Solemos envidiarnos mutuamente.

—¿Viven en Londres?

Asentí con la cabeza.

—Es funcionario público y se toma las cosas bastante en serio. Pero tiene algunas piezas magníficas.

—¿Conoces a toda la gente de Londres?

—¿A mis compañeros de adicción? Conozco a la mayor parte de ellos.

Me pregunté si convenía mencionar a Levinson, pero vacilé. Los ojos de ella estaban clavados en su taza de café. Ya habían pasado las dos de la tarde. De golpe alzó los ojos y dijo:

—Tengo que marcharme.

—¿A Queen Street?

—No, allí no. Pero tengo asuntos que atender.

Salimos del hotel.

—Disfruté mucho el almuerzo —dijo.

Permanecí inmóvil frente a ella.

—Me gustaría verte de nuevo —dije.

Se quedó allí mirándome, con los ojos casi a la misma altura que los míos. Tal vez lo estaba pensando. Mi sensación era que ya lo había decidido. Jamás sorprenderás pensando a esta muchacha, me dije. Pero ella parecía pensar todo el tiempo, aun cuando ladeaba la cabeza.

—Sí, de acuerdo —dijo—. ¿Te quedarás mucho tiempo?

—No lo sé. Pero no creo que sea mucho tiempo.

—Ven a tomar una copa conmigo mañana a la noche. Vivo en el 23 de Lower West Street. La puerta verde. Ignora el consultorio médico. Mi departamento está en el primer piso. Te espero a eso de las seis.

—Muchas gracias. Será un placer.

A las diez de la mañana del día siguiente bebí una taza de café horrendo en la calle principal de Swincombe y me dirigí a la tienda de antigüedades de Charles Fosbery. El pelo de la señora Fosbery carecía de rizos, o si los tenía se ocupaba de alisárselos. No recordaba haberla visto en la subasta y esperaba que no hubiese concurrido. De hecho, no pareció reconocerme.

—¿Tiene copas de cristal? Busco algo del siglo dieciocho —dijo—. Una copa de tallo retorcido, por ejemplo.

No había lugar para ninguna sutileza.

La señora Fosbery me miró, preguntándose si yo tendría con qué pagarla.

—Allí hay una copa de tallo retorcido blanca y roja —dijo—. No sé si... Observé la copa que me señalaba y le sonreí.

—Me temo que no es eso lo que busco.

Fue un error garrafal de mi parte. Eso le reveló lo que ella quería saber y sacó el par de copas blancas con tallo retorcido que su marido había comprado ayer.

—Acabamos de recibir estas —dijo—. Son de un mismo juego, pero supongo que podemos venderlas por separado.

Estaban marcadas seis guineas cada una. Las examiné detenidamente. Eran del siglo dieciocho, no había duda, pero extranjeras, tal como yo había supuesto.

—¿Y tiene alguna copa con espiral en el tallo?

La mujer ya estaba decidida.

—Tenemos una muy bonita —dijo—. También acabamos de recibirla. Es una copa cervecera. Si le interesa, puedo mostrársela. Me temo que es un tanto cara.

—Me gustaría verla de todos modos.

Desapareció unos instantes y regresó con la copa. Era evidente que Charles Fosbery todavía estaba lamiéndose las heridas y no había tenido

tiempo de ponerle precio. Me pregunté cuál le pondría ella. Era un objeto hermoso. Y ayer había sido mía, durante unos segundos, por quince libras. El hecho de ignorar a la una del mediodía lo que supe a las dos y media de la tarde iba a costarme unas libras.

—Sí, es linda —dije, esforzándome para que mi voz sonara lo más neutra posible—. ¿Cuánto pide por ella?

La señora Fosbery no era un vendedor de antigüallas de Gales. Habló sin vacilación ni remilgos.

—Veinte guineas —dijo.

Alcé las cejas, sin dejar de examinar la copa. Al cabo de unos segundos, dije:

—Es bonita, sí, pero me parece que veinte guineas es demasiado.

—Puedo convertirlo a libras.

—Le doy diecinueve. Es un buen precio, ¿no le parece?

Y lo era. La señora Fosbery lo sabía y para entonces ya estaba bastante segura de que también yo lo sabía. Pero habría querido consultar a Charles.

—Vaya —dijo—. Muy bien. Que sean diecinueve, entonces.

—Libras —dije.

—Sí, libras —dijo con un suspiro.

La envolvió, la colocó dentro de una caja y partí rumbo a Dunstreet y al Fleur-de-Lys. Esta vez no canté. No quería hacerlo. Sabía que a la señorita James le gustaría el regalo, pero no tenía idea si lo aceptaría o si, luego de aceptarlo, me hablaría más acerca de su interés en el cristal antiguo y, a su debido tiempo, más acerca de su interés en mí. Me hacía muchas preguntas sobre la señorita James, todas en categorías mentales muy distintas. Tal vez la Interesante Copa Cervecera me ayudaría a responderlas. Pero aun así todavía lamentaba no haberla comprado en la subasta.



## CAPÍTULO V

A LAS SEIS EN PUNTO ME PRESENTÉ en la casa de la señorita James, en el 23 de Lower West Street, con un paquete bajo el brazo. Unos minutos antes de las ocho, la adorable Claudia se reincorporó, aún jadeante pero decidida, y dijo:

—Es hora de que te vayas, Johnnie.

No tengo del todo claro, ni siquiera ahora, qué etapas atravesamos hasta llegar a semejante transformación. El problema sin duda empezó cuando, a falta de cerveza fuerte y del gusto dieciochesco por ella, llenamos la esbelta copa de cristal con brandy y empezamos a tomar por turnos. Toda copa abandonada durante años siempre se alegra de que alguien beba nuevamente de ella y es posible que la Interesante Copa Cervecera me haya premiado por eso. A las ocho, o un poco antes, la copa descansaba sana y salva en el centro de la repisa de la chimenea —no habría obviado esa precaución por nada del mundo— y yo estaba enroscado, inextricablemente, alrededor de Claudia. Fue en ese momento, como ya dije, cuando ella me pidió que me marchara.

—No puedo irme ahora —dije—. La fiesta acaba de empezar.

—¿Te refieres a otra fiesta? —dijo Claudia—. No sabía que también estabas invitado. Esta, en cambio, está completamente terminada.

Recurrí a la respuesta clásica del varón derrotado.

—Claudia, querida, no puedes hacerme esto.

—Bueno, tú no puedes hacerme eso a mí —dijo Claudia.

—Pero piensa en el estado en que me dejas, en que nos dejas a los dos, maldición.

—Sí, lo sé. Hambrientos.

La pálida idea que había empezado a debilitar mi decisión inicial se coloreó un poco. Ella tenía, de hecho, toda la razón. Ya estaba empezando a preguntarme si se equivocaba alguna vez. Me sentía famélico.

—Muy bien —dije—, la fiesta terminó por hoy. La seguiremos otro día, pero que no sea *sine die*.

Claudia se incorporó y dijo:

—Todavía falta para ese día.

Pasó al nominativo sin vacilar. No en vano se llamaba Claudia. Creo que me enamoré de ella en ese preciso momento. Todo lo que atiné a decir fue:

—¿Dónde comemos, entonces? ¿Volvemos al Fleur-de-Lys o hay algún lugar más exótico?

Ella estaba de pie junto a la repisa de la chimenea, arreglándose delante de un enorme espejo de marco dorado.

—No sé a qué llamas exótico —dijo—. ¿Te gusta la langosta?

—¿Comen langostas por aquí?

—De hecho creo que las descubrieron. Los romanos jamás habrían continuado su invasión si no hubieran llegado hasta aquí y descubierto que los británicos las comían. Es mentira que vinieron en busca de ostras.

—Y nunca te habrían llamado Claudia. Parece mentira. Sí, me encanta la langosta. Sin demasiada preparación. Solo cocida.

Asintió con la cabeza y caminó hacia el teléfono que estaba sobre una mesa esquinera. Marcó un número local y dijo:

—¿Señora Pargeter?

Se oyó un chasquido en el teléfono y ella prosiguió:

—Soy Claudia, señora Pargeter. ¿Tiene langosta?

La señora Pargeter sonaba indignada, aun desde el otro extremo de la habitación.

—Maravilloso —dijo Claudia—. En media hora. ¿Cómo dice? Sí, seremos dos. Hasta luego.

—Será mejor que vayas a buscar tu auto —me dijo luego de colgar el tubo—. Tú conduces y yo te guío. Estaré lista cuando regreses.

—¿Cenará aquí, señor Slade? —dijo Henry.

Sentí que había vivido allí toda mi vida.

—No, cenaré afuera —dije.

Henry rebosaba de curiosidad, pero se limitó a decir:

—Muy bien, señor. Avisaré en la cocina.

Claudia salía por la puerta de su casa en el preciso instante en que detuve el auto. Entró, se sentó a mi lado y dijo:

—Sigue derecho hasta que salgamos del pueblo y luego toma la ruta principal. Te diré dónde doblar.

Anocheía. Al cabo de unos cuatrocientos metros, dijo: “En la próxima gira a la izquierda. Es una bajada abrupta”. Había un cartel que decía

“Cartery”. Era un camino encajonado y los árboles que crecían a los costados formaban una suerte de techo. Encendí las luces de posición.

Avanzamos suavemente, empujando hacia delante un cilindro de aire húmedo y dejando entrar otra masa de aire, igualmente viciado, detrás de nosotros. Nada se movía, pero vi un destello de agua a través de la densa cortina de troncos a mi izquierda. De pronto, los árboles empezaron a espaciarse y salimos a un largo brazo de aguas tranquilas, plúmbeo e inmóvil entre los árboles colgantes. Todo olía a sal, pero se parecía menos al mar que a una piscina municipal luego de la hora de cierre.

Luego volvimos a avanzar cuesta arriba y al cabo de unos segundos aparecieron casas de piedra a ambos lados del camino y hasta algunas personas caminando. Un letrero rojo que se veía demasiado brillante, como recién pintado, en medio de la calle gris, decía “El Barco”.

—Es aquí —dijo Claudia—. Puedes detenerte al pasar la puerta.

Pasamos de la penumbra de la calle a la oscuridad de un pasillo empedrado, y luego de atravesar una puerta nos encontramos bajo una extraña luz diurna. Había una terraza de piedra con un espigón y una explanada que descendía hasta la orilla. Más allá, hasta donde se perdía la vista, se extendía todo un mundo de mansas aguas grises bajo un cielo también gris y luminoso. A ambos lados la tierra se apoyaba contra las aguas en inertes macizos de árboles. El aire era suave y había una mesa puesta para dos contra el espigón.

La señora Pargeter asomó la cabeza por una ventana trasera y dijo:

—Hola, querida. Estará lista en diez minutos. ¿De acuerdo?

Me examinó con una mirada crítica y volvió a meter la cabeza. No podía evitar sentir la impresión de que era un actor invitado en una obra recurrente, pero eso me tenía sin cuidado. Había una suerte de euforia contenida en el aire frío y húmedo y en la extraña luz menguante.

Nos apoyamos contra el espigón para mirar un par de botes que se dejaban llevar, inmóviles, fondeados por las proas.

—Estoy en tus manos —dije—. ¿Qué propones que bebamos?

—Tendrá que ser cerveza. En El Barco no hacen caso a todas esas tonterías acerca de la alta cocina. Pero tienen una excelente *bitter* liviana que va muy bien con la langosta y con lo que se te ocurra. Si quieres tomar una copa antes, hay gin. Yo paso. Lo único que quiero es comida.

Miré ese perfil afilado y perfecto recortado contra la negrura del bosque. Tenía un aire de ensoñación que su férreo interés en la langosta y en la *bitter*

liviana no lograba disipar. Combinaba con el silencio y con ese mundo eterno de árboles oscuros y aguas descoloridas. He viajado bastante a lo largo de mi vida, pero nunca me sentí tan lejos del mundo como en esos pocos minutos antes de que la señora Pargeter trajese la bandeja.

Había dos platos en la bandeja, cada uno contenía la mitad de una langosta de buen tamaño; un bol con lechuga, *ciboulettes* y perejil, todo recién cortado de la planta; una rodaja de pan de salvado; un trozo de manteca; y una gruesa jarra de cerveza dorada. Los cubiertos ya estaban en la mesa y también había uno de esos juegos de aceitera y vinagrera con botellas que se apoyan una contra otra, como si estuviesen borrachas.

Durante la siguiente hora, la magia, por llamarla de alguna manera, aumentó en intensidad pero fue mutando en esencia. Cuando la luz se extinguió, la señora Pargeter trajo un par de velas. No estaban colocadas en pintorescos candelabros de bronce antiguo ni en toscas botellas vacías, sino en esos candelabros esmaltados que solían dejarse en los dormitorios durante la noche y que yo recordaba como algo perteneciente a un pasado muy, muy remoto. Las llamas no parpadeaban, salvo cuando nos reíamos o cuando los insectos se acercaban demasiado a ellas.

Yo sabía todo sobre las langostas, pero aún me faltaba aprender algo sobre la cerveza. Bebimos una segunda jarra y volvimos a apoyarnos contra el espigón, dejando arder las velas sobre la mesa a nuestras espaldas. La señora Pargeter salió y en el más puro estilo dieciochesco nos ofreció una taza de té, que rechazamos. No mencionó café. Miró con los ojos entrecerrados a Claudia y preguntó si queríamos beber una copita de algo. Claudia dijo: “Oh, sí, por favor” y la mujer trajo dos genuinas copitas de taberna, con boca en forma de trompeta y pies anchos, llenas con un líquido que debía de ser carísimo pero que en Cartery probablemente no lo era todavía. Bebimos a sorbos apoyados contra la pared del espigón mientras las velas ardían detrás de nosotros. Hablamos de todo excepto de nosotros. Tomé las copas y volví a dejarlas, a salvo, sobre la mesa. Cuando regresé a la pared del espigón, nuestros brazos se rozaron y así los dejamos, tocándose apenas. En ese instante me importaba un bledo que el mar bajo el espigón fuese el Océano Ártico o el Pacífico Sur siempre y cuando nuestros brazos continuaran tocándose.

—¿Pago la cuenta? —dijo finalmente.

—Te lo agradecería. Estoy en territorio ajeno. ¿Alcanza con esto?

Le entregué algunos billetes y ella regresó enseguida con el cambio.

Nunca supe el precio de aquella cena, aunque me costó más tranquilidad mental de la que podía darme el lujo de gastar impunemente a mi edad.

Nos despedimos de la señora Pargeter y caminamos hacia el auto.

—No des la vuelta —dijo Claudia—. Iremos hasta el cruce y regresaremos por la ruta principal.

Antes de entrar en el auto, la atraje hacia mí y la besé. Nunca sentí tanta paz ni tanta seguridad. Luego volvimos a penetrar con los faros encendidos en el túnel de árboles, hasta que una corriente de aire nos golpeó en la cara y oímos el mar vivo, invisible para nosotros, rompiendo monótonamente sobre una interminable playa de guijarros a nuestra izquierda. La ruta se extendía en línea recta en una suave ondulación a lo largo de varios kilómetros y durante todo ese trayecto, como El Fiel Thomas y la Reina de los Elfos en la vieja balada escocesa, no vimos luna ni sol alguno, pero oímos el rugido del mar.

Luego la ruta volvió a meterse tierra adentro, con largas curvas sobre un terreno alto que olía a pantano. Al principio solo vi dos lucecitas que avanzaban hacia nosotros por la ruta, subiendo y bajando constantemente, y luego aparecieron otras dos que se movían con un ritmo más veloz y que eran más pequeñas o bien se hallaban más lejos. El ciervo corría a toda velocidad hacia nosotros por el medio de la ruta, sin desviarse un solo paso. Huía despavorido de lo que había detrás de él, encandilado por las luces que tenía delante. Solo a último momento bajó la cabeza y chocó de frente contra el auto, que ya derrapaba porque yo había clavado violentamente los frenos. Se oyó un ruido espantoso seguido de un golpe sordo y nos detuvimos en seco, con los faros afortunadamente encendidos que alumbraban el camino. Se hizo un completo silencio, pero al cabo de unos segundos oí la brisa del mar que acariciaba suavemente los brezos o lo que fuese que se alzaba a cada lado del camino.

Los dos salimos del auto y observamos el bulto marrón que yacía incrustado a medias debajo del paragolpes. Había sangre sobre el asfalto. Regresé enseguida al asiento del conductor. Había que sacar el vehículo de allí de todos modos y yo tenía que alejarme de ese cadáver destrozado. Mientras retrocedía algo se enganchó en el auto por un momento y luego se desplomó. No retrocedí más que unos veinte o treinta centímetros, para evitar iluminarlo con los faros del vehículo.

Claudia estaba de pie alumbrada por un farol cercano, mirando hacia abajo. Luego se agachó, aferró algo y tiró hacia atrás. Tenía una expresión

casi impasible en el rostro, con un dejo de irritación. Soltó lo que había aferrado y regresó a la puerta derecha del auto.

—Ven a darme una mano —dijo.

Permanecí inmóvil.

—No puedo —dije—. Lo siento. ¿Puedes arreglártelas sola?

Metió la cabeza por la puerta abierta y me sonrió.

—“¿Cómo es posible, señor mío, que sea soldado y cobarde?” —dijo con voz alegre.

Sacudí la cabeza.

—No soy un soldado —dije—. Es que no puedo soportarlo.

Sacó la cabeza sin decir una palabra y regresó al frente del auto. Volvió a agacharse y entonces vi, erguido bajo la plena luz de los faroles, al dueño del segundo par de ojos.

Ignoro qué clase de mastín infernal era capaz de conducir su propia cacería privada de ciervos en medio de la oscuridad de aquellos parajes agrestes. Era un perro enorme, de porte robusto. Alcancé a ver su lomo erizado mientras le mostraba los dientes a Claudia, al tiempo que emitía una suerte de gruñido burbujeante y continuo desde el fondo de la garganta. Estaba a punto de gritarle, pero en ese preciso instante ella se incorporó y lo vio.

Ella también mostró los dientes y avanzó uno o dos pasos en dirección al animal. El perro bajó la cabeza, pero no retrocedió. Entonces ella giró, se agachó y recogió algo del suelo. Lo balanceó en el aire y vi que era un asta entera, arrancada casi desde la raíz. Había sangre en la punta rota.

Caminó hacia el perro con el asta en la mano, agitándola y arremetiendo salvajemente contra él, y la oí maldecir al animal con un torrente de insultos perfectamente enunciados. El perro retrocedió ante la furia repentina del ataque, pero enseguida se recuperó y empezó a saltar alrededor de ella, amagando con morderla. Los dos emitían un flujo de gruñidos furibundos y ahogados. Luego ella cambió de pie velozmente, como un esgrimista, y avanzó con una larga estocada. Las puntas del asta se clavaron en la cara del animal, que soltó un chillido de dolor y se dio por vencido. Huyó corriendo por la ruta dando aullidos que sonaban cada vez más lejanos y en los que había más dolor que furia.

Claudia permaneció quieta un momento, con los pies bien separados, y luego dejó escapar una larga carcajada triunfal. Regresó al auto sacudiendo su horrible trofeo y sonriendo bajo el resplandor de los faros; aunque no podía

verme la cara, sabía que estaba observándola. Hizo girar varias veces el asta rota y la arrojó con fuerza hacia los arbustos. Luego volvió a agacharse y aferró al ciervo invisible. Tiró con todas sus fuerzas del animal y logró arrastrarlo sobre el asfalto. Ambos desaparecieron de la luz de los faroles y oí el crujido de la maleza al costado de la ruta.

Apagué los faros del auto y me quedé sentado allí, apenas iluminado por el reflejo de los faroles que había en la ruta. Me temblaban las rodillas mientras apretaba el embriague y trataba de poner en punto muerto el motor ahogado del auto. Volví a encender el motor y al cabo de un instante Claudia abrió la puerta izquierda y se sentó a mi lado. Tenía la respiración agitada por el esfuerzo y una sonrisa en los labios.

—Pobre Johnnie —dijo—. Ya pasó.

Puse el auto en marcha y arrancamos. Parecía no tener ningún daño mecánico. Claudia se volvió hacia mí y pasó un dedo suavemente por mi cuello, debajo de la oreja izquierda. Era una caricia, en la que había un afecto inconfundible, pero cuando retiró el dedo sentí frío donde me había tocado.

Conduje a toda velocidad por las subidas y las bajadas, con los ojos clavados en la ruta que se extendía hasta desembocar en el túnel de luz que nos esperaba más adelante. El resto del paisaje estaba a oscuras. No podía sacarme de la cabeza la balada del Fiel Thomas. Debió de haber sido una oscuridad tan compacta y asfixiante como aquella la que la reina y él tuvieron que vadear con la sangre que les llegaba hasta las rodillas. Hay menos de ocho kilómetros de distancia entre el punto detrás de Cartery hasta la ruta principal que pasa por las afueras de Dunstreet y es un camino recto en toda su extensión. Pareció un viaje muy largo.

Las casas aparecieron de golpe y luego el alumbrado. Me sorprendió ver los pubs aún abiertos y gente en las calles. Detuve el auto junto a la puerta de la casa de Claudia y me volví hacia ella. No habíamos pronunciado una palabra desde que ella me había tocado y no sabía con qué me encontraría. Encontré a una mujer joven muy tranquila, dueña de sí, que se volvió sonriendo hacia mí cuando la miré.

—Fue un viaje descontrolado —dijo—. No te perseguía el diablo, Johnnie.

—Por supuesto que sí —dije—. Pero lo perdí.

Atrajo mi cabeza hacia la suya.

—Yo me ocuparé de él —dijo.

—No lo dudo.

Lo dije automáticamente, pero la paz que había percibido antes volvió a emanar de ella y cambió el sentido de mis palabras mientras las pronunciaba.

—¿Cuándo regresas a Londres?

No tenía conciencia de haber tomado ninguna decisión al respecto, pero dije:

—Mañana, creo.

—¿No hubo suerte?

—No hasta ahora.

—Pero puedes venir a visitarme de vez en cuando, ¿verdad?

—Oh, sí. Vendré a visitarte.

No era una expresión de deseo, sino la constatación de un hecho.

Se apartó de repente, abrió la puerta y bajó del vehículo.

—Gracias por la cena —dijo—. Estuvo deliciosa.

—Gracias —dijo—. Fue increíble.

Eso también era un hecho.

El auto tenía algunas abolladuras profundas y un par de manchas oscuras. Como no había nadie en el garaje del hotel, conseguí agua y un cepillo y me puse a lavarlo con ahínco. Lo dejé limpio, pero todavía se notaban los golpes.

Henry, que jamás descansaba, vio mis manos y dijo:

—¿Algún problema, señor Slade?

—Atropellé un ciervo —dijo—. Me temo que lo maté. Y rompí un poco el auto.

Chasqueó la lengua.

—Ocurre con frecuencia durante la noche —dijo—. Las luces los encandilan. ¿Lo trajo con usted?

Negué con la cabeza y él volvió a chasquear la lengua.

—Lástima —dijo—. La carne suele ser muy buena. Y cuando un animal está muerto, no queda más remedio que aprovecharlo.

—Supongo que sí.

No tenía intención de explicar mi accidente a Henry. Subí las escaleras y me encerré en mi cuarto. No podía pensar más que en Claudia, y sin demasiada claridad. Fui hasta el espejo que había sobre el lavabo y me froté febrilmente el lado izquierdo del cuello con agua y jabón durante un largo rato, aun hasta mucho después de que la mancha color herrumbre desapareciera.

No había pensado en la *tazza* desde las seis de la tarde.



## CAPÍTULO VI

LA SEÑORA LARKIN DIJO:

—Vino a verlo ese señor Sarrett.

Conocía a Peter Sarrett desde hacía el mismo tiempo que yo, que debía de ser unos diez años, pero jamás perdía la oportunidad de llamarlo “ese señor Sarrett”, como si lo observara desde el extremo equivocado de una suerte de telescopio moral. Nunca supe por qué lo detestaba tanto. Yo mismo no sentía demasiado afecto por Peter, pero nunca entendí cómo habría podido ultrajar los principios morales que la señora Larkin pudiera tener. Era soltero y por más que volcara todas sus energías a *Cristal Antiguo* eso no lo convertía, supongo, en un trabajador remunerado a los ojos de la señora Larkin. Pero lo mismo podía decirse de mí y de mis libros. De hecho es probable que también yo fuera objeto de su desaprobación, en cierto modo, pero no era demasiado exigente con ella. Quizás había logrado sobreponerse a sus escrúpulos en aras de las buenas relaciones laborales.

—Llegó —dijo—, entró sin pedir permiso mientras yo hacía la limpieza y me preguntó dónde estaba usted. Le dije que usted no me había consultado antes de marcharse y que por más que supiera dónde estaba, jamás se lo diría.

Yo sabía perfectamente que no le había dicho nada de eso. Lo que la señora Larkin narraba era una suerte de escena imaginaria en que su relación conmigo, bastante idealizada, había chocado estrepitosamente contra la informalidad general que ella buscaba censurar en Peter Sarrett. En realidad, no había hecho más que agachar la cabeza y decirle que no sabía cuándo volvería yo.

—Oh, sí, siempre entra si la puerta no está cerrada con llave —dije—. Sabe que no me molesta. Entonces, ¿cuándo fue eso, señora Larkin?

—Ayer en la mañana.

—Lo llamaré para tranquilizarlo.

Dio a entender, visiblemente, que era un asunto entre mi conciencia y

yo. Luego se animó.

—Y esta mañana llamó el señor Bruce —dijo—, desde la oficina. Primero habló la secretaria y me preguntó quién era yo y se lo dije. Después oí que se lo decía al señor Bruce y él dijo: “Oh, sí, me gustaría hablar con la señora Larkin”.

La imitación que hacía la señora Larkin de la manera de hablar de David, si bien no le hacía justicia, estaba alevosamente destinada a halagarlo. Le gustaba David casi tanto como aborrecía a Peter, y el episodio, con sus símbolos de estatus implícitos, le había hecho, sin duda alguna, una impresión muy favorable.

—¿Sí? —dije—. ¿Y qué le dijo cuando habló con usted?

—Dijo que si usted regresaba hoy le dijera que lo invitaba a beber un trago con él y con la señora Bruce en casa de ellos. También dijo que se quedara a cenar si podía. Le dije que se lo diría si usted regresaba hoy o en todo caso le dejaría un mensaje.

—Gracias. Excelente.

—¿Irá entonces?

No suelo enfadarme con la señora Larkin, pero aquello era una grosera violación a mi privacidad.

—No lo sé. ¿Por qué? —dije.

Pareció como si de repente se hubiera atragantado con un trozo de pan.

—¿Por qué? —dijo—. Bueno, sería agradable para usted, ¿no le parece? La señora Bruce es encantadora.

Daphne, la esposa de David, era la “encantadora señora Bruce” con la misma frecuencia con que Peter era “ese señor Sarrett”. Encarnaba con tanta perfección la clase de mujer con la que debía casarme, que si le dijese a la señora Larkin que estaba dispuesto a vivir en pecado con Daphne hasta que se divorciara de David, estoy seguro de que habría dicho: “¿Cómo? ¿Con la encantadora señora Bruce?”. Pero no existía la menor probabilidad de que eso ocurriese. Daphne Bruce representaba todos los argumentos a favor del matrimonio si uno quería casarse, pero también todos los argumentos en contra si uno quería permanecer soltero. Era culta, atractiva, competente, sociable y absolutamente dominante. Yo sentía un gran afecto por ella como esposa de David y ella me trataba con el cariño, la tolerancia y la moderada reprobación que una mujer casada destina a un hombre como yo. Me aprovechaba bastante de eso cuando estaba de humor para verlos, pero en los intervalos daba gracias al cielo por la existencia de esa honorable institución

llamada soltería.

La señora Larkin se marchó, sin saber si yo pasaría la velada con la encantadora señora Bruce. La señora Larkin pasaba en mi casa buena parte de los cinco días de la semana, pero no era la compañera de mis noches. Cumplía esa función, presumiblemente, con el señor Larkin, cuya existencia yo conocía, aunque era una figura más bien desdibujada. Ella se mostraba tan discreta con respecto a su vida privada como ávida de indiscreciones acerca de la mía. Cuando se marchó, me senté a pensar, con tranquilidad, en Claudia.

Los resultados eran, de hecho, insatisfactorios. Recordadas desde la árida y rutilante Londres, Claudia y la campiña encantada de Dunstreet y de Cartery adquirirían con tanta persistencia las características de un sueño que resultaba sumamente difícil pensar en ellas con cierta lógica. Toda conjetura racional se deslizaba de inmediato hacia la fantasía, y la fantasía parecía transformarse en la realidad.

Tal como estaban las cosas, no necesitaba tomar ninguna decisión lógica. Regresaría pronto a Dunstreet de todos modos porque allí estaba la única pista que tenía sobre la *tazza*. Y si regresaba a Dunstreet vería a Claudia de todos modos, aunque solo fuese porque no podía mantenerme alejado de ella. El único asunto al que podía consagrarle cierta reflexión constructiva era a la manera en que debía lidiar con Claudia cuando la viera. Y me conocía lo bastante para saber que echaría por la borda cualquier plan que tuviese si me encontraba con una Claudia totalmente inesperada o con una reacción igualmente inesperada de mi parte frente a esa Claudia para la cual había sido concebido.

Me preparé un trago para calmar mi agitación. Cuando terminé de beberlo, llamé por teléfono a Peter. Estaba en casa.

—Ah, eres tú, Johnnie —dijo—. Pasé a visitarte ayer, pero no estabas. Tu criada me dijo que no sabía cuándo regresarías.

—Espero que no haya sido grosera contigo.

—¿Grosera? No, ¿por qué podría ser grosera conmigo?

—Sí, eso mismo me pregunto. Me lo pareció por el modo en que me contó la conversación que tuvieron.

—No, nada grosera. Un tanto reticente, quizá. No sabía dónde estabas ni cuándo regresarías... esa clase de cosas.

—Ya veo. A decir verdad, ella no lo sabía. Me refiero a que no te ocultó información.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué lo haría? Nunca imaginé que le contaras acerca de tus movimientos a condición de que hiciera un voto de silencio.

Se hizo una pausa. En ese momento debí haber dicho: “En realidad, solo fui a Worthing para visitar a una tía mía”, o algo por el estilo. De hecho no dije nada y durante todo el rato en que guardé silencio Peter esperó del otro lado de la línea dispuesto a escuchar lo que yo tuviera para decir.

Finalmente, dijo:

—Muy bien, no tiene importancia... ¿Por qué no vienes a tomar una copa esta noche?

Si vacilé fue por la simple tentación de anunciarle a la señora Larkin que había rechazado la invitación de la encantadora señora Bruce para pasar la velada con “ese señor Sarrett”. Pero la tentación no fue lo bastante fuerte. No quería pasar una velada con Peter.

—Me temo que no puedo —dije—. Estoy invitado a cenar con David y Daphne. Pero seguramente te veré muy pronto.

—Sí. De acuerdo. ¿Te quedarás en Londres un tiempo?

—Sí, por el momento. De todos modos, no tengo ningún plan fijo.

—Ya veo. Muy bien. Nos vemos, Johnnie.

Colgué el auricular. Solo al cabo de un rato advertí que no había preguntado a Peter el motivo de su visita ni él se había molestado en explicármelo.

Daphne llevaba puesto un vestido corto negro muy elegante que revelaba, con sorprendente precisión, sus curvas opulentas pero sumamente deseables. Su pelo rubio era lacio y brillante, los niños estaban en silencio en el piso alto y un ligero y agradable olor a comida emanaba de la cocina. Decir que semejante espectáculo había sido montado en mi honor suena, inevitablemente, como un exceso de vanidad de mi parte, pero de hecho en todo el asunto no había la menor vanidad. Daphne siempre se esforzaba por cautivarme, no solo en cuestiones domésticas, sino también en todo lo referente al sexo. Como gran parte de las mujeres felizmente casadas, nada le gustaba más que mostrar a los hombres solteros todo lo que se habían perdido. A veces me preguntaba qué ocurriría si de pronto decidiera tomarme en serio todo ese coqueteo y le pusiera, presumiblemente en ausencia de David, mis lascivas manos encima, algo que Dios sabe estaba dispuesto a

hacer en cualquier momento. Pensé que durante los primeros cinco segundos se entusiasmaría para luego horrorizarse y montar una escena de virtud ultrajada, probablemente. Como yo sabía todo eso, y ella sabía que yo lo sabía, se sentía libre de representar su papel con total impunidad. David parecía no advertirlo, más allá de ciertos momentos de asombro cínico mezclados con una autosuficiencia un tanto petulante.

—Hola, Johnnie —dijo Daphne con esa peculiar entonación monocorde que solían usar las chicas en la época en que ella era una chica.

—Hola, Daphne —dije.

Sonreí con calidez a sus enormes ojos verdes y evité tocarla. Ambos éramos miembros de una generación cuyos miembros no se besaban en la mejilla ni se llamaban “querida” o “querido”. Nos conocíamos demasiado para eso.

—¿Adónde te metiste? —dijo David—. No es justo. Tienes demasiado tiempo libre y demasiada movilidad. No me extraña que encuentres todas esas cosas.

—De nada sirve encontrar cosas si no tienes el dinero para comprarlas —dije—. No puedes tener todo. Tal vez tú no viajes tanto como yo, pero te pagan una fortuna por quedarte siempre en el mismo lugar.

—¿Qué porcentaje de mi sueldo crees que puedo gastar en cristal? —dijo David—. En fin, ¿encontraste algo?

—No —dije—. Vi una hermosa copa cervecera de tallo retorcido, pero pedían veinte libras por ella y ya tengo una muy parecida.

—A todo esto, ¿adónde estuviste?

—Fui a Worthing a visitar a una tía —dije.

David me miró. Soltó una carcajada y se quedó mudo. Daphne estaba parada detrás de mí, sosteniendo mi vaso de whisky. Me lo entregó por encima de mi hombro, de modo que pude oler su antebrazo.

—Eres un sobrino ejemplar —dijo—. Y, además, increíblemente ubicuo. Uno de tus abuelos, o ambos, debe de haber sido formidable en la cama.

—Ambos lo eran —dije—. De hecho, mis tías maternas son ligeramente más numerosas que las paternas, pero carecen del cálido afecto por sus parientes y de la dispersión geográfica de las primeras.

—La de Worthing es claramente una tía paterna —dijo Daphne—. Siente tanto afecto por sus parientes que dejó un largo pelo debajo de la solapa izquierda de tu saco. A juzgar por su brillo y por su negrura, debe de

ser una tía bastante joven o muy bien conservada.

—Ambas cosas —repetí—. Acabo de contarles acerca de las aventuras de mi abuelo. Mi padre era el mayor de una familia enorme y algunas de mis tías paternas más jóvenes bien podrían ser mis primas. Y el aire de Worthing hace maravillas en materia de conservación.

Sentí los dedos sobre la tela de mi chaqueta y traté de aferrarlos. No quería que esa encantadora señora Bruce, esbelta y rubia y urbana, tuviera en la mano un pelo de Claudia. Daphne lo tomó con aire juguetón y mi mano se cerró sobre sus dedos con una fuerza que ninguno de los dos esperaba.

—¡Ay, Johnnie! —dijo.

David alzó la cabeza de golpe.

—¿Qué...? —dijo.

—No es nada —dijo Daphne enseguida.

Estaba erguida frente a mí, decididamente magnífica en su vestido negro ceñido, y me miraba con una peculiar mezcla de furia y de excitación. No dejaba de masajearse inconscientemente los dedos de su mano derecha.

—Perdóname, Johnnie —dijo—. No quise irritarte.

Le sonreí.

—No tienes que disculparte, Daphne —dije—. No quise ser tan brusco.

El pelo debió de quedar donde ella lo había encontrado, porque cuando llegué a casa más tarde lo encontré y lo puse entre los pañuelos en el cajón más alto de mi cómoda. Así me sentía.

—Eres misterioso, Johnnie —se limitó a decir Daphne en aquel momento—. Tú y tus tías...

David no dijo nada.

Cenamos una cazuela muy simple y sabrosa con un óptimo vino de mesa seco. David contribuyó a la cena con un relato fascinante acerca de un embrollo burocrático en su ministerio. Lo contó con gracia, pero la formalidad asomaba de tanto en tanto. Les di una emocionante versión de la subasta de Dunstreet, que situé un par de meses atrás y en algún lugar de las Marcas Galesas. De todos modos, fue una velada agradable.

La prueba de fuego llegó, como siempre, cuando regresé a mi departamento. Siempre me ocurría algo similar después de haber cenado con los Bruce, algo que hacía casi todas las semanas. Me zambullía a través de la puerta con el alivio de un animal que regresa a su madriguera y encontraba todo muy acogedor: libros que esperaban ser leídos, luces y estufas que esperaban ser encendidas, el sillón que esperaba ser ocupado. O bien mi

departamento me parecía un lugar extraño y aun hostil que algún otro hombre, nunca yo mismo, había abandonado a toda prisa dejando sus pertenencias, que eran parecidas a las mías pero al mismo tiempo totalmente diferentes. Era un fenómeno puramente subjetivo, por supuesto. En ocasiones me he alojado en un cuarto de hotel por una sola noche y al regresar de una velada me sentía como si fuera el hogar de mi infancia. Algunas veladas tienen ese efecto sobre uno. Otras simplemente te dejan incapacitado para estar solo. Cuando esas veladas transcurrían en casa de los Bruce, el desafío era constatar que la querida y maldita Daphne había vulnerado mis defensas con sus pequeñas maniobras. Ella nunca dejaba de intentarlo, como ya dije, pero yo jamás permitía que supiese con cuánta frecuencia lo conseguía.

En aquella noche en particular, la sensación era singularmente ambigua. Me habría conformado con Daphne, o con cualquier cuerpo enfundado en un apretado vestido negro, sentada a mi lado frente a la chimenea, pero a diferencia de otras veces, esta vez no anhelaba conscientemente que me sirvieran un plato de comida casera mientras los niños dormían en el piso alto. Quería langosta y el olor húmedo de ese mar perdido. Había logrado dominar mi intranquilidad, pero se resistía a abandonarme del todo. Había regresado a un departamento que no era enteramente mío.

Mi valija, todavía a medio desempacar, estaba sobre la cama. No me gustaba fomentar las ambiciones de *valet de chambre* de la señora Larkin. No prestaba demasiada atención a la ropa; había sacado de la valija el único traje oscuro decente que tenía y me lo había puesto para ir a casa de los Bruce. Eso explicaba, por supuesto, el pelo sobre la solapa. El resto de la ropa estaba casi como la había empacado en el Fleur-de-Lys.

Empecé a sacar las cosas y a guardarlas. Tenía que hacerlo si quería acostarme a dormir y confieso que soy obsesivamente ordenado con mis objetos personales. A medida que lo hacía, mi sensación de extrañeza aumentaba. Estaba guardando mis cosas en el departamento del otro hombre. Sus cosas se parecían a las mías, pero él no las guardaba exactamente en los mismos lugares que yo. Su desorden circunstancial me hizo rezongar un poco.

Finalmente terminé de acomodar todo y devolví la valija a su lugar en el armario del cuarto de huéspedes. Me serví un whisky con soda para despedir la velada y empecé a prepararme para acostarme. Mientras tomaba un baño empecé a pensar en la botella de whisky. ¿Acaso la señora Larkin era la culpable? Siempre supuse que ella estaba más allá de las tentaciones clásicas

y nunca había ocurrido nada que amenazara esa presunción. Pero no se trataba del whisky. No tenía idea de cuánto había en la botella. Era la botella misma. La guardaba junto con las otras en un mueble esquinero bastante repleto de botellas, de copas y de todo el equipo necesario para beber como corresponde. Las botellas se hallaban en la primera fila: las más requeridas estaban al alcance de la mano y precisamente la de whisky saltaba a la vista apenas se abría la puerta. Advertí, al volver sobre mis pasos, que la había encontrado en el lugar del gin, que no suelo tocar cuando estoy solo. Dije “al volver sobre mis pasos” en sentido figurado, porque estaba metido en la bañera y no quería cruzar el departamento envuelto en una toalla mojada solo para sacarme una duda acerca de la señora Larkin.

La intranquilidad estaba cediendo y empezaba a adormecerme. Mientras dormitaba en el agua tibia hice una asociación mental entre la señora Larkin, la botella de whisky y un suéter gris que estaba en el fondo del último cajón de la cómoda. Me serené, salí del agua, me sequé y, con la salida de baño puesta, me detuve frente a la puerta. Ahora, despierto y calmado, ya no sospechaba que la señora Larkin se probara mis suéteres, aunque el resultado podría haber tenido cierto encanto.

Fui hasta el esquinero y encontré el gin frente a mí y el whisky en un extremo de la fila. Me invadió una sensación de inquietud. No soportaba la idea de tener que controlar el nivel de líquido de mis botellas, con todo lo que eso acarrearía. Por el momento, esas dos botellas en particular estaban casi llenas.

No abrí el último cajón de la cómoda. Sabía que el viejo suéter gris, al que la falta de uso había confinado al fondo del cajón, estaba bien a la vista en el primero, pero eso ya no parecía importante. Entré en el dormitorio haciendo sonar en la mano derecha, dentro del bolsillo de la bata, las llaves del departamento.



## CAPÍTULO VII

EN LOWER WEST STREET SOPLABA UN VIENTO HURACANADO, que hacía que todo fuese muy distinto de la última vez. Había hojas por doquier, no eran hojas secas todavía, sino hojas cansadas que no oponían mucha resistencia y que el viento había arrancado de los dientes de las trilladoras y llevado hasta el pueblo. Era cerca del mediodía y la puerta de la casa de Claudia estaba cerrada con llave y nadie respondía. Sea lo que fuere que hiciera durante todo el día, estaba haciéndolo fuera de allí.

Un fuego de carbón crepitaba en la chimenea del bar del Fleur-de-Lys y también se oía el rumor de las voces de los parroquianos que bebían un aperitivo antes del almuerzo. Asomé la cabeza con cautela y me topé con los melancólicos ojos castaños del rematador. Estaba sentado en una suerte de taburete giratorio frente a la puerta abierta. Sus ojos regresaron enseguida al robusto hombre de abrigo negro que era su interlocutor.

—No, lo que digo es que hay que ser razonable —dijo—. No se puede pedir que vendamos una propiedad y luego fijar un precio mínimo de venta que nadie está dispuesto a pagar. Sueñan con volverse ricos de golpe, ese es el problema. Bueno, algunos lo consiguen. Pero, como siempre digo, no cualquier casa es una mina de oro, ni siquiera en estos tiempos.

—Aquel tipo de allá, el que organizó la subasta el otro día, ¿es el señor Truscott o el señor Scarworthy? —dije a Henry—. Me refiero al tipo joven, con bigotito.

—Es el señor Pridham.

—¿Ya no hay ningún Truscott ni un Scarworthy?

—Está Charles Scarworthy. Un señor mayor. No viene demasiado seguido por aquí.

—¿Ningún Truscott, entonces?

Henry pareció vacilar, como si hubiese escondido algunos Truscott en alguna parte, pero no pudiera encontrarlos.

—Me temo que no, señor Slade. Al menos ninguno que yo conozca. El señor Scarworthy administra la oficina y el señor Pridham hace la mayor parte de las ventas.

—Pero él es de aquí, ¿verdad?

—No, no es de aquí. Es de Trenton.

Asentí con la cabeza. Trenton no estaba a más de cuarenta kilómetros de Dunstreet. En realidad, era una cuestión de escala.

Entré en el salón con la correspondiente timidez, saludé respetuosamente con la cabeza a la concurrencia y me senté en el extremo de la barra, lejos del fuego, de cara al señor Pridham. Los ojos bovinos se posaron sobre mí, vacilaron y volvieron a alejarse. Aún no había mirado detenidamente al hombre del abrigo negro, pero parecía tener un cartel de “gerente de banco” pegado en la espalda.

El señor Pridham retomó el tema. Su voz, al igual que su cara, rezumaba una suave melancolía ante la irracionalidad del prójimo.

—Como decía —continuó—, hay que ser razonable, no importa si uno vende o compra. Si no puedes pagar el precio de venta y el vendedor se niega a bajarlo, no puedes comprar. —Su sonrisa triste pasó por encima de los hombros negros para incluirme—. Este caballero le dirá lo mismo —dijo—. Si no me equivoco, hizo algunas ofertas el otro día, pero creo que no compró nada.

El gerente de banco se volvió a medias. Sonreí y tomé mi copa.

—No se equivoca —dije—. Sus precios resultaron demasiado altos para mí. En lo que me interesaba, al menos.

El señor Pridham asintió con la cabeza.

—Eso pensé —dijo—. Cristal, ¿verdad?

—Tiene una memoria notable —dije—. Está perfectamente en lo cierto, por supuesto.

Esbozó una sonrisa culposa.

—Bueno —dijo—, usted sabe, conocemos a la mayor parte de los clientes. Cuando uno ve una cara nueva, la recuerda. De hecho, lo tomé por un coleccionista privado, pero se comportó con tanta tranquilidad que me pregunté si no estaría equivocado.

Me encogí de hombros.

—Tengo algunas cosas de las que no me separaría —dije—. Pero eso nos pasa a todos. Pero también compro y vendo. Solo que a un precio adecuado, naturalmente.

Asintió con la cabeza, examinándome con una mirada de leve especulación.

—Pero ¿todavía tiene esperanzas de encontrar lo que sea que busca en esta zona?

Solo había una respuesta para esa pregunta.

—Oh, sí —dije—. Todavía tengo esperanzas.

Mientras decía esto, tuve la sensación de que alguien me había hecho la misma pregunta antes, pero no podía recordar dónde.

—Todavía debe de haber cosas espléndidas por aquí —dije—. ¿Cómo las consiguen?

Pensó un momento, con la mirada clavada en su copa. De golpe recordé a Claudia preguntándome: “¿No hubo suerte?”. “Por el momento no”, le había respondido yo, sin pensarlo. Ahora me preguntaba a qué se refería.

—Hay varias maneras —dijo el señor Pridham—. La gente se muere, por supuesto. —Me miró como si yo estuviese a punto de contradecirlo. Asentí con la cabeza y continuó—: A veces la gente guarda algo durante años sin prestarle demasiada atención hasta que se enteran de que algo parecido se vendió por una buena suma. Entonces piensan: “¿Cuánto valdrá esa antigualla?”. Todavía no están decididos a vender, al menos no en esa etapa. Pero una vez que empiezan a preguntarse cuánto vale un objeto, ya están encaminados. Después de un tiempo consultan a un anticuario. Él les hace una oferta, si el objeto es bueno. Pero no están decididos a aceptarla, no todavía. Se les suben los humos a la cabeza. Piensan: “No se puede confiar en estos anticuarios”. —El señor Pridham me sonrió como pidiendo disculpas—. “Si me ofrece un par de libras, es porque debe de valer al menos unas cinco”. Eso creen. Y la mayor parte de las veces no se equivocan. Luego olvidan el asunto hasta que aparece algo y necesitan el dinero. Entonces la mitad de las veces nos traen el objeto para que lo incluyamos en alguna de nuestras subastas. Para entonces ya no pueden esperar, y si no hay alguna subasta pronto, regresan al mismo anticuario o visitan a otro y piden un par de libras más. Pero si hay una subasta pronto, creen que así obtendrán más dinero.

Volvió a sonreírnos, como disculpándose por los procesos de la codicia humana que tan despiadadamente detallaba con su voz suave.

—También están los que saben que un objeto vale una buena suma, pero se aferran a él hasta que están desesperados por un poco de dinero. Son ancianos, en su mayor parte. Son los peores... para nosotros, quiero decir. Casi siempre creen que el objeto vale mucho más de lo que en verdad vale.

La cuestión es que solo están dispuestos a vender porque piensan eso. Y, desde luego, si no pueden obtener el precio que tienen en mente, se enfurecen. Pero al final venden. Siempre ocurre lo mismo. Bueno, usted lo sabe bien. Una vez que uno le puso un valor monetario a un objeto en su mente, no lo conserva por mucho tiempo. Ya no lo quiere más, ¿verdad? No del todo. Uno prefiere el dinero. De lo contrario, nunca habría pensado en ello.

—Pero ¿se encuentran cosas? —dije.

—¿Se refiere al cristal? No mucho, hoy en día. Se rompe. Pero siempre es probable encontrar alguna pieza suelta en las casas viejas. No vale la pena buscar en las nuevas, o en las viejas que ya fueron reformadas. El objeto que conservan, lo conservan por algún motivo y no quieren desprenderse de él. En las casas viejas los objetos están ahí por casualidad, donde siempre estuvieron, y puede que sus dueños estén dispuestos a venderlos. Pero nunca se consigue nada barato. Hoy en día son más las personas que creen que las cosas valen el doble de su valor real, que las personas que creen que no valen nada.

—Por aquí hay algunas casas que parecen no haber cambiado de manos durante siglos —dije.

El señor Pridham sacudió la cabeza.

—Le sorprendería saber cuántas —dijo—. Desde luego, quedan las viejas familias. —Sonrió al gerente de banco—. La anciana señorita Barton —dijo—. Apuesto a que en casa de ella encontraría bastantes cosas si supiera buscar.

El gerente de banco habló por primera vez. Tenía la voz correcta. No era un acento originario del lugar, me dije, sino adquirido luego de una larga residencia y de muchas conversaciones con granjeros.

—Puede ser —dijo—. Nunca estuve en esa casa. Pero creo que los Barton viven aquí desde hace al menos trescientos años e imagino que deben de tener un montón de cosas viejas. Pero me temo que yo no las distinguiría si las viese.

—Imagino que la señorita Barton no necesita vender las reliquias de su familia.

El señor Pridham lanzó una mirada especulativa al gerente de banco, que tenía la mirada perdida.

—¿Es la familia más antigua de la zona? —dije.

—Así es —dijo el señor Pridham—. Siempre hubo un Barton por aquí.

Pero la anciana es la última. Y supongo que no durará mucho. —Bajó de su taburete—. Debo irme —dijo—, avísame si encuentra algo. Me interesará saberlo.

Ignoro dónde almorzaban los demás, pero no era en el Fleur-de-Lys.

Un par de minutos antes de las seis doblé al final de Lower West Street y vi un Morris 1000 verde oscuro que se alejaba de la puerta. No sabía quién iba dentro, pero aceleré y lo seguí. En caso de que no fuera Claudia, siempre podía regresar. Solo existe un semáforo en Dunstreet y se puso en rojo entre el Morris y yo. Miré alejarse el Morris en la dirección que habíamos tomado aquella noche, pero era imposible saber si iba rumbo a Cartery.

La luz del semáforo cambió y volví a salir tras él. No había rastros del auto en el camino que iba a Cartery. Me dije que el Morris iba demasiado rápido para dirigirse a Cartery y me mantuve en la ruta principal. Conducía con mayor velocidad de la habitual, pero tampoco era una persecución. Por lo que sabía, el Morris podía alcanzar la misma velocidad que mi auto y ciertamente había aprovechado la ventaja.

La ruta desembocaba en una loma y luego descendía en un valle lleno de árboles. A lo lejos, donde la ruta volvía a subir y los árboles raleaban, creí ver algo que desaparecía en la cima. Podría haber sido el Morris. Al menos había un auto en la ruta delante de mí. Me precipité hacia las copas de los árboles sacudidas por el viento, me sumergí debajo de ellas y emergí ruidosamente del otro lado.

Era el Morris. Lo vi con claridad durante un par de segundos antes de que doblara bruscamente a la izquierda y desapareciera de nuevo entre los árboles. Había un cartel que decía “Grane”. Ignoraba qué era Grane, pero hacia allí me dirigí. A juzgar por el tamaño y el estado del camino, no parecía nada demasiado especial.

El Morris debía de haber aminorado la marcha, porque cuando el camino dejó de zigzaguear entre los troncos de los árboles y se volvió recto durante algunos cientos de metros, lo vi otra vez delante de mí y no demasiado lejos. Apoyé la mano en la bocina, sin presionarla. En lugar de hacerlo alcé el pie del acelerador y dejé que el Morris desapareciera en la siguiente curva. No tenía ninguna intención coherente, aunque ya no quería alcanzarlo. Aún no sabía si Claudia viajaba en él, pero si así fuera, quería saber adónde iba.

Si bien el camino estaba asfaltado, no era mucho más que una huella con bordes rugosos. Conduje con más cuidado y por primera vez advertí que las

densas copas de los árboles altos y delgados que se alzaban a ambos lados del camino estaban empezando a perder las hojas. Bajábamos por la pendiente desde hacía un buen rato, pero aún no se veía el agua.

Había un desvío a la derecha, que no vi hasta que estuve a punto de pasar de largo. Era aun más angosto que el camino por el que conducía y se perdía entre los árboles luego de una curva abrupta hacia la izquierda. Alcancé a ver la cola del Morris en la curva y de inmediato volví a perderlo de vista. Clavé los frenos y el auto resbaló hasta detenerse en los guijarros que se amontonaban al costado de la estrecha cinta de asfalto. Retrocedí, tomé el desvío, doblé la curva lo más rápido posible y enseguida llegué, increíblemente, a un nuevo cruce. Los dos caminos parecían iguales. Ninguno tenía un letrero. Me detuve. No se veía nada salvo árboles grises y encimados, que se azotaban unos a otros con sus opacas hojas verdes. No veía nada que proporcionara una pista acerca del camino que debía seguir.

Todavía ignoraba quién viajaba en el Morris. Retrocedí violentamente, giré en redondo sobre el cruce y volví a lo que, en un sentido muy estricto, podía llamarse el camino principal. Al menos sabía adónde llevaba. A Grane. Pero no me parecía que tuviese demasiado sentido ir hasta allí. Giré a la izquierda y regresé por donde había venido. Conducía lentamente, cavilando.

En el primer trecho razonablemente ancho de la ruta, un Morris 1000 verde me pasó a toda velocidad. El perfil era inconfundible. Esta vez hice sonar la bocina varias veces. El Morris se detuvo al costado de la ruta. Estacioné detrás, salí del auto y caminé hasta la puerta del conductor. Claudia me miraba con una expresión de amable perplejidad. Luego su cara cambió por completo. Aunque viva hasta los cien años y no pierda la lucidez, seguiré pensando que estaba encantada de verme.

—¡Hola! —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Adónde vas? —dije simultáneamente.

Ambos esperamos que el otro respondiera. Yo esperé más que ella.

—A Dunstreet —dijo.

Eso era innegable.

—¿De dónde vienes, entonces? —dije.

Me sonrió sensualmente desde el asiento del auto. Si la puerta hubiese estado abierta, la habría besado en la boca sin esperar que dejara de sonreír.

—De Dunstreet —dijo.

—¿Saliste a dar un paseo?

—Exacto.

Los árboles gemían y se retorcían a nuestro alrededor. El cielo estaba despejado sobre la ruta estrecha. Una semana atrás, a estas horas ya habría empezado a anochecer, pero ahora la luz era más bien fría. Ella repitió su pregunta:

—¿Qué haces aquí?

—Salí a dar un paseo. ¿Este es tu auto?

Asintió con la cabeza, sonriente.

—Pasé a verte esta mañana —dije—. Al mediodía, mejor dicho. Pero no estabas en casa.

—Es cierto. Había salido a visitar a mi tía.

—¿Tú también? —dije, pero ella lo decía absolutamente en serio y mi pregunta la dejó perpleja.

—¿Yo también qué? —dijo.

—Tienes tías —dije.

—No tías. Una tía. Y está bajo mi cuidado, por decirlo así.

—Ojalá que sea rica.

—Sí, eso creo, es bastante rica. —Miró detrás de mí, hacia los árboles atormentados—. ¿No te parece que este lugar es un poco sombrío?

—“Si yaciera en la costa de Groenlandia...”.

—Sí, lo sé. Pero a diferencia de los personajes de *La ópera del mendigo*, nosotros tenemos dos autos. Seguramente uno o los dos pueden llevarnos hasta Dunstreet.

Suspiré.

—Tendrán que ser los dos. Ve adelante; yo te sigo.

—¿Estás seguro de que no me perderás de vista?

—Solo si sufro un infarto o una falla mecánica. Inténtalo, de todos modos.

Asintió con la cabeza y regresé caminando hasta mi auto. Ella encendió las luces de posición del suyo y arrancó raudamente por esa ruta estrecha que serpenteaba entre los bosques oscuros. Seguí el par de rubíes zigzagueantes en un estado de grata semihipnosis. No reaccioné hasta que llegamos al desvío que llevaba a la ruta principal, donde el cartel apuntaba, detrás de mí, en dirección a Grane.

Poco antes de llegar a Cartery tuve una idea. Toqué la bocina tres veces. Ella disminuyó la velocidad, pasé a su lado y me detuve en el costado de la ruta. Caminé hasta su auto y dije:

—¿Qué tal una langosta?

—No esta noche. No puedo. Te serviré una copa y luego tendrás que regresar al Fleur-de-Lys.

—¿Mañana? —dije.

—Puede que sí. Pero por el momento sigamos camino, ¿quieres?

Regresé al auto y apenas cerré la puerta pasó a toda velocidad hacia Dunstreet. La perdí de vista por segunda vez y cuando estacioné en Lower West Street el Morris verde no estaba allí. Caminé hasta la puerta y traté de abrirla. Estaba cerrada con llave, pero al cabo de unos segundos oí sus pasos, que subían la escalera de piedra.

La Interesante Copa Cervecera aún se alzaba imponente en el centro de la repisa de la chimenea, pero esa noche la dejamos en paz. Me sirvió un trago en una copa común y silvestre, que dejé sobre la mesa para tomarla de la cintura. Había olvidado su olor.

—¿Qué te trae a Dunstreet? —dijo.

—Tú —dije, apretando la boca contra su pelo.

Se apartó de mí y me miró.

—¿Yo y qué más?

—El demonio que llevo dentro. Ese demonio y una hechicera. No puedo escapar de ninguno.

— De todos modos, ahora tienes que irte —dijo—. Termina ese trago y márchate.

—¿Mañana?

—De acuerdo. A las seis. Aquí.

Vací mi copa de un solo trago y me fui.



## CAPÍTULO VIII

TERMINÉ MI PRIMERA TAZA DE TÉ CARGADO Y DULZÓN y miré el techo. Advertí que ya no soplaba el viento, pero en el aire había una frescura inusual que me recordaba el otoño, aunque estuviera metido en la cama.

Si Claudia visitaba Grane con frecuencia, pensé, era hora de que yo también me diera una vuelta por allí. Lo cual no significaba que la decisión de doblar a la izquierda y no a la derecha, el día anterior, hubiera sido errónea. En ese momento yo ignoraba por completo que el Morris verde era de ella. Además, tenía la sensación de que cualquiera fuese el camino que hubiera tomado luego de retroceder hacia el cruce en el bosque, el Morris no habría tardado en pasarme a toda velocidad y Claudia, con solo sonreírme detrás del volante, habría ahuyentado cualquier otra idea de mi cabeza.

Pero Claudia había tomado el desvío hacia Grane y me resistía a creer que ese camino llevara a otra parte. En cuanto al giro de la derecha, solo podía significar que el desvío izquierdo volvía a comunicarse con el camino de Grane en algún punto, de lo contrario Claudia no podría haberme alcanzado con tanta rapidez cuando abandoné la persecución.

Bebí la segunda taza de té. Me pregunté por qué me resultaba aceptable y aun estimulante, en un cuarto perdido del Fleur-de-Lys, a las siete y media de la mañana, un brebaje que jamás toleraría en mi casa. Llegué a la conclusión de que era porque no lo había preparado yo mismo. Me pregunté si Daphne preparaba una tetera cada mañana y traté de imaginarla mientras le llevaba el té a David a la cama, envuelta en una bata mullida. Como si ella misma no fuese bastante mullida. Y de todos modos es probable que David tuviera que preparar el té. La bata de Claudia, en cambio, debía de ser oscura, mate y cerrada hasta el cuello. Vería a Claudia esa misma tarde, a las seis. Tal vez, a su debido tiempo, también la vería en bata. La esperanza es lo último que se pierde y en la esperanza hay muchas veces una cuota de miedo. Me levanté y empecé a vestirme.

Tomé el camino de Grane apenas pasadas las diez y media de la mañana y conduje con la mente en blanco hasta llegar al cruce, pero volví a pasar de largo, como el día anterior. No era, después de todo, mucho más que una abertura entre los árboles. Al menos podía confirmar algo. Retrocedí, giré en redondo y tomé el desvío de la izquierda. Era poco más que un camino de herradura y, tal como pensé, se abría hacia la izquierda en una larga curva que desembocaba en el camino que llevaba a Grane. Ya había avanzado unos metros cuando recordé, o creí recordar, que al doblar la curva había oído el ruido de un auto detrás de mí. Pero es cierto que alguien más debía de usar el camino de Grane. Si alguien vivía en Grane, sea lo que fuere que hubiese allí, debía de necesitar al menos pan y carne. Excepto que faenaran sus propios animales y se vistieran con sus pieles, lo cual no parecía del todo imposible. Al cabo de unos segundos la huella se perdió mansamente en un camino más ancho que, supuse, era el camino de Grane, pero no había ningún rasgo que lo distinguiera como tal. Según el cálculo que había hecho el día anterior, la distancia parecía correcta. Si Claudia había tomado por allí a toda velocidad y luego doblado a la izquierda, imagino que me habría encontrado allí donde me había encontrado el día anterior. Podía regresar yo mismo por la izquierda, por supuesto, y comprobar si era así.

Giré a la derecha, o más bien seguí la huella hasta entrar en el camino más ancho y seguí por él. Ahora la pendiente era mucho más pronunciada y de golpe sentí el esperado olor a sal. Era más suave y fresco, como si el viento del día anterior hubiese dispersado una acumulación de aire estancado, pero no había duda. Aún no veía el agua.

Unos minutos después encontré un desvío a la izquierda, que seguía marcadamente cuesta abajo. Pasé de largo, vacilé, detuve el auto y retrocedí caminando. Bajé a pie y descubrí por qué olía el agua pero no podía verla. Estaba casi encima de ella. Allí la tierra, en lugar de deslizarse suavemente dentro del mar invasor, se zambullía en él casi verticalmente desde unos nueve metros de altura. Era una caleta bastante ancha y en ese momento estaba llena de agua. No lograba ver si era profunda. Solo veía el reflejo del cielo entre los árboles. Unos segundos después me hallaba literalmente encima de ella. Había un puente. Parecía ser enteramente de madera y parecía haber echado raíces. En el extremo que apuntaba hacia el mar la caleta se extendía bastante recta y en línea paralela con el camino que corría por encima, o al menos eso me pareció. El otro extremo se curvaba hacia la derecha hasta penetrar en la tierra oscura y en las raíces colgantes de los

árboles, pero parecía bastante profunda. Era imposible decir adónde llevaba. Regresé al camino y entré en el auto. Estaba decidido a visitar Grane y eso significaba seguir adelante. Sea lo que fuere, Grane no podía estar del otro lado de ese puente de madera.

Todavía ignoraba qué era Grane. El camino trepaba bruscamente detrás de los árboles y subía hasta un alto promontorio con un horizonte de mar azul. Había una suerte de casilla de reconocimiento en el punto más alto del promontorio y cerca de ella había una ensenada cruzada por un pequeño muelle y un par de casitas de piedra sin el menor signo de vida. Era muy similar a lo que había imaginado que sería la vista desde Carnery a plena luz del día, aunque aquello debía de ser varios kilómetros hacia el este. El camino giraba alrededor del promontorio y era evidente que luego regresaba hasta la ruta principal, tierra adentro. Giré el auto y regresé por el mismo camino.

Dejé el vehículo donde lo había estacionado la primera vez y caminé hasta el puente. Había huellas de auto en ambos carriles, pero nada indicaba si era un camino público o privado. El puente se veía bastante sólido. La marea había subido un poco desde la primera vez que lo vi y ahora parecía haber unos tres metros y medio de agua en la caleta. Crucé el puente y empecé a subir por el otro lado. El camino ascendía bajo un túnel de árboles enmarañados. Era similar a otros caminos de la zona que había atravesado en el auto, pero nunca los había recorrido a pie y un auto es un gran aislante. El silencio era total y no me gustaba. Debajo de los árboles no había sino musgo y alguna que otra planta carnosa con bayas de colores. Todo olía a madera podrida.

El camino giraba a la izquierda en una curva muy cerrada y enseguida los árboles empezaron a espaciarse y a ser reemplazados, a cada lado, por una sólida hilera de rododendros. Puede que hubiese flores en los arbustos, pero lo único que veía eran hojas cerosas y de un verde oscuro que se movían solo cuando las tocaba. Ahora el camino se parecía más a un sendero de entrada. Se extendía en línea recta unos cincuenta o sesenta metros. No se veía nada salvo los rododendros, pero todo el lugar tenía un intolerable aire a privacidad. Supongo que si hubiese oído algún ruido que venía del extremo del sendero, habría dado media vuelta y habría huido corriendo de allí, o hasta me habría zambullido bajo los arbustos para esconderme hasta que desapareciese lo que fuese que lo hubiera provocado. Pero todo estaba en calma y seguí caminando.

Vi las chimeneas a través de una abertura en los arbustos, a mi izquierda. Tenían sombreretes rojos apoyados sobre piedras y se hallaban tan debajo de mí que si hubiera estado más cerca de ellas, podría haber arrojado una piedra dentro. De hecho, estaban a unos dieciocho metros de mí. Aparté los arbustos y miré hacia abajo. El sendero corría por encima de una loma de césped, bordeada por rododendros en la parte superior pero libre de árboles debajo. La casa estaba en el fondo de la loma, pero el frente se hallaba del lado opuesto. Todo lo que veía era una enorme extensión de techo cubierto de tejas de pizarra gris. A mi derecha, el sendero descendía abruptamente hasta el extremo opuesto de la casa y la rodeaba hasta desembocar en la entrada principal. Todo lo demás eran árboles. No salía humo de ninguna de las chimeneas ni había rastros de él en el aire. En alguna parte, muy débilmente, oía hablar a alguien.

Era una voz de mujer, muy aguda y monótona. Era casi imposible entender lo que decía, pero estaba en las inmediaciones de la casa. Podía estar en el frente, con su voz, o incluso más lejos detrás de la empalizada de la casa, encerrada en el enorme cerco de árboles inmóviles. Dondequiera que estuviese, no podía verla, ni ella a mí. Retrocedí entre los arbustos y bajé por el sendero, caminando con la mayor serenidad posible. Seguí el trayecto alrededor de la casa y luego, separando con cuidado los arbustos a mi derecha, miré hacia el frente.

El sendero de entrada era de grava gris, libre de malezas y lleno de huellas circulares de neumáticos. La casa estaba enteramente construida con la piedra oscura que abundaba en la región. No era linda ni fea, ruinosa ni pulcra. Era estática, neutra e indefinida. No puedo pretender, ni siquiera al recordarla, que me aterrorizó, pero había algo en ella que me resultaba horriblemente opresivo. La puerta de entrada debía de estar abierta, aunque mi ubicación me impedía verla. La voz provenía de allí y unos segundos después apareció la dueña de la voz caminando sobre la grava. Seguía hablando.

Era una mujer alta y de aspecto marcial, con un cuerpo demasiado grande para esa vocecita aguda y continua. Llevaba puesta una falda negra y ceñida con un largo delantal encima y una suerte de blusa azul y blanca le cubría el enorme torso cuadrado. Creo que si su voz hubiese tenido un tono normal, podría haber oído claramente lo que decía desde el lugar donde me encontraba. Todo lo demás estaba en el más completo de los silencios. Solo oía un flujo casi incesante de palabras, articulado y con inflexiones propias

del habla, pero que escapaba a mi comprensión. Caminó hasta el medio del sendero de grava, se detuvo y recorrió con la mirada el cielo y los árboles inmóviles. Luego dio media vuelta y volvió a meterse en la casa. La puerta se cerró con un golpe innecesariamente violento y dejé de oír la voz.

Intenté recordar su cara, pero no pude reconstruir su imagen. Casi contra mi voluntad volví a escabullirme entre los arbustos y seguí el trazado circular del sendero hasta llegar al frente de la casa. Semioculto detrás del último rododendro, me asomé a las ventanas, una tras otra, con una suerte de curiosidad reticente.

Tenían cortinas de encaje, anticuadas pero cuidadosamente plegadas y, hasta donde podía ver, limpias. No se veía mucho detrás de ellas. Recorrí todas las ventanas en ambos pisos, empezando por las que estaban en el extremo del lugar donde me hallaba, pero no logré ver nada. Cuando mis ojos regresaron al punto de partida, en una de las ventanas del piso alto vi entre las cortinas a una mujer de pie que me miraba con fijeza. Al principio pensé que era la mujer que ya había visto. Parecía igualmente alta, pero no llevaba puesto un delantal y todo su vestido era negro. Ambas tenían el pelo gris arreglado con cierto esmero. Seguí sin poder recordar la primera cara, pero la cara que miraba en aquel momento era de una nitidez sorprendente, aun desde la distancia en que me encontraba. Tenía las cejas negras y arqueadas sobre un par de ojos extraordinariamente redondos. No podía distinguir el color, pero parecían claros. Aun vista de frente, la nariz parecía aguileña y altiva, pero la boca estaba curvada en una ancha sonrisa de labios apretados que se extendía a ambos lados de la cara. No había nada particularmente repelente ni temible en ella, pero era una cara inquietante.

Durante un segundo, ninguno de los dos se movió. Luego retrocedí hasta cruzar los arbustos y empecé a caminar hacia la pronunciada curva del sendero de entrada. Al llegar a la curva, en el punto donde terminaba la casa, me detuve a escuchar. No había el menor ruido en ninguna parte. Caminé tranquilamente hasta el tramo recto, me volví para mirar pero no vi nada y eché a correr. No diría que estaba asustado. Solo quería marcharme tan pronto como fuera posible.

No estaba en estado para correr y cuando llegué al puente, luego de atravesar el oscuro túnel de árboles, me había quedado sin aire. Una vez que crucé el puente me sentí mejor. La extensión de agua a mis espaldas se había ensanchado y olía a mar aun entre las raíces de los árboles. La sensación de haber escapado no era más racional de lo que había sido la urgencia por

escapar, pero era agradable sentirla.

Entré en el auto, lo encendí rápidamente y partí rumbo a Dunstreet. Llevaba conduciendo unos minutos cuando advertí que había oído arrancar un auto detrás de mí y que aún parecía seguir allí.

Reduje la velocidad hasta llegar a paso de tortuga, pero a mis espaldas no apareció ningún vehículo. Giré en una curva, pasé de un cambio a otro lo más rápido que el auto lo permitía y atravesé a toda velocidad uno de los tramos comparativamente rectos. En el preciso momento en que llegué al final, por el espejo retrovisor creí ver un auto que venía en dirección a mí desde el otro extremo. Parecía un Morris, pero no lograba ver el color. Seguí a toda marcha hasta llegar al desvío que llevaba hasta el cruce. Luego de asegurarme de que el camino estuviera despejado detrás de mí, retrocedí y metí el auto en el sendero estrecho. Conduje hasta el cruce, volví a retroceder, giré y regresé casi hasta el camino que llevaba a Grane. Luego esperé.

Nada sucedió, nadie vino. Esperé unos diez minutos, sintiéndome cada vez más furioso y cada vez más tonto. Luego arranqué y tomé la ruta directa hacia Dunstreet.

A las seis de la tarde estaba en la puerta de Claudia y oí el sonido de un piano que venía del interior de la casa. Era una pieza de Chopin con tanto *rubato* que no pude sino preguntarme por qué el ejecutante se había molestado en mantener una remota fidelidad a Chopin. Claudia llevaba puesta una prenda oscura, mate y cerrada hasta el cuello, pero no era una bata. Fue hasta la radio que estaba en un rincón de la sala, vaciló un instante y la apagó.

—No me parece que sea muy buena, ¿no crees? —dijo.

—No, no lo parece. ¿Quién es?

—Una mujer llamada Jennifer Marsh. Tiene un prestigio enorme. No veo por qué.

—Si la vieras, te darías cuenta enseguida. Es muy atractiva, tiene una figura maravillosa y cuando toca se agita sobre el piano como una anémona durante la marea alta, mientras su cabellera larga y lustrosa flamea en la dirección opuesta. Llegó al país hace un par de meses y enseguida hizo la ronda de los críticos con toda la velocidad que daban sus piernas. No me extraña que la aclamaran. Todos salvo el viejo Cassell, que está más interesado en los sopranos masculinos.

Regresó del rincón donde se hallaba la radio y se paró delante de mí.

—Qué perverso eres, Johnnie —dijo—. Me gustas, pero no puedo evitar sentir que hay algo bastante perverso en ti. Ojalá no fuera así.

—Mira —dije—, no puedes culparme por lo que hagan Jennifer Marsh y los críticos. Mejor ser perverso con ella que dejarla que sea perversa con el pobre Chopin. ¿Adónde estuviste esta mañana?

Estaba alejándose para ir en busca de las bebidas, pero se detuvo y regresó hacia mí.

—En Swincombe. ¿Por qué?

—¿Qué hiciste en Swincombe?

No perdió tiempo en mostrarse indignada y en decirme qué diablos me importaba. Me miró con fijeza a los ojos y dijo:

—Compras.

—¿Para tu tía?

—Sí. ¿Quieres ver las boletas? A mi tía le gusta guardarlas.

—Sí, por favor.

Fue hasta un armario y sacó una ordenada cuenta de gastos con un pequeño manojito de boletas. Eran todas de tiendas de Swincombe y con fecha del día.

—Podrían ser de esta tarde —dije.

Sacudió la cabeza.

—Cierran temprano. Lo dicen todas las guías.

Le devolví los papeles y me senté.

—Es inútil pedirte disculpas —dije.

—No tiene importancia. Pero confieso que tengo cierta curiosidad por saber por qué te portas tan mal.

—Creo que alguien me siguió durante toda la mañana.

—¿Y pensaste que era yo?

—Pensé que era tu auto. Y fue en el lugar donde nos encontramos ayer.

—¿En el camino de Grane? ¿Pasaste por el camino de Grane esta mañana? —Asentí con la cabeza—. ¿Adónde ibas?

—No lo sé. Hasta el final del camino, ida y vuelta. No sé si llegué hasta Grane o no. Claudia... —Tomé sus manos. Me dejó hacerlo, pero sus manos estaban bastante frías y completamente inertes—. Tienes realmente una tía, ¿verdad?

—Oh, sí. Por supuesto que tengo una tía.

—Entonces me llevas ventaja —dije.

—Habría jurado que era una ventaja bastante dudosa. Pero supongo que soy prejuiciosa.

—¿Dónde vive esa tía tuya?

—Oh, Johnnie. Por allá, junto al camino que lleva a Grane.

Entonces comprendí, por supuesto. Todo lo que dije fue:

—Y ella no te importa mucho. Pero tienes que fingir que la adoras, ¿no es así?

—No la soporto. ¿No te parece que podríamos tomar un trago?

Solté sus manos, pero permaneció inmóvil por un momento. Se quedó parada allí, mirándome con fijeza. Luego se volvió y por segunda vez fue en busca de los tragos. Su expresión no se había alterado en lo más mínimo.



## CAPÍTULO IX

—AHORA HÁBLAME DE TU TÍA —dije.

—¿De veras te interesa?

Claudia apoyó su copa, se sentó en el otro extremo del sofá y colocó las manos detrás de la nuca. Habían pasado muchas cosas entre nosotros desde aquella vez en que me sonrió ladeando la cabeza, pero el principio era el mismo. La misma actitud de provocación aparentemente ingenua, que era cualquier cosa menos ingenua. Era más bien un rechazo deliberado de toda sutileza. Ella sabía exactamente lo que hacía y sabía que también yo lo sabía. Lo que no sabía, por supuesto, era que una parte de mi mente estaba enfrascada en una comparación fascinante entre su provocativo atuendo mate y cerrado hasta el cuello y los lustrosos detalles del vestido *décolleté* de Daphne. Pero en cuanto a sus acciones propiamente dichas, eran tan directas que resultaban brutales.

—¿Qué se supone que debo decir? —dije—. ¿Que todo lo que tiene que ver contigo me interesa? Es cierto, desde luego, al menos por el momento.

Apoyé mi copa y me puse de pie. Me negué a arrastrarme sobre el sofá hasta llegar a ella. Coloqué las manos debajo de sus axilas y la alcé. Sus brazos cayeron a los costados y permanecieron allí mientras bajaba el cierre de su vestido. Percibí nítidamente que la recorría una fría corriente de miedo, pero no duró mucho.

No pretendo escribir pornografía blanda, pero teniendo en cuenta lo que ocurrió después, debo aclarar que Claudia y yo nos convertimos en amantes y que la experiencia incluyó una buena cantidad de revelaciones inesperadas para ambas partes. Éramos muy distintos, pero en muchos aspectos éramos igualmente malos.

Esta vez yo serví las bebidas y ambos volvimos a ocupar nuestros respectivos extremos del sofá. Éramos como boxeadores que regresan a sus rincones luego de un primer round imprevistamente difícil. Permanecemos

sentados allí, midiéndonos el uno al otro a la luz de la experiencia obtenida y preguntándonos cómo serían los rounds siguientes y cómo debíamos pelearlos. Pero eso era solo la mitad del asunto. En otra parte de mi mente sabía que no faltaba mucho para que las manos de Claudia me moldearan como cera.

—Ahora háblame acerca de tu tía —dije—. Sé que es rica. Supongo que también es vieja. Sé que vive cerca del camino de Grane. Sé que haces las compras para ella y tienes que rendirle cuentas con detalle. Y sé que no la soportas. La escena está empezando a tomar forma.

—Es hermana de mi madre. Su apellido es Barton. Elizabeth Barton. Mi querida tía Elizabeth.

Por un segundo mi mente se detuvo en el apellido Barton y luego agregó otra pieza en el rompecabezas.

—No tengo recuerdos de mi madre. Las dos tías Barton, Elizabeth y Anne, estuvieron allí desde siempre. Anne era la más joven y también la más dulce. Elizabeth siempre fue una arpía. Ambas tenían dinero. Anne era mi madrina y por eso iba a dejarme todo, pero se arruinó la salud cuidando de la tía Elizabeth y murió sin haberse molestado en hacer testamento. Mi padre aún vivía. Escribió a la tía Elizabeth para decirle que suponía que yo heredaría el dinero de la tía Anne, como ella siempre había deseado. La tía Elizabeth respondió diciendo que sería riesgoso confiar en intenciones que Anne nunca se había molestado en poner por escrito. El dinero pasaría a ella en calidad de parienta más cercana y mis expectativas, aunque quedaran postergadas, podrían considerarse razonablemente incrementadas. Mi padre fue a verla y me temo que solo consiguió empecinarla más en su decisión. Conociéndolo, es probable que se pusiera a despotricar contra ella. Cuando él murió, yo tenía un trabajo y no mucho más. Hasta que hace tres años, la tía Elizabeth empezó a ejercer presión. Necesitaba alguien que cuidara de sus asuntos —lo cual, por supuesto, era cierto—, y mi experiencia administrativa me hacía la candidata perfecta para el puesto. Teniendo en cuenta mis expectativas, ella sentía que yo estaría feliz de cumplir sus deseos. Era una carta firmada por un abogado —ella ya no podía escribir por sí misma— y tan bien redactada que parecía una obra maestra del chantaje legal. Me ofrecía un sueldo fijo —no era bajo, a decir verdad— siempre y cuando yo viviera en Dunstree y estuviera a su disposición. Por suerte, no pretendía que viviera en la casa con ella.

—¿Y has vivido aquí desde entonces?

—Sí. Es degradante, ¿no es cierto?

—No soy quién para juzgarte. ¿Cuánto tiempo le queda?

—Tiene más de ochenta años. No es solo codicia, Johnnie. También es terquedad. Tendría que haber heredado el dinero de la tía Anne y juro por Dios que voy a heredarlo.

—Siempre y cuando no descubras que se lo dejó a un asilo para gatos.

—Hasta ahora no lo hizo. —Hablabas con absoluta seguridad, pero no quise preguntarle cómo lo sabía—. Pero desde luego que hace lo que quiere conmigo y suele recordármelo en momentos de tensión. No es algo demasiado bueno para mi carácter.

—Tu carácter me parece muy interesante —dije—. Todo lo que te concierne me resulta interesante.

Me miró con esa mirada suya perfectamente concentrada y neutral. No era lo que suele llamarse una mirada calculadora. No había nada en ella salvo la presencia de una inteligencia activa pero extraña. Luego de lo que acababa de ocurrir me pareció un poco inquietante.

—Todavía no entiendo del todo por qué la tía Elizabeth quiere que la ayudes —dije—. Es rica y parece bastante capaz de bastarse por sí sola.

—Ah, supongo que no me expliqué bien. Es ciega. Completamente ciega. Ya estaba perdiendo la vista en aquellos años en que la tía Anne se arruinaba la salud por atenderla. Ahora la perdió del todo. Pero como fue una pérdida gradual, se mueve con bastante facilidad en su entorno. Pero no puede leer ni escribir, por supuesto, ni alejarse mucho, o al menos eso es lo que prefiere.

Recordé los ojos claros y redondos que me miraban entre los pliegues de las cortinas de encaje de una de las ventanas del piso alto. Me había refugiado detrás del rododendro para luego huir corriendo como un ladrón sorprendido con las manos en la masa. Y ella ni siquiera supo que yo estaba allí. También recordé la ancha sonrisa de labios apretados y por un instante vi sus ojos de ciega reflejados en la mirada impasible de Claudia. Era una asociación que prefería no imaginar con tanto detalle.

—Imagino que depende bastante de ti, si tú eres quien firma los papeles, maneja el dinero y todo lo demás —dije.

—Depende de mí, sí. Pero no me tiene la menor confianza. Y no solo a mí, por supuesto. A nadie. No creerías si te contara las cosas que ha llegado a hacer. Una vez que firma un papel importante, no lo suelta ni por un segundo. Lo mete en unos sobres que prepara especialmente para eso y lo envía a

Seaton o al banco para que ellos lo controlen antes de que sea enviado. Ha dedicado años a mejorar el sistema y ahora está bastante perfeccionado. Está muy orgullosa de eso.

—¿Quién es Seaton?

—Su abogado. Un tipo correcto.

—¿Con ella o contigo?

—Con las dos. Es honesto pero también humano.

Me pregunté si la humanidad de Seaton incluía mantener informada a Claudia acerca del contenido del testamento de su tía. También me pregunté hasta dónde llegaba su humanidad en otros terrenos.

—¿Y los sobres? —dije—. ¿Ella misma los despacha en el correo?

—Se los entrega a Coster.

—¿Quién diablos es Coster?

—Su criada. Su todo. Coster es la única persona en quien confía y la pobre es débil mental, o poco menos. Una maravilla de eficiencia, pero débil mental. Es un hogar encantador, con las dos ancianas y Jock.

—¿Quién es Jock? Perdón si soy un poco repetitivo, pero no me dejas otra alternativa.

—Descuida. Jock es su perro. No es un verdadero lazarillo, pero se las arreglan. Supongo que podríamos decir que también confía en Jock. No puedo decir lo mismo. Es menos confiable que un cocodrilo. Y diría que tiene el mismo olor, pero reconozco que no es su culpa, pobre bestia. Es la vida que lleva. A veces me pregunto si yo misma no estaré empezando a oler mal.

—No que yo sepa, jamás olí a un cocodrilo —dije—. Pero si los cocodrilos huelen como tú, me gustaría tener un par. Cuéntame más acerca de Coster.

—Está en la casa desde que tengo memoria. ¿Cuándo empezaron a llamar a los sirvientes por sus apellidos?

—Quién sabe. Tal vez en las familias que tienen sirvientas de cierta categoría lo siguen haciendo. No me gustaría llamar Larkin a la señora Larkin. Ahora tú me preguntas quién es la señora Larkin y yo respondo: “Mi mano derecha. Es una mujer normal y un prodigio de ineficiencia”. Dejemos a la señora Larkin. ¿Por qué dices que Coster es una débil mental?

—Me parece que exagero. Para ser débil mental tendría que tener una mente. Es apenas una sombra de la tía Elizabeth. Solo que es sorda y la tía Elizabeth ciega. Como no puede pensar nada sin decirlo en voz alta y no se oye cuando habla, mantiene una suerte de monólogo incesante en una

vocecita siniestra que solo es audible cuando estás a dos pasos de ella. Es como oír un encefalograma o algo semejante. Pero es preferible ignorarla. Es fuerte como un toro y puede hacer todas esas antiguas tareas domésticas con perfección automática. De hecho, la tía Elizabeth a veces logra hacerse oír, pero como Coster sabe de antemano lo que ella necesita, solo se comunica una vez cada tanto.

—¿Y pasas tus días en ese manicomio? ¿Hace cuánto que estás aquí? ¿Tres años, dijiste?

—Tres años, o casi. Johnnie, yo...

La miré y de golpe vi una imagen de completa desesperación que me estrujó el corazón.

—No lo sé... —dijo—. ¿Tú crees que debo seguir aquí? Ni siquiera puedo irme por unos días, ¿te das cuenta?

—¿Qué haría tu tía si te marcharas?

—Desheredarme.

—¿Tendrías derecho a reclamar la herencia por vía legal?

—No creo. Después de todo, solo soy una sobrina. No, o resisto hasta que ella se muera o el dinero va a parar a un asilo para gatos. Mejor dicho para perros, con un legado especial para Jock. O a Coster, supongo. Coster recibirá algo, de todos modos, porque es justo que así sea.

—¿Crees que morirá pronto? Dices que tiene más de ochenta años. Además de sus ojos, ¿tiene algún problema de salud?

—Ninguno, creo. Ni siquiera se resfría y Coster hace todo por ella. A menos que ocurra un accidente, podría llegar a los cien.

—Los accidentes son comunes, en especial para las ancianas ciegas.

—Lo sé. Las barandas de las escaleras pueden desprenderse, alguien puede dejar el fuego encendido o cambiar los frascos de medicina sin darse cuenta. Lo pensé todo. Pero siempre está Coster... y Jock. Y de todos modos... —Sacudió las manos en un gesto de impotencia—. Nunca hubo accidentes y no creo que los haya.

—¿No? Yo no estaría tan seguro.

Nos miramos durante unos segundos. Luego dije:

—Una vez, hace tiempo, pasó algo en este mismo cuarto. Estábamos sentados como ahora, pero todavía no había corrido tanta agua bajo el puente. Dijiste que teníamos hambre y era cierto. Salimos y comimos langosta en una de las mejores zonas residenciales de la tierra de los elfos. Si vuelvo a encontrarte bajo el árbol de Eildon, ¿podríamos repetirlo? Esta vez sé que

tengo hambre sin necesidad de que nadie me lo recuerde.

Se puso de pie y caminó hasta el teléfono.

Cuando estábamos en el auto, dije:

—¿Qué hace la señora Pargeter con las langostas cuando no las comemos nosotros?

—Se las sirve al señor Pargeter, supongo. Parece que él la hace muy feliz.

Conduje el auto a través del pueblo. Las calles ya estaban iluminadas y encendí las luces de posición.

—El señor Pargeter la tiene más fácil que yo —dije.

Me miró y sonrió, casi por primera vez en la velada.

—No te desanimes, Johnnie. Ya encontrarás la fórmula.

—Conozco la fórmula. Solo es cuestión de aplicarla.

Asintió con la cabeza. Volvió a ponerse seria.

Miré ese perfil oscuro y nítido y me pregunté hacia dónde me dirigía. A Cartery, en primer lugar, y a una cena de langosta en El Barco. Alguna vez —realmente parecía que había sucedido mucho tiempo atrás—, había llegado en busca de una fabulosa pieza de cristal y había terminado en Cartery en un atardecer salitroso con velas que ardían en candelabros de porcelana. Ahora regresaba a Cartery y la idea que se retorció en un rincón de mi mente no era cómo hacer para encontrar un misterioso soporte para tortas, sino qué clase de accidente podía sufrir una arpía octogenaria y ciega en una remota casa de piedra.

Nos internamos en el túnel de árboles.

—¿Dónde queda la casa de tu tía? Dijiste que estaba junto al camino de Grane —dije—. No vi ninguna casa.

—¿No? Está en una bajada, luego de un desvío. Hay que cruzar un puente.

—¿Un puente sobre qué? ¿Un foso o algo parecido?

—Sobre el mar. Una caleta, más bien. Rodea la casa. Cuando hay marea alta, es una isla.

De modo que allí era donde terminaba el otro extremo de la caleta. Daba una vuelta y regresaba al mar.

—¿Es muy grande esa isla? —pregunté.

Pensó un instante.

—No lo sé con exactitud. Pero no es muy grande. Un par de hectáreas. Salvo la casa y el camino, no hay más que árboles.

—¿No hay instalaciones, jardines o algo así?

—Ya no. Creo que solía haber jardines. No hay duda. Pero ahora solo hay árboles. Y nunca los podan.

—“Los bosques se pudren, los bosques se pudren y caen”. Es curioso cómo Tennyson conocía el paisaje primitivo. Pero los *Idilios del rey* no son más que horribles victorianos disfrazados que corretean en la imponente campiña inglesa.

Claudia no se volvió ni me miró. Tenía la mirada clavada en los muros de árboles que convergían en el camino y habló casi en un susurro: “Solo la cruel inmortalidad me consume. En tus brazos poco a poco me marchito”. No había advertido lo bella que era su voz cuando susurraba.

Extendí una mano y toqué su brazo. Se sobresaltó y me miró con los ojos bien abiertos.

—Escúchame, Claudia —dije—, podrás hacer muchas cosas en mis brazos, pero jamás marchitarte. Y nadie es inmortal. Tithonius no dejó testamento.

—Si el tiempo ya es bastante cruel, cuánto más lo será la inmortalidad. “Pero la vejez tiene su honor y su trabajo”. Creo que Tennyson no me gusta.

De pronto, las luces amarillas de Cartery nos rodearon y detuve el auto en el costado del camino.

—“Con la muerte termina todo” —dije.

Apagué el motor y los faros y descubrí que ella me miraba en la oscuridad fosforescente. Me incliné y la besé en la boca, pero fue como besar a una estatua.

—Tengo hambre —dijo—. Vamos a comer.

Comimos en una habitación del fondo, cegados por las lámparas frente a un mar invisible. Más allá del efecto que tenía sobre el señor Pargeter cuando no la consumíamos nosotros, la comida se apoderó de mi organismo con la aplastante eficacia del combustible supercarburante. Hasta Claudia revivió bajo la luz de las lámparas. Los bosques moribundos dejaron de ser una amenaza y perdieron importancia y comimos con alegría. La señora Pargeter nos deparó las recatadas atenciones que suelen merecer los recién casados y las copas de brandy llegaron sin que las pidiésemos, luego de la segunda jarra de cerveza.

En Claudia había algo, como también lo hubo alguna vez en mí, que todavía le permitía extasiarse y cuando eso le ocurría iluminaba todo lo que hubiese a su alrededor, como un sol de noche. Ya no era la reina de los elfos,

aunque un contrato para servirla durante siete años no me parecía una penuria. La señora Pargeter nos dijo adiós con la mano desde la puerta amarilla y empecé a caminar hacia el auto.

—¿No iremos al promontorio? —dijo Claudia.

—No iremos al promontorio. Nada de lugares desolados esta noche, Claudia. Allá pasan demasiadas cosas que no me gustan. Nos iremos bajo los árboles, directo a casa. Es más rápido y más seguro.

—Que sea rápido, entonces —dijo.

Soy incapaz de conducir a toda velocidad cuando estoy borracho, pero no estaba borracho, solo había bebido un par de cervezas y una copa de brandy. Aceleré el auto a través de los caminos oscuros y zigzagueantes con precisión triunfal y temeraria, y cuando llegamos a Lower West Street la realidad todavía estaba a unos cuantos kilómetros de distancia.

Fue mucho más tarde, bien pasada la medianoche, cuando Claudia se echó a temblar con violencia y dijo:

—Tengo frío, Johnnie. Enciende el fuego mientras preparo té o alguna otra cosa.

Nos mirábamos parpadeando bajo la luz repentina, como si fuésemos extraños. El té caliente nos calmó un poco, pero ninguno de los dos podía calmar al otro.

—Tengo que resistir —dijo Claudia. Tenía la mirada clavada en el fuego y hablaba como para sí misma—. No hay nada más, ¿te das cuenta? En cualquier empleo ganaría más dinero del que gano ahora y no habría nada detrás, no podría esperar nada del futuro, ninguna seguridad. No puedo hacerlo.

—¿Alguna vez has pensado en casarte?

Negó con la cabeza.

—No funcionaría. No soy esa clase de persona.

—No —dije—. No creo que lo seas. Aunque a veces...

Volvió a negar con la cabeza.

—Tampoco tú lo eres —dijo.

Se puso de pie, caminó hasta la chimenea, se apoyó contra la repisa y se contempló a sí misma en el enorme espejo de marco dorado.

—Pero no puedo seguir así, Johnnie. No puedo seguir así mucho tiempo más. Tienes que ayudarme.



—¿Cuándo puedo conocer a la arpía?

Le hablé a su espalda, pero sentí que me observaba en el espejo.

—¿Mañana?

—De acuerdo. Mañana.

—Espérame en el puente a las once.

—Allí estaré.

Me puse de pie y me preparé para emprender la retirada. Hasta Henry tiene que dormir de vez en cuando, y en su lugar había otro hombre que no conocía. Me alegró. Ya había tenido suficientes atenciones de recién casado aquella noche. Subí las escaleras rápidamente, pero la realidad me pisaba los talones y logró meterse en mi cama antes que yo. Las sábanas estaban frías y tardé un largo rato en dormirme.

## CAPÍTULO X

HABÍA MUCHA MENOS AGUA EN LA CALETA que la primera vez que la vi. La marea estaba empezando a subir lentamente entre bancos de lodo cubiertos por los desechos de los árboles que se inclinaban sobre ellos. Me pregunté cómo sería el fondo. Si el barro era tan suave como parecía, el lugar era prácticamente una isla tanto durante la marea baja como durante la marea alta.

Había dejado el auto a unos cuarenta metros, estacionado bajo los árboles que crecían al costado del camino. Aunque Claudia me esperaba en la casa, la tentación de entrar a hurtadillas era demasiado fuerte. Un auto que pasó por el camino me hizo bajar de un salto por el terraplén y, casi antes de saber lo que hacía, me agazapé bajo los troncos del puente. Allí abajo parecía reinar la calma, pero una ligera brisa acariciaba las copas de los árboles y traía el olor del mar a través del fondo perenne de los bosques moribundos. De pronto, oí la voz de Claudia:

—Dije en el puente, no debajo.

Debió de haber llegado hasta el puente sin hacer el menor ruido. Se apoyó contra la baranda, observándome. Esbozaba una sonrisa, pero se veía pálida.

—Estaba en el puente, pero oí un auto.

—¿Todavía te siguen?

—¿Será una incipiente manía persecutoria o simple culpa? ¿Tú qué crees?

—¿Por qué tendrías que sentir culpa?

—Eso tienes que responderlo tú. Me siento como Macbeth en el final del primer acto.

Cruzó el puente en dirección a la casa, trepé por el terraplén hasta llegar al camino y la seguí.

—Coster estará ausente toda la mañana —dijo por encima del hombro.

—Es una pena. Tenía ganas de verla.

—Por desgracia, ella también podría verte. Sus ojos funcionan a la perfección.

—¿Viaja por sus propios medios?

—Viaja conmigo. La llevé al pueblo en el auto, aferrada a su manojito de papeles como si fuera mensajera de la reina. Al menos ella parece no advertir lo absurdo de mi situación. Simplemente lo da por sentado. Es parte del sistema. Nadie tiene nada que objetar.

—¿Y cuándo regresa la mensajera de la reina?

—Cuando vaya a buscarla, no antes. Así que solamente está la tía Elizabeth. Y Jock, por supuesto. Pero Jock no está dentro de la casa todo el tiempo.

—¿La tía Elizabeth tiene todos los sentidos adicionales que se les atribuyen a los ciegos?

—Nunca lo noté. Ya era bastante vieja cuando perdió la vista. Yo diría que tiene un oído totalmente normal, pero no te oírás respirar, ni te olerá nada por el estilo para luego decir: “¡Vaya! ¡Hay un extraño en la casa!”.

—Me tranquiliza, de todos modos.

Habíamos llegado a la cima de la loma y los rododendros se cerraban a ambos lados de nosotros. Yo había hecho ese trayecto, en dirección contraria, pero en una carrera desesperada, sin tener una idea clara de a qué le huía. Ahora caminaba junto a Claudia con paso enérgico, bajo los árboles susurrantes, con una incomodidad que aumentaba a medida que nos aproximábamos a la casa. No sabía qué me inspiraba esa incomodidad, así como antes tampoco había logrado saber qué me impulsaba a escapar. No me gustaba cómo la avenida oscura nos atraía hacia el centro de esa isla invadida por los árboles. Claudia parecía decidida. Supongo que estaba acostumbrada.

Doblamos la curva y llegamos al sendero de entrada cubierto de grava gris. Claudia me tocó el brazo.

—Camina sin hacer ruido —dijo—. Párate contra la pared, junto a la puerta de entrada. Cuando ella salga, tú entras. Pero hazlo en silencio.

Crucé la grava en puntillas bajo las hileras de ventanas con cortinas. Me sentía estrepitoso. Me paré con la espalda apoyada contra la pared entre la ventana más cercana y la puerta. Tenía la boca seca. Cuando estuve en la posición deseada, Claudia avanzó pisando con fuerza la grava hasta llegar a la puerta. Desde el interior de la casa se oyó una voz que llamaba:

—¡Claudia!

No era una voz áspera. Era grave, absolutamente serena y más bien odiosa.

—¡Ya voy, tía Elizabeth! —dijo Claudia y entró en la casa, cerrando la puerta tras ella. Esperé con la espalda pegada a la pared. Había un sol tenue que llegaba filtrado por las nubes que pasaban, pero en aquel hueco de árboles no tenía tibieza. El mar debía de estar bastante cerca, pero nada indicaba su presencia. Los árboles eran demasiado espesos.

No oí abrirse la puerta, pero de golpe el perro salió a la grava. Avanzó en dirección opuesta a mí, tirando de una delgada correa de cuero. No esperaba que fuese atractivo, pero no estaba preparado para ver algo tan repugnante. Supongo que era una suerte de bull terrier. Tenía el cuerpo blanco y rosado y parecía casi completamente pelado y sarnoso. Aun de costado sus ojos eran casi invisibles bajo los fruncidos párpados rosados. Avanzaba con dificultad y resoplando como si fuera obeso, pero la mayor parte de sus huesos asomaban bajo la piel colgante. Mientras caminaba me llegó su olor. Un largo guante negro asomó en el otro extremo de la correa y detrás apareció Elizabeth, la tía de Claudia.

No me había percatado, cuando la vi a través de la cortina de la ventana, de lo alta que era. Debía de medir más de un metro ochenta y el enorme rodete que tenía en la cabeza agregaba a su altura la misma cantidad de centímetros que el casco de un policía. Estaba vestida con la mayor pulcritud y completamente monocromática, como si el color la hubiese abandonado junto con la vista. Solo los guantes eran de un negro absoluto. En cierto modo, yo esperaba sedas susurrantes, pero la anciana llevaba puesto un conjunto de *tweed* y gruesos zapatos de cuero. Sus pies eran tan grandes como el resto de su cuerpo. Tenía la espalda recta como una estaca, pero todo su cuerpo se inclinaba un poco hacia delante debido a la fuerza que hacía el perro. Caminaba con paso firme y sin vacilar. Claudia había dicho que su tía podría vivir hasta los cien años. Me pareció que, si la dejaban, podría vivir para siempre. Tenía la piel gris pero brillante y sin manchas, y su sonrisa, cuando pasó a mi lado, le llegaba casi hasta las orejas.

Ambos se alejaron por el sendero de grava. Estaban al punto de llegar al otro extremo, cuando advertí que regresarían, de un modo u otro, una vez que alcanzaran el final del sendero y que el perro al menos podía verme. Entonces recordé lo que me había dicho Claudia. Di dos pasos rápidos pero cautos y entré por la puerta. El lugar entero olía a perro.

Claudia estaba detrás de la puerta abierta, esperándome.

—Tenías razón en algo —dije—. Tu tía no puede olerme, no dentro de esta casa. Al menos, eso espero.

—Te lo dije. Cocodrilo.

Hablábamos en susurros.

—¿Cuánto tiempo estarán ahí afuera?

—Unos quince minutos o más. Es su ejercicio.

Me acerqué con cautela a la puerta y asomé la cabeza hacia afuera. El raquítico perro rosado giraba y giraba por el borde del sendero de grava resoplando y tirando de la correa, mientras su dueña, lenta pero ligeramente encorvada, iba a la zaga. Las suelas de sus zapatos hacían crujir el pasto y el animal resollaba con un ritmo agitado que parecía servirle de acompañamiento.

Detrás de mí, Claudia dijo:

—Vamos. Te mostraré la casa. La puerta queda abierta. No creo que regresen inesperadamente, pero si algo sucediera, en la parte trasera hay dos puertas de servicio. Y también escaleras.

De pronto, los crujidos y los resuellos se acercaron y el perro y su ama pasaron junto a la puerta, a unos pocos metros de nosotros. Ninguno de los dos nos miró. Sus sonrisas tensas eran muy parecidas.

—No es cierto que las personas se parecen a sus perros —dije—. Es a la inversa. Siempre lo pensé así y esto lo prueba. Ella no puede estar imitando a su perro. ¿O acaso pudo verlo alguna vez?

—Es difícil de recordar. No es tan viejo como parece, pero ha estado aquí desde hace tiempo. Sí, diría que debe de haberlo visto con bastante claridad antes de quedar ciega. Pero estoy segura de que tienes razón. Esa expresión es la tía Elizabeth en estado puro. Así fue siempre, mucho antes de que Jock apareciera en la casa. De todos modos, los perros ven mucho más que nosotros. Este es el comedor...

—¿Todavía lo usan?

—Claro que sí. La casa está tal como era antes de que perdiera la vista. Como te dije, ocurrió poco a poco. No tuvo que adaptarse bruscamente a una situación nueva. En todo caso, la tía Elizabeth no se adapta a nada, ni bruscamente ni de cualquier otro modo. Todo tiene que adaptarse a ella.

Las habitaciones y todo lo que contenían eran de estilo victoriano, del inicio de la época victoriana a lo sumo. Recuerdo que el gerente del banco había dicho que los Barton vivían en el lugar desde hacía trescientos años y me pregunté si sería verdad.

—Nada de todo esto es muy antiguo —dije—. Esperaba algo más ancestral. ¿Hace cuánto tiempo que la familia vive aquí?

—Por generaciones. Bueno... varios siglos, digamos. Pero la casa antigua se quemó. Y construyeron esta, en fin, ya la ves. Es de mil ochocientos cuarenta y tantos, supongo.

—¿Se perdieron muchas cosas en el incendio?

—La mayor parte, pero lograron sacar los tesoros o lo que creían que lo eran. Pinturas, sobre todo, y algo de platería. Está todo arriba, en las habitaciones de la tía Elizabeth.

—¿Y todo huele tan mal?

—Peor. En realidad, el perro duerme en la parte trasera de la casa, pero atrás, junto a la antecocina. Sin embargo, se pasa casi todo el día arriba.

—Dijiste que no confiabas en él. De hecho, ¿cómo reacciona ante los extraños? Si tu tía está sentada en esa silla con ese horror a sus pies y yo entro por la puerta, tan sigilosamente que ella no se entera de que estoy aquí, ¿qué hace Jock? ¿Me ataca, me ladra o qué?

—No estoy segura. Nunca vi nada parecido. Imagino que dejaría de resollar y te miraría en silencio. Y si te acercaras, el resuello se transformaría en gruñido. Finalmente, supongo, si llegaras hasta él sin decir una palabra, se levantaría y se pondría a gruñir. Lo máximo que hizo conmigo fue gruñirme. El pobre es bastante apático. Pero desde luego, en cuanto el perro dejara de gruñir ella diría: “¿Quién anda ahí?”. Te lo dije: no tiene ninguna capacidad especial para oír, pero sin duda el perro es una suerte de radar para ella, además de guiarla para que no se lleve por delante los muebles.

Nos miramos en medio de ese comedor repleto de objetos y de olor a perro.

—Hacen una pareja encantadora, ¿no te parece? —dije.

Ella me observaba fijamente con esa mirada vacía, distante.

—Nunca has odiado a nadie, ¿verdad, Johnnie? Quiero decir: sin pausa, día tras día. Te daría demasiada pereza.

—Nunca sentí algo así, salvo por uno o dos de mis maestros en la escuela y eso fue hace mucho tiempo. Suelo inclinarme por el corto plazo.

—Sí. Creo que no me gustaría estar en tu lista de corto plazo.

Negué con la cabeza.

—Jamás lastimo a alguien —dije.

Ambos hablábamos completamente en serio.

—¿No? Siempre hay una primera vez. ¿Siguen de paseo?

Me asomé a mirar entre las cortinas de muselina. La procesión seguía su marcha.

—¿Nunca van a otra parte? —dije.

—Ella no. El perro sale solo cada tanto, por supuesto. Pero siempre desde la parte trasera de la casa. Y no se aleja mucho. Ven, subamos.

La escalera era de madera pintada, tan sólida que parecía hecha de ladrillos, pero era empinada y no demasiado ancha. La parte central estaba cubierta por una gruesa alfombra roja sujeta a los peldaños con varillas de bronce. Los sujetadores estaban clavados en la madera y las varillas sobresalían un par de centímetros a cada lado. No tenían esos pretenciosos pestillos modernos. Con la presión de la alfombra debajo de ellos, se necesitaría una maza para desprender las varillas de los sujetadores. Allí no había material para un accidente.

—¿Lo ves? —dijo Claudia. Asentí con la cabeza—. Esa es su sala de estar.

Era una habitación monocromática, llena de alfombras y de tapices desteñidos, y con un revestimiento descolorido. Los retratos de familia que se habían salvado del fuego no superaban el interés meramente documental. No valían nada. Había algunas bibliotecas con libros que presumiblemente nadie había leído jamás. No vi platería ni cristales por ninguna parte. Había un sólido sillón de respaldo recto, moldeado con la forma exacta de aquel enorme cuerpo inmóvil, con una pequeña alfombra manchada a sus pies. Todo el cuarto estaba perfectamente limpio, pero el olor era espantoso. A un lado de la chimenea, casi detrás de una silla, había un segmento plano del revestimiento que parecía un armario empotrado. Me pareció que tenía una cerradura, pero tenía que verlo más de cerca para estar seguro. Era demasiado grande para ser una caja fuerte moderna, pero aun así podía ser bastante sólida. Junto al sillón había una mesa, atestada de objetos que manos temblorosas, por muy entrenadas que fueran, no podían mantener en orden. Había botellas, vasos y también una jarra llena de un líquido pálido, tapada con un trozo de muselina sujeta con bolitas de cristal azul.

—¿Dónde duerme? —pregunté—. ¿Por allá? —Moví la cabeza en dirección a la puerta que había en el otro extremo de la sala.

—Sí. No hay mucho para ver.

Caminó hasta allí y abrió la puerta. Me acerqué a la ventana y miré hacia afuera. Inmediatamente frente a mí y no demasiado abajo debido a una elevación en el terreno, se hallaba el último rododendro. Era el lugar desde

donde aquellos ojos redondos y descoloridos me habían mirado, sin ver nada. Ahora nadie se agazapaba detrás de los rododendros, pero mientras observaba desde la ventana las dos figuras fantásticas, todavía unidas por la correa de cuero, cruzaron con paso seguro mi campo visual y volvieron a desaparecer.

—Todavía siguen ahí —dije.

Caminé hasta la puerta abierta y miré el dormitorio. Allí el olor era mucho más suave. Jock dormía abajo. Había una cama de hierro enorme, casi cuadrada, con adornos de bronce en los postes. La mesa de luz, al igual que la que se hallaba en el cuarto contiguo, estaba atiborrada de cosas. El mobiliario era de mediados de la época victoriana, nada excepcional, pero el tocador carecía de espejo. Había más pinturas, sin ningún interés, y ningún objeto que pareciera ornamental. Debajo de la sólida cama había algo que semejaba un baúl, pero en toda la habitación no se veía ningún armario empotrado. Regresamos a la sala de estar y Claudia cerró la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

Cuando llegamos al rellano de la escalera, Claudia apoyó la mano en mi brazo. Me detuve y la miré. Enseguida la puerta principal se cerró pesadamente debajo de nosotros y esa voz serena y perversa dijo:

—¿Claudia?

—¿Sí, tía Elizabeth? —dijo Claudia y señaló el otro extremo del rellano. Asentí con la cabeza y avancé en puntillas.

—¿Qué estás haciendo arriba?

—Ordenando, tía Elizabeth.

Caminó hasta la cima de la escalera mientras yo encontraba, del otro lado, el hueco oscuro que comunicaba con la escalera de servicio.

—Ordenando. —La voz era casi inexpresiva. No cuestionaba ni ofrecía comentario alguno—. Creo que es hora de que vayas a buscar a Coster.

—Muy bien, tía Elizabeth.

Empezamos, simultáneamente, el descenso de nuestras respectivas escaleras. Llegué al final de la mía y me detuve a escuchar. La puerta principal volvió a cerrarse. Claudia había salido, pero yo no sabía dónde estaba su auto. Ningún peldaño crujía sobre mi cabeza, pero oí, débil e inconfundible, los constantes resuellos y crujidos mientras Jock guiaba a su dueña hacia el piso alto.

Estaba en un pasillo oscuro. El olor del perro que provenía del fondo de la casa era cada vez más fuerte. Caminé hasta el final del pasillo y atravesé una puerta abierta. Era una suerte de cocina de servicio y el cuchitril a mi



izquierda era, sin duda, el lugar donde dormía Jock. También había, advertí, una cadena clavada a la pared y un cuenco lleno de agua. Atravesé en puntillas la cocina hacia lo que debía de ser la puerta trasera de la casa. Puse la mano en el picaporte y quedé paralizado. El resuello, que ahora avanzaba con mayor velocidad, bajaba la escalera principal, atravesaba el vestíbulo y se acercaba a mí a través del pasillo. Sin soltar el picaporte, giré la cabeza y miré.

La criatura rosada pasó torpemente junto a la puerta abierta detrás de mí rumbo a su guarida. No miró hacia la izquierda ni hacia la derecha. Bebió el agua del cuenco a lengüetazos, permaneció inmóvil durante unos segundos y luego giró y volvió a alejarse pesadamente por el pasillo. Mientras el animal empezaba a subir los peldaños, abrí la puerta, salí y la cerré con cuidado. A pesar del olor a podrido del bosque, el aire limpio golpeó casi con dolorosa dulzura el interior de mi nariz. Respiré hondo durante algunos segundos, tratando de librarme de la náusea creciente que se había apoderado de mí. Luego mi mente se despejó y caminé hacia el otro extremo de la casa.

Era demasiado tarde. Cuando doblé la esquina, el Morris verde de Claudia giraba sobre la grava y se perdía a toda velocidad por el sendero de entrada. El ruido del motor llegaba apagado por los rododendros, pero oí que disminuía la marcha al llegar a lo alto de la loma para luego doblar entre los árboles rumbo al puente. Sabía por qué no me había esperado. Era evidente que la tía Elizabeth también estaba escuchando. La imaginé, erguida en el alto sillón con la maloliente criatura a sus pies, escuchando con su fina sonrisa mientras otra de sus criaturas partía en busca de una tercera. Yo no necesitaba saber más. Solo tenía que estar lejos, o al menos fuera de vista, cuando Claudia regresara con Coster.

Caminé en silencio sobre la grava. Es extraño cuánto nos cuesta convencernos de la ceguera de otra persona. No hice ruido y por lo tanto no existía para la tía Elizabeth. Pero a cada paso que daba era consciente de las ventanas a mis espaldas, y si hubiese visto, como la primera vez, ese par de ojos redondos que me observaban desde el piso alto, habría tenido que hacer un esfuerzo enorme para no echarme a correr.

A decir verdad, no vi nada. Llegué al final de los rododendros, pasé a través de ellos con una sensación de alivio irracional y eché a andar por el sendero de entrada. A mitad de camino me detuve, vacilé y di media vuelta. No sabía cuánto demoraría Claudia, pero aún no quería marcharme.

## CAPÍTULO XI

DI LA ESPALDA A LA CASA, CRUCÉ EL SENDERO DE ENTRADA y me interné en el bosque que había enfrente. Costaba abrirse paso, pero no era impenetrable. Los árboles estaban demasiado juntos para permitir que crecieran arbustos debajo. Había mucha madera caída, ramas y troncos enteros que yacían en todos los ángulos, y el suelo mismo era poco fiable. Se desmoronaba bajo mis pies y estaba minado de madrigueras de criaturas salvajes que vivían tranquilas en el bosque. Casi de inmediato vi el espejo de agua al pie de la loma. Ya debía de haber subido la marea.

Salí en la loma que terminaba en la caleta, en un lugar que parecía estar a un par de metros del mar, más allá del puente. El agua clara llegaba casi hasta las raíces de los árboles que había a cada lado. El borde opuesto ascendía bruscamente hasta el pliegue horizontal de árboles que marcaba la línea del camino. Caminé hacia la derecha hasta que alcancé a ver los contrafuertes del puente en tierra firme. Luego giré y retrocedí, abriéndome paso entre los árboles que había alrededor de la orilla de la isla.

La punta sur se proyectaba sobre una ancha caleta de mar que se dividía al chocar contra ella y el agua pasaba por ambos lados. La isla debía de tener forma de pera. En algún punto del extremo norte, el mar había socavado el terreno hasta separar la isla del litoral. Imagino que ese proceso continuaba y que poco a poco seguía erosionando la isla. No parecía haber ninguna corriente de agua del litoral que trajese limo suficiente para contrarrestarla. Seguí subiendo lentamente por el lado oriental de la pera. El borde opuesto tenía un declive más suave, pero allí no había ningún camino a la vista. El campo se extendía en praderas y valles boscosos, presumiblemente hasta llegar al terreno alto que circundaba el promontorio de Cartery.

La costa hacía una pronunciada curva hacia la izquierda y supe entonces que estaba acercándome al extremo norte. No podía ser tan grande. El “par de hectáreas” de Claudia era más o menos exacto, pero no creo que llegaran a

dos.

En el extremo norte, donde la costa giraba en una curva chata en sentido oeste-este, la caleta parecía menos profunda y se veía más barro a ambos lados. No sabía hasta dónde llegaba la marea alta, pero parecía que aún le faltaba subir unos quince centímetros más. De pronto, me detuve en seco.

Frente a mí había una hilera de huellas humanas nítidas y sorprendentemente frescas que iban desde los árboles hasta el borde de la caleta. No pretendo ser un experto en esas cuestiones, pero no me parecía que las huellas tuviesen más de un par de horas. Las seguí hasta llegar a la orilla y eso resolvió el enigma. La marea estaba cubriendo, y borrando, las huellas que bajaban por el barro de la orilla y desaparecían bajo el agua. Sea quien fuere, había cruzado la loma y, aparentemente, también la caleta durante la marea baja. Había caminado descalzo. Imaginé un hombre caminando con cautela sobre el barro fresco y quizá llevando los zapatos en la mano. Puesto que no soy un experto, como dije, no estaba seguro del sexo del caminante, pero sus pies eran bastante grandes, aunque tal vez un poco más pequeños que los míos. Creí ver, pero no podría asegurarlo, un par de huellas que se dirigían hacia el extremo opuesto de la isla, pero en aquella zona las ramas eran tan bajas que casi tocaban el agua, de modo que resultaba imposible saberlo con certeza.

Rodeé el extremo norte hasta llegar al puente, pero no descubrí más huellas, en ninguna dirección. A menos que el desconocido hubiese cruzado la caleta del otro lado, pegado al puente, donde yo no había explorado en detalle, tenía que haber llegado a través del puente. La alternativa parecía improbable. Suponiendo que buscara ocultarse, no lo imaginaba vadeando la caleta en un lugar desde el cual él mismo, y sus huellas, serían perfectamente visibles desde el puente.

Di media vuelta y subí a través de los árboles hasta llegar al terreno alto que había encima de la parte trasera de la casa. Cualquiera fuese la explicación de las huellas, tuvieron el efecto de enterrar abruptamente mi complejo de culpa y mi manía persecutoria. Alguien merodeaba la casa.

Bordeé la curva encima del camino de entrada y bajé por la loma verde que había detrás de la casa. Si el auto hubiese regresado, lo habría oído. Nadie podía observar desde las ventanas traseras o al menos nadie que tuviese ojos para verme. Siempre y cuando guardara silencio, sería como si no estuviese allí. Y procuré mantener el mayor de los silencios.

Estaba a mitad de camino de la loma cuando empezó el ruido adentro de

la casa. Aún hoy creo que es el ruido más horrible que oí en mi vida. Era una serie de gritos cortos, filosos y penetrantes, como si alguien jalara e hiciera sonar la sirena de un barco de vapor. Los gritos eran agudos pero roncós. No lograba asociarlos con la voz grave y decidida de la tía Elizabeth, pero no había nadie más en la casa.

Permanecí donde estaba por un par de segundos mientras los gritos continuaban en el interior de la casa. Estaba seguro de que la muerte de la tía Elizabeth era lo mejor que podía suceder, pero en la práctica me resultaba absolutamente imposible seguir parado ahí mientras ella gritaba. El grito mismo era insoportable. Empecé a bajar lo más rápido posible la loma, tropecé, caí casi de cabeza, me puse de pie como pude y corrí hacia la puerta trasera de la casa. Entonces los gritos cesaron.

Abrí la puerta, esta vez con cuidado, entré y la cerré. El interior estaba inesperadamente oscuro y el olor me golpeó enseguida. Caminé dos pasos y tropecé con algo blando y flatulento, con las patas extendidas sobre el piso de piedra. Estaba casi inerte. Lo esquivé y apoyé una mano en la pared. Una oleada de la más espantosa náusea recorrió mi cuerpo. Me cubrí la cara con un brazo y cerré los ojos en un intento desesperado por no vomitar allí mismo. Mientras recuperaba poco a poco el uso de mis sentidos, oí un auto que avanzaba haciendo crujir la grava y se detenía frente a la puerta principal. Luego, ahora muy cerca de mí, volvieron a empezar los gritos.

Me volví y corrí hacia la puerta. Traté de no mirar lo que había en el piso, pero sabía perfectamente qué era. Salí y cerré la puerta.

Entonces oí el ruido de pies que corrían hacia mí desde el otro extremo de la casa. Me escondí dentro de la puerta abierta de lo que parecía ser una carbonera, pero resultó ser un baño exterior. Los pasos corrieron hasta la puerta trasera y oí el anacrónico frufrú de una falda larga y el agudo y punzante murmullo continuo que había oído la primera vez que había estado allí. Las únicas palabras que logré distinguir fueron: “¡El plato, Dios santo! ¡Que no sea el plato! ¡Que no sea el plato!”. Luego la puerta se cerró de golpe y la voz cesó. Permanecí allí, con la cabeza apoyada contra los ladrillos encalados de la pared del baño, mientras el horror iba abandonándome lentamente y recuperaba la capacidad de pensar.

Al menos dos cosas eran evidentes. Claudia y Coster habían regresado y la tía Elizabeth, para bien o para mal, no estaba muerta, aunque le había ocurrido algo. No parecía que pudiese hacer nada y con Coster en la casa tampoco podía hacer mucho. Abandoné mi húmedo escondite y corrí a toda

velocidad a lo largo de la parte trasera de la casa hasta el extremo opuesto. Con ojos sanos que podían mirar desde las ventanas traseras, la loma detrás de la casa no era segura para mí. Me oculté detrás de un montículo de grava, rodeé lo que parecía ser el garaje y me escabullí entre los árboles. Una vez que perdí de vista la casa, empecé a caminar con paso firme hacia el norte hasta llegar al extremo opuesto del terreno alto y, finalmente, hasta el puente. La marea ya debía de estar alta y de todos modos no quería dejar otro rastro de huellas en el barro, ni siquiera por el placer de comparar la huella de mis pies descalzos con los del desconocido.

Llegué al puente, presté atención, no oí nada y crucé. No vi ni oí nada en el camino hasta llegar a mi auto. Me preguntaba si Claudia sabía dónde lo había dejado y si lo había visto cuando regresó con Coster. Estaba bien oculto fuera del camino, pero desde luego no era invisible si uno sabía dónde mirar. Saqué el auto marcha atrás y conduje hacia Dunstreet. Hacía rato que había pasado la hora del almuerzo y de todos modos no tenía hambre.

Cuando entré, Henry tenía un mensaje para mí.

—Llamó la señorita James —dijo—. Preguntó si usted había regresado y le dije que no lo había visto. Dijo que la llamara a las cuatro.

Me dio el número. Era el número del departamento de Lower West Street. Le di las gracias y subí a mi habitación.

Claudia debía de estar esperando la llamada. Levantó el auricular apenas sonó el teléfono y dijo:

—¿Johnnie? ¿Qué pasó contigo?

—Traté de alcanzarte antes de que te marcharas —dije—, pero ya era demasiado tarde. Me quedé cerca de la casa. Esperaba verte cuando regresaras. Aún estaba allí cuando llegaste. ¿Qué le sucedió a la tía Elizabeth? Puso el grito en el cielo, poco antes de que regresaras e inmediatamente después. Al principio no sabía si entrar o no. Luego me decidí a entrar. Estaba a punto de hacerlo cuando regresaste. Entonces, como Coster también andaba por allí, pensé que sería mejor que me marchara. ¿Está bien? Me refiero a la tía Elizabeth.

—Sí, está bien.

—¿Qué le ocurría, entonces?

Vaciló. Luego dijo:

—¿Podemos vernos en alguna parte?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Puedo ir a tu casa?

—No, no. No creo que... Mejor encontrémonos en el cruce de Cartery en unos diez minutos. ¿De acuerdo?

—Como digas —dije.

Llegué antes que ella. Doblé en el desvío, estacioné lo más cerca posible del terraplén, salí del auto y retrocedí caminando hasta el cruce. Estacionó a mi lado un minuto después.

—¿Dónde está tu auto? —preguntó—. ¿Al costado del camino?

A asentí con la cabeza.

—Allí estará seguro por un rato. ¿Entro?

—No, no lo hagas. Voy a seguir camino hasta el promontorio, ya sabes dónde, a la izquierda entre este lugar y el desvío de Grane. ¿Me sigues? Te esperaré en alguna parte.

Casi no me miró. Tenía la mirada fija en lo que tenía delante, pero no podría asegurar si observaba el camino o su espejo retrovisor o ambas cosas.

—De acuerdo —dije y regresé a mi auto.

Arrancó en cuanto me aparté de ella, y cuando retomé la ruta principal luego de retroceder por el desvío, ya no había la menor señal de Claudia.

Doblé a la izquierda en el siguiente desvío y el camino empezó a hacerse cuesta arriba; no era muy empinado, pero subía sostenidamente. No había recorrido ese camino a la luz del día. Tal como había pensado, era una meseta, bastante plana una vez que se llegaba a la parte más alta y desnuda excepto por algunos brezos y uno que otro matorral. Hacia el oeste, más allá del valle donde el camino a Grane se perdía en el mar, había una larga cresta de terreno aún más alto, interrumpida en dos puntos por obras de minería abandonadas, que ya había visto durante mi primera exploración por las inmediaciones de Dunstreet.

Vi a Claudia como una figura distante junto al camino. Parecía diminuta en medio de ese paisaje erosionado. Incluso cuando estuve más cerca, seguía sin ver el Morris. Ella señaló un sendero hacia la derecha y doblé obedientemente en él. Se internaba en lo que parecía ser una cantera poco profunda, de no más de veinte o treinta metros de ancho. Las paredes estaban cortadas en la roca, pero en ninguna parte superaban los tres metros de altura. En el fondo había una franja de terreno verde en cuyo centro estaba estacionado el Morris. Pasé junto a Claudia y estacioné al costado de su auto.

Luego salí de mi auto y retrocedí caminando hasta donde se encontraba ella.

—¿Quién sigue a quién, ahora? —dije—. ¿O también tú te sientes perseguida?

Ella ignoró mi pregunta. Me miró directamente por primera vez desde que la había dejado en el desvío de Cartery.

—¿Cuánto tiempo permaneciste en la casa luego de que me fui? —dijo.

—Casi nada. No me parece una casa demasiado acogedora. Encontré una puerta de servicio y salí.

—¿Adónde fuiste?

—Di la vuelta hasta el otro extremo de la casa. No sabía dónde estaba tu auto, pero esperaba encontrarte antes de que te marcharas.

—No. Me refiero al camino que seguiste dentro de la casa.

—¿Adentro? Bajé por las escaleras de servicio mientras tú bajabas por la principal. Entré en una suerte de pasillo. Caminé hasta el final y crucé una puerta abierta. Era una despensa o algo similar. Había una puerta trasera en la casa, hacia la derecha.

—¿Viste a Jock?

—Sí. Cuando estaba a punto de salir. Vi su cadena y el cuenco a mi izquierda, mientras entraba en la despensa. Estaba saliendo cuando apareció en persona. No me vio, por suerte.

—¿Y qué hizo entonces?

—Tomó unos tragos de agua, presumiblemente de su cuenco, y volvió a subir las escaleras.

—¿Cuánto tiempo pasó antes de que la tía Elizabeth empezara a gritar?

—Oh, un par de minutos. Bueno, obviamente el tiempo que te llevó recoger a Coster y regresar a la casa.

—¿Y dónde estuviste todo ese tiempo?

—En el bosque, explorando. Pero nunca me alejé demasiado de la casa.

—¿No volviste a ver a Jock en todo ese rato?

—No, el animal estaba arriba, con tu tía, imagino.

Ella asintió con la cabeza.

—Ahora, dime qué ocurrió —dije.

—Alguien envenenó a Jock. Está muerto.

—No puedo decir que me entristece. No creo que haya disfrutado mucho de la vida y era una molestia para todos. Excepto para la tía Elizabeth, supongo.

—Excepto para la tía Elizabeth, sí.

—De ahí los gritos. ¿Qué ocurrió?

—Aparentemente, el perro estaba en el piso alto con ella. Supongo que el veneno empezó a hacer efecto. Ella oyó al perro retorciéndose y ahogándose. Pero, desde luego, no podía verlo. Creo que... Honestamente, no creo que nunca antes su ceguera la haya desesperado tanto. Debe de haber sido entonces cuando empezó a gritar. Luego el pobre animal bajó las escaleras corriendo. Supongo que estaba tratando de salir o algo así. Sea como fuere, se desplomó en la despensa. Cuando regresamos, ya estaba muerto. La tía Elizabeth había bajado a buscarlo, pero a paso lento, por supuesto. Estaba en el pasillo que lleva a la despensa cuando oyó que mi auto se detenía frente a la puerta principal. Y entonces se echó a gritar otra vez. Atravesé el vestíbulo y la encontré. Coster había rodeado la casa y llegó corriendo a la parte trasera. Y ese fue el espectáculo con que nos encontramos: el perro muerto en la despensa y la tía Elizabeth gritando en el pasillo. ¿Dónde estabas tú?

—En la parte de atrás, fuera de la vista pero lo bastante cerca para oír los gritos.

—¿Y no viste a nadie más en ninguna parte?

—No. ¿Estás segura de que el perro fue envenenado?

—Estoy casi segura, sí. Encontramos bastante espuma y algunas otras cosas.

—Pudo haber tenido un ataque. Era evidente que no gozaba de buena salud. Ni de buen olor.

—Lo sé, pero no lo creo.

—Podrías conseguir un veterinario que le hiciera una autopsia.

—Podría, sí. No lo sé...

—¿Y qué hay de la tía Elizabeth? ¿Qué piensa?

—Le dije que Jock había sufrido un ataque.

—¿Y qué dice Coster?

—No sé qué piensa Coster. Como siempre. Ya te dije que ni siquiera estoy segura de que sea capaz de pensar. Pero si la tía Elizabeth dice que fue un ataque, será un ataque.

—Pero ¿crees que lo envenenaron? ¿Quién lo haría? No lo habrás envenenado tú misma...

Nos miramos, parados allí entre los autos estacionados, en aquel extraño anfiteatro verde, oculto en el medio de la nada. El rostro de Claudia era tan inexpresivo como siempre, pero detrás de él había una mente. Una mente que



trabajaba a toda velocidad, pero no se sabía en qué. Al cabo de unos segundos, negó con la cabeza.

—No envenené al perro —dijo—. ¿Tú sí?

También yo negué con la cabeza.

—Repito, su muerte no me apena. Pero piénsalo un momento. Jamás lo había visto hasta esta mañana. Admito que bastaba verlo para desearle la muerte. En cierto modo, lo mismo se aplica a tu tía Elizabeth. Pero no llevo veneno encima para estos casos. Si lo hiciera, me habría sentido más inclinado a verterlo en la jarra tapada con las bolitas de cristal azul de la tía Elizabeth que en el cuenco de agua de Jock. Supongo que habría sido un paso en la dirección correcta. Pero, de hecho, no lo hice. No estoy seguro de que hubiese podido hacerlo, pero solo tienes mi palabra.

Ella seguía allí, de pie, mirándome.

—No te gustan los perros muertos, ¿verdad, Johnnie? —dijo—. Tampoco los ciervos muertos, ni nada que esté muerto. Pero, como tú dices, eres capaz de desearles la muerte. Habría jurado que el veneno sería tu plato fuerte.

Sonreí.

—Hace rato que superamos la etapa de los insultos —dije—. Insultos aparte, creo que elegiste una expresión desafortunada.

Me devolvió la sonrisa casi con alegría.

—No quise insultarte, Johnnie. Solo quería saber.

—Sabes tanto como yo —dije.

Ella seguía sonriendo.

—Más, probablemente —dijo.

Lo dejamos ahí.

## CAPÍTULO XII

NO VOLVÍ A VER A CLAUDIA en las siguientes cuarenta y ocho horas, y no podía hacer demasiado al respecto. Llamé por teléfono a su departamento con intervalos bastante regulares, pero no obtuve respuesta. Merodeé discretamente por Lower West Street, pero no la vi salir ni entrar. No podía intentar sorprenderla en la casa Barton. Coster no era ciega y la tía Elizabeth no era sorda. Y el teléfono estaba en la abarrotada mesa, junto al sillón de la anciana.

Decir que estaba preocupado es, a decir verdad, un tanto inexacto. Estaba sumido en un estado de angustia y de incertidumbre. No me gustaban las huellas de pies descalzos en el barro ni los perros muertos. No me importaba la muerte de Jock. En casi cualquier otra circunstancia me habría puesto a saltar de alegría. Pero alguien parecía haberlo envenenado; no creía que hubiese sido Claudia y sabía que no había sido yo. Como dije, no me importaba la muerte del animal, pero no me gustaba la idea de que otra persona hubiera querido sacarlo de en medio y que lo hubiese conseguido. Y tampoco me gustaba que Claudia jugara a las escondidas en minas abandonadas. Por primera vez sentí que el tiempo no estaba de mi parte, y por primera vez sentí que no podía hacer mucho para acelerar el curso de los acontecimientos. Y quería ver a Claudia. No pensaba en esto con demasiada claridad, pero sentía muchas ganas de verla.

En la tarde del segundo día decidí hacer algo. Estacioné el auto a una buena distancia del cruce de Grane y caminé hacia el puente. No se veía demasiado a los lados del camino, pero había pocos lugares lo bastante grandes para esconderme. Dos veces oí autos y tuve que correr hacia los árboles y arrojarme cuerpo a tierra sobre las hojas húmedas. Las dos veces oí pasar el auto sin verlo. Mucho antes de llegar al desvío giré bruscamente hacia la izquierda y me interné con cautela en el bosque. De hecho, no tuve que avanzar demasiado antes de encontrar lo que buscaba. Había un pequeño

claro entre los árboles, a la izquierda del camino y por debajo de este, con una suerte de huella por la que podía pasar un auto. No se la veía desde el camino. Si la hubiese visto, seguramente habría dejado mi auto allí en lugar de estacionarlo más atrás, en el lado opuesto. Alguien había hecho un reconocimiento del terreno mucho más minucioso que el mío y no quedaban dudas al respecto. No soy un aborigen australiano ni tampoco un explorador aficionado, pero era imposible no ver las huellas de un auto en el suave terreno que pisaba. Para un hombre común como yo, eso era todo lo que había para ver. El auto había pasado por la huella hasta el claro del bosque, se había detenido allí y había retrocedido hasta el camino sin intentar un giro en redondo. Probablemente lo había hecho más de una vez. No sabía cuándo ni con qué frecuencia, ni qué clase de auto era y ni siquiera qué tipo de neumáticos tenía. Pero sabía lo que esa persona había hecho cuando detuvo el auto en el claro. Lo sabía porque también conocía el final de la historia. Había descendido del vehículo, caminado a través del bosque hasta el puente. Más tarde había vuelto hasta el auto desde la caleta en un punto opuesto al extremo norte de la isla. Al igual que lo que sucedía con el auto, nada era demasiado claro ni identificable, pero la huella estaba allí. El rastro que alguien había dejado al pasar era perfectamente visible. Alguien había atravesado el bosque, apartando y aplastando la vegetación. De hecho, perdí el rastro antes de llegar al agua, pero sabía bien adónde conducía. Me dirigí hacia la caleta, siempre escondiéndome entre los árboles y sin tener ningún verdadero motivo para hacerlo, avanzando con el mayor sigilo posible. Casi no había viento ni tampoco ruido alguno, a excepción del suave rumor de las hojas sobre mi cabeza.

A decir verdad, oí el ruido casi al mismo tiempo que vi el agua. Era un ruido acuoso, un murmullo apagado y repetitivo, como si alguien chapoteara con la mano en las aguas poco profundas debajo de los árboles. Provenía de un punto situado a mi izquierda. Caminé hacia allí, tan rápido y silenciosamente como pude, hasta que vi el agua entre los árboles a lo largo de la orilla. No había nadie. Quienquiera que estuviese haciendo ese ruido se encontraba en el otro extremo. Me deslicé hacia el agua, agazapándome y espiando entre las ramas colgantes, con una vista que se extendía bastante más allá de la caleta.

El sonido cesó poco después, pero uno o dos segundos antes de que se detuviera vi qué lo producía. Era una rama, bastante larga, que llegaba hasta la orilla del agua desde el refugio de los árboles. Vislumbré, solo por un

instante, una mano que sostenía el extremo opuesto de la rama, aunque bien podía haber imaginado la mano, y luego no vi nada más. La rama golpeaba el agua en la orilla, salpicando sistemáticamente un trecho de barro que no había sido alcanzado por la marea. A menos que estuviera muy equivocado, la marea borraba meticulosamente, pero con una demora de cuarenta y ocho horas, las huellas que había visto y que se dirigían hacia el agua en el otro extremo de la caleta.

Ahora todo estaba en silencio. La rama había dejado de azotar el agua encima del barro y había vuelto a mezclarse entre el follaje. Traté de oír, infructuosamente, el ruido de alguien que regresaba por la orilla hacia el extremo opuesto. También yo decidí regresar, pero antes de hacerlo examiné el barro. Descubrí lo que esperaba descubrir. No exactamente huellas, sino una franja fangosa e irregular donde habían emergido las huellas en el angosto borde de barro que separaba las hojas caídas y la orilla.

A medida que me alejaba de la caleta, sacrificaba el silencio a la velocidad. No me molesté en regresar al camino, sino que atravesé la larga pendiente hacia el extremo del puente sobre tierra firme. De hecho, salí un poco más allá, encima del puente, pero volví a bajar amparado por los árboles. Luego me detuve y escuché. Aún no se oía nada, salvo el tenue rumor del viento en las copas de los árboles. Me asomé cautelosamente en el camino, pero no vi nada. Crucé el puente, caminé hasta llegar a la mitad del empinado sendero de entrada en la otra punta, giré a la izquierda y seguí avanzando entre los árboles. Casi enseguida oí algo que se movía y me detuve en seco. El ruido venía de la derecha, cerca de la curva del sendero donde empezaban los rododendros. Al cabo de un segundo, oí que alguien caminaba por el sendero hacia el puente. Me volví de cara al puente y esperé.

Avanzaba con energía por el sendero a unos pocos metros de mí. Tenía la cabeza erguida, los labios apretados, el paso firme. No había nada sigiloso en ella.

—¡Claudia! —dije y avancé hacia el sendero.

Ella se había detenido y retrocedía hacia mí.

—¡Johnnie! —dijo—. ¿Qué haces escondido en el bosque?

—Te buscaba —dije—. Me preguntaba qué estarías haciendo.

—Estuve ocupada.

—¿Con el asunto de Jock?

—¿Jock? No exactamente, no.

—Pero ¿qué pasó con él?

—Nada, creo. El perro está muerto y enterrado.

—¿Enterrado? ¿Quién lo enterró? No fuiste tú, ¿verdad?

—No fui yo, no. Fue Coster, por supuesto. En fin, alguien tenía que hacerlo. Llevaba muerto dos días. ¿O pensaste que lo habíamos arrojado en la caleta?

No había pensado nada al respecto, desde luego, al menos no acerca del destino de su cadáver.

—¿Hiciste que le practicaran una autopsia? —dije.

Negó con la cabeza.

—¿De qué habría servido? Tía Elizabeth cree que tuvo un ataque.

—¿Y qué crees tú?

—Yo no creo nada. No lo envenené y dices que tampoco tú lo hiciste. En lo que a mí respecta, puede que haya tenido un ataque. No hay otra explicación evidente.

No sonaba desafiante ni combativa. Simplemente no estaba muy interesada en el asunto, como si no entendiera a qué se debía tanto lío.

—¿Cómo se las arregla la tía Elizabeth sin el perro? —dije.

Se encogió levemente de hombros.

—Muy competentemente, como puedes imaginar. La mitad del tiempo no lo necesitaba para nada. Y en cuanto a la mitad restante, se las arregla bastante bien.

—¿Y qué hay de su ejercicio?

—Coster le preparó un cerco. Una suerte de corral geriátrico. Camina y camina dentro de él con un bastón. Ahora mismo está allí.

—¿Antes no usaba ningún bastón?

—No. Empezó a usarlo como sustituto del perro.

—De ébano con mango de marfil tallado, ¿esa clase de bastón?

—De ningún modo. ¿Acaso no la viste? Es una vara de fresno, casi tan gruesa como mi muñeca. Podría derribarte de un golpe con ella. Solo que no sabría dónde golpear.

Empecé a caminar hacia la casa. Ella vaciló y luego me siguió.

—¿Adónde vas? —dijo.

—Quiero ver esas nuevas adquisiciones... la vara de fresno y el corral geriátrico, sobre todo. ¿Dónde está Coster?

—Coster salió.

—Entonces no te distraigas conmigo, seguramente tienes otros asuntos que atender.

Sus zapatos estaban perfectamente limpios, pero es cierto que el colchón de hojas que cubría el bosque no podría haberlos ensuciado. No había rastros de barro en sus manos ni en su ropa. Seguía caminando a mi lado, pero todavía vacilante.

—¿Cómo sigue tu manía persecutoria? —dije—. ¿Aún te pisan los talones?

—Nadie me persigue, Johnnie. Tampoco a ti, por lo que veo.

—Excepto que sí lo hacemos, el uno al otro.

—¿Nos perseguimos el uno al otro?

—¿No te parece? Estuve buscándote durante dos días y en este preciso momento tú pareces seguirme de cerca.

Me detuve en seco y la tomé de las manos. La atraje hacia mí. Se dejó llevar sin oponer la menor resistencia, pero seguía como si no supiera qué pasaba.

—¿Qué sucede contigo, Claudia? —dije—. Es como si nos separara una distancia enorme. Tan enorme que no tengo esperanzas de alcanzarte, aunque no dejes de intentarlo. Todo empezó con la muerte de ese perro apestoso. Pero no entiendo qué importancia tiene eso. Tú misma pareces no darle demasiada importancia.

La besé. Ella me besó a su vez y dijo:

—¿El perro? No, no creo que tenga la menor importancia.

Solté sus manos y seguimos caminando hacia la casa. Guardamos silencio durante un largo rato. Eso fue lo mejor, porque cuando tomamos la curva del sendero hacia el frente de la casa, encontramos a la tía Elizabeth parada delante de nosotros.

Todavía llevaba puesto su conjunto de *tweed* y sus zapatones, pero ya no tenía guantes. Sus manos, extrañamente pequeñas para un cuerpo tan robusto, eran la única parte de su cuerpo que tenía cierta gracia, pero se aferraban al rústico bastón con demasiada fuerza. Me detuve en seco, preguntándome si realmente Claudia y yo habíamos caminado, como creía, al mismo ritmo. Claudia avanzó hacia ella.

—¿Claudia?

—¿Sí, tía Elizabeth?

—¿Dónde estabas? Me pareció oír voces en el otro extremo del sendero.

—No creo que hayas podido oír nada. Acabo de regresar de allí. A menos que haya empezado a hablar sola, como Coster. No sería tan extraño, después de todo.

—¿Crees que presiones similares pueden producir síntomas similares, aun en personas que pueden considerarse, creo, completamente diferentes?

Los enormes ojos grises miraron por encima del hombro de Claudia y se enfocaron, con una fijeza inquietante, en mí. Era como estar frente a un búho. No a uno de esos viejos búhos sabios de los cuentos para niños, sino a la criatura tal como la ve un ratón. Si hubiese encontrado una manera, cualquiera fuese, de asestarle un golpe en la cabeza allí mismo sin sufrir las consecuencias, lo habría hecho sin dudarlo un segundo.

Claudia cruzó las manos detrás de la espalda, separó las piernas y miró a su tía. Incluso ladeó levemente la cabeza.

—Creo que es cuestión de tiempo, ¿no te parece? —dijo—. Imagino que Coster debe de haber tenido, en algún momento, una enorme energía natural. Eso fue antes de que yo la conociera, por supuesto.

—Coster sabe cuándo está en una buena situación.

Nunca alzaba la voz ni dejaba de sonreír con los labios apretados, pero su frente se fruncía entre sus ojos ciegos y fijos mientras sus manos acariciaban frenéticamente el bastón. La Parca ciega, pensé. La Parca ciega con sus temidas tijeras. No lograba recordar de dónde provenía esa frase, pero esa enorme criatura incolora me llenaba de un horror difícil de soportar.

—Si también tú lo estás, solo te corresponde decirlo a ti —dijo.

—Ya lo decidí —dijo Claudia—. Sé exactamente cuál es mi situación.

La anciana guardó silencio. Luego pasó el bastón a su mano derecha y alargó bruscamente la izquierda. Por un segundo mi mente luchó contra sí misma. Luego consiguió lo que buscaba. Ni siquiera me atrevía a respirar, pero mi corazón latía con tanta violencia que creí que sería audible a media docena de metros.

—Ven conmigo, Claudia —dijo la tía Elizabeth.

Claudia se acercó a ella y la mano se posó sobre su hombro, aferrándola con esa misma fuerza inesperada.

—Camina por el sendero, por favor, y déjame apoyarme en ti. No me gusta caminar sola cuando hay gente por aquí.

—No hay nadie aquí, tía Elizabeth. No sé por qué crees lo contrario.

—¿No hay nadie? Ahora no, tal vez. Pero alguien estuvo aquí hasta no hace mucho. No me gusta. No me gusta, ¿me oyes?

Tiró repentinamente del hombro de Claudia y esta, que no era liviana, chocó contra ella y rebotó con la repulsión inmediata e instintiva de un gato que aterriza sobre algo que no le gusta.

Avanzó con paso firme por el sendero, con su tía más aferrada que apoyada en ella.

—Sé que no te gusta que la gente se acerque, tía Elizabeth —dijo—. Nunca te gustó, ¿verdad? Pero no hay nadie. Solo Coster y yo.

Dejé que se alejaran unos diez metros y empecé a seguirlas, caminando con suma cautela. Al llegar al último rododendro, ya estaban en la mitad del camino de grava y me detuve. Coster había clavado en la grava una hilera de postes, de unos veinte centímetros de altura pero bastante sólidos, y había tendido alambre entre ellos. La única brecha se hallaba delante de la puerta principal y a unos tres metros y medio de distancia. Era un recurso completamente eficaz, pero también bastante infrahumano. Mientras la observaba, la tía Elizabeth tocó el alambre con su bastón. Apartó su mano del hombro de Claudia y avanzó con paso decidido rodeando la parte externa del cerco en dirección a la puerta principal. Cuando llegó a la brecha, giró y entró. Claudia la siguió. Permanecí donde estaba, observando la casa. Entonces lo supe. Lo habría sabido antes si no hubiera sido por los guantes.

Lo primero que vi de la tía Elizabeth, además de la cara desconocida en la ventana del primer piso, había sido aquella mano izquierda enguantada que sostenía la punta de la correa que la arrastraba detrás de su perro jadeante. Ahora no llevaba guantes y yo había visto su mano desnuda. Tuve ese respingo de asombro que sentimos cuando vemos algo que hasta entonces solo habíamos visto en sueños, y enseguida reconocí, casi conscientemente, el rubí cuadrado con el engarce cincelado y el aro en triple abanico. Ya había visto antes las manos de la tía Elizabeth. Estaban en los negativos de las viejas fotografías tomadas por Levinson. Sostenían, con esa presión obsesiva que ahora reconocía como característica de ellas, la *tazza* Verzelini.

La guardaba arriba, en el armario empotrado de la sala de estar. Ignoraba por qué la escondía o cuánto sabía acerca de ella o en qué circunstancias había permitido que Levinson la fotografiara. Pero ya sabía que ella la tenía y también sabía que jamás dejaría que nadie más la tocara. A decir verdad, no sabía a ciencia cierta si la guardaba en aquel armario, pero era lo que yo creía.

Claudia salió por la puerta principal y rodeó la casa hasta llegar al lugar donde guardaba su auto. Empecé a caminar por el sendero y antes de llegar a la loma oí acercarse el Morris detrás de mí. Me hice a un lado y le hice señas para que se detuviera.

—¿Vas a buscar a Coster? —dije.



Asintió con la cabeza. Su cara se había vuelto completamente inexpresiva otra vez.

—Dejé mi auto en la ruta, a unos ochocientos metros. ¿Puedes llevarme hasta allí?

Ella volvió a asentir con la cabeza y me senté a su lado. Cuando el auto tomaba la ruta, dije:

—Tienes razón; esto no puede seguir.

—Así es.

Su voz sonaba completamente casual. La miré, sin decir nada.

—Por otra parte —dijo—, no creo que la tía Elizabeth lo permita. Ya la oíste.

—Es aquí —dije—. El auto está un poco apartado de la ruta.

Detuvo el Morris y bajé. Rodeé el auto hasta quedar junto a ella y me quedé mirándola. Alzó un segundo los ojos y desvió la mirada.

—Se está acabando el tiempo, Johnnie. Ya no me preocupa la inmortalidad.

No supe qué decir. Mientras pensaba en algo, el auto arrancó.

## CAPÍTULO XIII

NO LO PENSÉ DEMASIADO. Al menos sabía qué hacer y calculé que tenía tiempo de hacerlo antes de que Claudia y Coster aportaran dos pares de ojos sanos a la casa. Saqué el auto de su escondite entre los árboles y conduje a toda velocidad hasta el puente. Esta vez no me molesté en ocultar el auto. Lo estacioné en el mismo lugar donde lo había dejado la primera vez. Atravesé corriendo el puente, subí caminando la pendiente porque no me pareció demasiado esfuerzo y luego me eché a trotar, lo más silenciosamente posible pero a una velocidad sostenida, por la larga avenida entre los rododendros.

Al llegar al trecho de grava, eché una mirada a la fachada. Las ventanas estaban cerradas y seguí avanzando, muy sigilosamente, hacia el extremo de la casa. A mitad de camino volví a mirar la fachada y toda mi sensatez no bastó para que siguiera moviendo mis piernas. Allí, donde la había visto la primera vez, estaba la cara de ojos redondos, mirándome. “Pero no me mira a mí”, me repetía a mí mismo, “no me mira a mí”. Sea lo que fuere que ocurría dentro de aquella cabeza llena de furia contenida, no pensaba en mí. Ignoraba mi existencia, por no mencionar el hecho de que caminaba en puntillas sobre la grava, a tres metros por debajo de la ventana y a casi la misma distancia de la puerta principal.

Volví a poner las piernas en movimiento y me detuve en seco. Ella había inclinado la cara y parecía mirar hacia abajo. Alcanzaba a ver sus manos moviéndose. Hacían girar algo bajo la muselina drapeada y el alféizar de piedra. El objeto era tan invisible para ella como para mí, pero podía verla encorvada, con la cabeza gacha en una postura de apasionada concentración. No dejaba de sonreír, pero por primera vez los labios se habían entreabierto. Era horrible, pero supe qué era. Era la sonrisa de la madona que juega con su bebé en el regazo. Tragué con la boca seca y apreté el paso hasta llegar a la ventana que había elegido.

Ninguna de esas ventanas del piso bajo se abría jamás y todas estaban

permanentemente cerradas con pestillo. Extraje mi navaja y enseguida advertí que estaba complicándome la vida. Volví a guardarla y caminé en puntillas hasta la puerta principal. Esperé, alerta, pero no oí nada. La puerta se abrió silenciosamente y asomé la cabeza adentro. El olor a perro se había atenuado un poco, aunque creo que nunca desaparecería del todo, y el envejecimiento le había añadido un horror adicional. Dejé la puerta entreabierta, giré a la derecha y entré en el comedor.

La ventana en el extremo opuesto estaba cerrada y, tal como había imaginado, el pestillo estaba cerrado desde hacía mucho tiempo. Lo envolví con mi pañuelo y traté de moverlo. No me pareció que estuviese haciendo mucho ruido. Al fin, cedió. Lo corrí con cuidado hasta que estuvo totalmente abierto, puse las manos debajo de los ganchos que había en el extremo de la persiana y jalé. Por un instante algo, quizá la pintura entre la persiana y el alféizar, se resistió. Luego cedió con un leve crujido y la enorme persiana subió con un silencio admirable.

Eso era todo lo que necesitaba. Volví a bajar la persiana, dejando el pasador abierto en la parte superior, y regresé caminando sigilosamente al vestíbulo. En lo alto de las escaleras la puerta de la tía Elizabeth estaba cerrada. Creo que si hubiese tenido tiempo suficiente, habría subido y la habría abierto para saber a cualquier precio qué hacía girar la tía Elizabeth entre sus manos. Pero no tenía tiempo. Había cometido la torpeza de no controlarlo, pero todo eso me había llevado más de lo que había pensado.

Salí, cerrando la puerta con suavidad tras de mí. Rodeé en puntillas los postes y el alambre del corral, doblé en el sendero y me eché a correr. No tardé en aminorar la marcha al tomar la curva, pero volví a ganar velocidad al llegar a la loma. Corrí como lo había hecho aquella primera vez entre los apretados y silenciosos rododendros, pero esta vez el peligro estaba frente a mí, no detrás. Cuando llegué a la cima, me detuve unos instantes a escuchar, pero mis jadeos eran tan fuertes que no habría podido oír nada más aunque lo hubiese querido. Desistí y corrí hasta el puente. Si el auto llegaba en ese momento, sería inevitable que me descubrieran, pero no tenía más remedio que seguir corriendo.

Me zambullí en el asiento del conductor y encendí el motor del auto en cuestión de segundos. Puse unos doscientos metros y una larga curva de distancia entre el puente y yo antes de detenerme para volver a escuchar. Creí oír algo a mi izquierda, algo que podía ser el Morris subiendo la loma en el extremo opuesto del puente, pero los árboles ahogaban el ruido y no estaba

del todo seguro. Seguí conduciendo serenamente hacia el promontorio.

Al atardecer empezó a soplar el viento con fuerza y cuando regresé al bosque de Grane había tal ruido que no habría oído siquiera a un batallón de infantería que marchara con razonable discreción a través de los árboles que estaban a cincuenta metros de distancia. Exploradores solitarios como yo podrían haber convergido allí procedentes de todas las direcciones sin advertir la presencia de los otros sino hasta llegar a la puerta trasera de la casa. Caminé con paso decidido, sin cruzarme con nadie. El cielo estaba cubierto por el habitual banco de nubes y la noche era muy oscura.

Esperaba que la oscuridad también reinara en el interior de la casa, pero había luces encendidas en la sala de estar de la tía Elizabeth. No sabía dónde estaría Coster a esa hora. Las cortinas cubrían pesadamente las ventanas iluminadas. Intenté abrir la puerta principal, pero estaba cerrada. Fui hasta mi ventana para asegurarme de que todo estuviese como lo había dejado. Deslicé mi navaja debajo del alféizar e hice un poco de presión, la suficiente para introducir debajo las puntas de mis dedos. La alcé con suavidad, asomé la cabeza dentro y escuché. No oí nada, pero preferí no entrar. Mejor el bosque húmedo que el recuerdo concentrado de Jock. Regresé al otro lado del sendero de grava y me dispuse a esperar.

No sabía cuándo se iría a dormir la tía Elizabeth. A decir verdad, tampoco sabía qué haría hasta la hora de acostarse. No parecía lectora de Braille y me costaba imaginarla, con esas manos tan delicadas, tejiendo o haciendo cestas de mimbre. En la sala de estar había, por supuesto, un aparato de radio. No lo había, al menos hasta donde recordaba, en el dormitorio. Tal vez se quedaba allí sentada hasta que terminaba la transmisión nocturna. Con las ventanas cerradas y cubiertas con cortinas y el caos nocturno afuera, no habría oído siquiera a una banda musical tocando a todo volumen en el piso alto.

De hecho, las luces se apagaron en el dormitorio antes de lo que esperaba. Durante un rato permanecieron encendidas en ambos cuartos y en otras partes de la casa había luces que se encendían y se apagaban anunciando los preparativos para la cama. Imaginé que Coster participaría en ellos. Ninguna mujer ciega podría haberse hecho o deshecho por sí sola un peinado tan elaborado y la semejanza del estilo era inconfundible. Finalmente, las luces de la sala de estar se apagaron, pero las del dormitorio quedaron encendidas. No vi luces en ninguna otra parte de la casa, pero seguía sin saber dónde estaba Coster. Me parecía improbable que se sentara a

limpiar la platería o algo similar hasta la madrugada. Mientras no se le ocurriera revisar las ventanas del comedor, me importaba un bledo lo que hiciera.

Caminé durante un rato, pero la luz del dormitorio seguía encendida. Supongo que si me hubiera detenido a pensarlo un instante, habría llegado a la conclusión de que las luces no tenían la menor importancia para la tía Elizabeth. Podía dormir con las luces encendidas. Por otra parte, podía significar que aún faltaba la visita final de Coster. En última instancia, yo no claudicaba ante la razón, sino ante la impaciencia. Solo debía enfrentar una cantidad limitada de sentidos. Siempre y cuando las fuerzas enemigas no se unificaran, yo debía ser invisible o inaudible, pero no ambas cosas a la vez. Rodeé el corral y abrí la ventana del comedor. Volví a asomar la cabeza, pero no oí nada. Introduje una pierna por encima del alféizar y trepé. Vacilé acerca de la persiana y finalmente decidí bajarla hasta un punto donde parecía casi cerrada, pero que me permitiría abrirla rápida y silenciosamente en caso de urgencia.

Enseguida me envolvió el aire cargado de olor a perro. Me sentía decidido, casi intolerablemente agitado pero no demasiado nervioso. Dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad y luego empecé a caminar hacia el vestíbulo. Por un incómodo instante me pregunté si Coster cerraría con llave la puerta del comedor durante la noche, pero cuando intenté abrirla cedió de inmediato.

Avancé por el pasillo que llevaba a la cocina y a la escalera de servicio. Llegué al pie de la escalera principal, apoyé la mano en el poste de la baranda y me detuve a escuchar una vez más. Mientras permanecía inmóvil en la oscuridad, tratando de aguzar al máximo los oídos, alguien empezó a golpear con fuerza la puerta de entrada.

Si yo hubiese sido un gato, habría saltado por el aire y aterrizado frente a la puerta. En términos humanos, mi reacción fue un intento meritorio. No estoy seguro de que mis pies se hayan despegado del suelo, pero la sensación de que me elevaba convulsivamente en el aire fue bastante convincente. Los golpes continuaron, ni agitados ni desesperados, sino muy sostenidos e imperiosos. Pum, pum, pum, se oía. Luego una pausa. Y luego pum, pum, pum, otra vez.

Ignoro cuántas veces sonó ese triple llamado, pero aún no había logrado tener ninguna reacción coherente cuando una puerta se abrió en el piso alto. La abrieron sin encender ninguna luz, aunque de ella salió cierto resplandor.

Retrocedí, sentí una cortina a mis espaldas y me escondí detrás de ella. Era una suerte de armario o de hueco, lleno de ropa colgada. Había abrigos e impermeables y mis pies pisaban lo que parecían ser botas de goma. Olía a humedad y a encierro. Mis movimientos eran torpes, pero una nueva andanada de golpes en la puerta los tapó. Luego las luces del vestíbulo se encendieron, pero la cima de la escalera seguía a oscuras.

Desde mi escondite entre las cortinas podía ver uno de los lados de la escalera principal. Me parecía que estaba bien oculto, pero como por el momento mi única rival era la tía Elizabeth, no importaba mucho si no lo estaba. Pum, pum, pum, seguían los golpes, y de pronto vi aparecer la mitad inferior de la tía Elizabeth en la cima de la escalera. “¡Coster! ¡Coster!”, gritó. Su voz estaba sintonizada en esa resonante gravedad que, supongo, era la más apta para penetrar los tímpanos obstruidos en la otra punta de la casa. Pum, pum, pum, se repitieron los golpes, todavía no demasiado fuertes, pero cada vez más exasperantes de tan insistentes e imperiosos. La tía Elizabeth habló con su voz habitual. “Maldita imbécil”, dijo, y empezó a bajar las escaleras. Llevaba puesta una larga bata roja. Bajaba inclinada hacia delante y el pelo blanco con hebras amarillentas, cepillado y suelto, le caía sobre la cara.

Todo duró apenas un par de segundos, pero describirlo lleva tiempo. De golpe, la cabeza, con su melena oscilante, ganó velocidad dejando atrás el resto del cuerpo. Las dos pequeñas manos blancas, seguidas por mangas rojas, se extendieron hacia delante tratando de aferrar el aire. Luego todo el enorme cuerpo rojo salió despedido escaleras abajo, describiendo una violenta parábola sin tocar la escalera. Alcancé a ver la imagen fugaz, pero de una perturbadora nitidez, de dos pies enormes, con los tobillos rodeados de venas azules y enfundados en pantuflas a cuadros, plegados cuidadosamente uno junto al otro, que seguían la curva roja del cuerpo. Y enseguida golpeó contra el pie de las escaleras. No la oí gritar mientras caía, pero el ruido sordo fue tremendo. Hubo un par de pequeños crujidos y luego un silencio absoluto. Los golpes en la puerta habían cesado.

Entreabrí las cortinas con cautela y miré no hacia abajo sino hacia arriba, hacia la baranda. En el tercer poste contando desde lo alto, a unos quince centímetros encima de la huella de la escalera, había una doble vuelta de alambre forrado en plástico. La cima de la escalera se hallaba todavía en penumbras y no podía ver mucho más. Mientras bajaba los ojos hacia el pie de la escalera, Coster salió corriendo del pasillo que conducía a la cocina.

Aún estaba completamente vestida. Me oculté detrás de la cortina y la observé a través de la abertura. Dijo: “Ooh...” seguido de un extraño y largo gemido y se arrodilló junto al bulto rojo al que había quedado reducida la tía Elizabeth. Era muy poco lo que podía ver de ellas, pero enseguida oí un ruido de pies que se arrastraban y una de las pantuflas a cuadros se deslizó entre los postes de la baranda a la altura del segundo peldaño y cayó sobre el piso del vestíbulo. Como esta no es la historia del señor Bedzy, el zapato estaba vacío. Si eso significaba que la tía Elizabeth seguía viva, no podía saberlo. Ni siquiera sabía si quería verla muerta. La cuestión dependía de un precario equilibrio de ganancias y pérdidas.

Coster se lanzó a uno de sus canturreados comentarios en vivo y en directo. Solo alcanzaba a oír alguna que otra palabra, pero parecía estar examinando parte por parte a la tía Elizabeth, como si tildara una suerte de listado mental mientras caminaba. “Veamos ahora la cabeza”, oí. “La nuca está bien. Pero tiene un golpe espantoso”. El ruido continuaba y de pronto la oí decir: “El tobillo se ve horrendo. Está quebrado, supongo”.

Entonces la tía Elizabeth empezó a maldecir. Lo hacía intermitentemente y en voz baja, superponiéndose al monólogo de Coster pero sin interrumpirlo. Ciertamente Coster no podía oírla y dudo que ella oyera a Coster. El efecto era impresionante, pero imposible de describir. Sonaba como si alguien hiciera ruidos violentos con un fagot encima del canto continuo de una gaita. “La muñeca está hinchada”, entonaba Coster. “Maldita escalera”, murmuraba gravemente la tía Elizabeth. “Maldita, maldita, maldita escalera”. “Torcedura”, canturreaba Coster, “tiene aspecto de torcedura”.

Casi de repente y con toda claridad, la tía Elizabeth dijo: “Maldición”, y el canto cesó. En el silencio repentino que siguió, algo —no sé si fue un ruido apenas audible o un movimiento visto con el rabillo del ojo— atrajo mi atención otra vez hacia la baranda encima de mí. Alcancé a ver un movimiento veloz, como si desapareciera la cola de una serpiente. El alambre se había esfumado. Alguien escondido entre las sombras había soltado la punta amarrada en el otro lado de la escalera y tirado del alambre.

No podía hacer nada. Coster, mascullando suavemente otra vez sobre la tía Elizabeth, me impedía ver el pie de ambas escaleras y las dos puertas traseras. No sabía si me habían visto entre los impermeables colgados, pero parecía improbable.

La tía Elizabeth había dejado de maldecir, pero cada tanto dejaba escapar un gemido débil. El murmullo de Coster era espasmódico, pero se

oían ruidos de lucha al pie de la escalera. Luego un gemido se transformó en un gruñido al tiempo que el aire salía con violencia. Se oyó entonces una intensa inhalación y la bata roja de la tía Elizabeth se alzó de repente, inclinada en ángulo recto. Increíblemente, ante mi vista, Coster subía por la segunda escalera cargando a la tía Elizabeth sobre sus hombros. Decir que era fuerte como un toro, como lo había dicho Claudia, era quedarse muy corto, evidentemente. Debería haber actuado en un circo. Subía paso a paso, aferrándose con una mano a la baranda y sosteniendo su carga con la otra. La cabeza de la tía Elizabeth colgaba debajo de los hombros negros y cuadrados. No podía verle la cara, pero el cuello estaba lívido y la larga melena de pelo color marfil susurraba suavemente al rozar el ruedo de la falda de Coster. Pensé que si no la había matado la caída, lo haría la subida, como un golpe de gracia.

Llegaron a la cima de la escalera y Coster avanzó con paso decidido por el pasillo y atravesó la puerta de la sala de estar. Salí al vestíbulo y traté de oír algo. Se oyó un tremendo crujido de resortes cuando Coster arrojó el enorme cuerpo inerte sobre la cama. Luego la campanilla del teléfono que había en la pared detrás de mí tintineó débilmente y supe que Coster había descolgado el auricular. Era hora de marcharse.

No podía arriesgarme a usar la escalera principal, no mientras la puerta del cuarto de la tía Elizabeth estuviera abierta de par en par. Pensé en la escalera de servicio, pero me disuadió la idea de subirla en medio de la oscuridad, cuando arriba aún podía esperarme alguien sosteniendo un trozo de alambre plastificado entre sus manos.

Podía oír a Coster hablando por teléfono con voz normal. Atravesé el vestíbulo, entré en el comedor a oscuras y me dirigí a mi ventana. La abrí con suma cautela y asomé la cabeza afuera. La noche seguía cerrada y ruidosa. Salí por la ventana y la cerré detrás de mí.

El trayecto hasta el auto no fue la parte más placentera de mi velada. El viento azotaba los árboles y rugía a mi alrededor, y yo no dejaba de preguntarme dónde, en esta oscuridad rugiente, estaría el dueño del alambre. Quienquiera que fuese, era demasiado ingenioso.

Dije a Harry que había ido al cine en Swincombe, pero que la película no me había parecido gran cosa. Asintió con la cabeza, con mirada compasiva, y dijo que todo había estado tranquilo por allí. No quise contradecirlo.



## CAPÍTULO XIV

GRACIAS A LO QUE DEBO CONSIDERAR, ante la ausencia de toda prueba en contrario, pura casualidad, a la mañana siguiente vi a Claudia. El Morris estaba estacionado frente a una farmacia en la calle principal y ella salía cargando una media docena de paquetitos.

—Hola, Johnnie —dijo—. La tía Elizabeth tuvo un accidente.

—Oh, espero que haya sido fatal.

—No todavía, por cierto. Se cayó por la escalera. Coster la encontró tirada abajo. Ocurrió bien entrada la noche. Nadie sabe qué hacía en la escalera a esas horas. Coster creyó oír algo, fue a ver qué sucedía y la encontró.

—¿Y ella qué dice?

—¿La tía Elizabeth? No dice nada. Quedó muy conmocionada y bastante atontada. De todos modos, el médico dice que es muy probable que no recuerde nada de lo que pasó.

—Pero ¿sobrevivirá?

—Ya lo creo que sobrevivirá. Tiene un tobillo torcido, probablemente una muñeca quebrada y magulladuras en todo el cuerpo. Además, está conmocionada, como acabo de decir. Pero se necesita bastante más que eso para matar a mi tía Elizabeth.

—Podría haberse quebrado el cuello. Debe de pesar unos noventa y cinco kilos.

—Pero eso no ocurrió.

Chasquéé la lengua en señal de compasión.

—¿Y ahora estás cuidándola?

—Yo no. Coster. Yo hago las compras.

—¿No debería estar en el hospital?

—No lo está, de todos modos. Está en su cama, roncando un poco, asistida por Coster.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Coster duerme con ella? —dije.

Claudia vaciló un instante, mirándome. Luego dijo:

—Anoche nadie durmió. Había demasiado ir y venir de gente. Esta noche sí, supongo que Coster dormirá cerca de ella.

Asentí con la cabeza. Me atormentaba la idea de la tía Elizabeth desmayada en su dormitorio mientras Coster, que tenía la fuerza de un levantador de pesas profesional, dormía en la sala de estar. Pero dije lo siguiente:

—Bueno, al menos eso significa que tendrás la noche libre. ¿Podemos vernos? Hace tanto desde la última vez.

—No esta noche, Johnnie, no me parece. Tendré que revolotear por la casa durante un tiempo. No me gustaría que despertara y no me encontrara.

—Pero ¿no pensarás en irte a vivir a la casa?

—Eso no, no. Pero será mejor que esté disponible. Y ahora tengo que irme. Pero nos vemos un día de estos, ¿verdad, Johnnie?

—Que sea pronto —dije.

Subió al auto con sus paquetitos y se marchó rumbo a Grane.

Creo que si hubiese visto el auto mientras ella aún estaba en la tienda, habría abierto el baúl y echado una mirada adentro. Es la clase de lugar donde uno suele arrojar algo tan poco comprometedor como un trozo de alambre revestido en plástico cuando ya no lo necesita. Si fuera por ello, la mitad de los baúles de los autos del país pueden guardar trozos de alambre revestido en plástico, aunque no todos sus dueños tengan tías ricas que se caen por las escaleras a altas horas de la noche. Sea como fuere, no lo hice.

Pero la sensación de que el tiempo estaba agotándose me obsesionaba. Alguien había eliminado al perro y luego alguien, tal vez no fuera la misma persona, había hecho un intento bastante convincente de eliminar a la tía Elizabeth. Hasta donde yo sabía, la única persona que necesitaba específicamente la muerte de la tía Elizabeth era Claudia. Podría haber otras, desde luego. Lo que Claudia me había contado acerca de las disposiciones testamentarias de su tía podría ser erróneo, o al menos incompleto. También podría haber sido deliberadamente falso, pero en ese momento no veía qué razón tendría para mentirme.

Si Claudia era quien había tirado del alambre la noche anterior, no veía con malos ojos su éxito final. Una gran parte de mí deseaba sinceramente que se liberara de su cruz y pudiera disfrutar del dinero de su familia. Lo que sí

veía con malos ojos, en cambio, era que se apoderara del único de los bienes de su tía que yo quería para mí. Si no había sido Claudia, las consecuencias de esa idea me resultaban aún más difíciles de aceptar. Si la persona que estaba tan empeñada en deshacerse de la tía Elizabeth buscaba algo más que su muerte, prefería no pensar qué buscaba.

Dejando de lado la preocupación y las conjeturas, había un hecho que me perturbaba sin cesar. Si la noche anterior me había enfrentado a un par de ojos y a un par de oídos, la noche siguiente solo quedaban los ojos. La tía Elizabeth, fuera de combate, permanecería en su dormitorio. Coster, temible como un gorila fiel cuando estaba despierta pero sorda como una tapia, estaría de guardia. Si ella pasaba la noche en el dormitorio con la tía Elizabeth, yo podría volar la puerta del armario empotrado con gelignita sin que se diera por enterada. No tenía, por supuesto, gelignita, pero tampoco me parecía necesaria; ni recomendable, a juzgar por lo que esperaba encontrar dentro del armario. Fui a Swincombe y compré un pesado destornillador y uno de esos temibles instrumentos para abrir cajones y extraer clavos que es lo más parecido a una barreta que un hombre honesto puede poseer. Esperé que se hiciera de noche y deseé que la tía Elizabeth se hundiera todavía más en la inconsciencia.

Al fin llegó la noche, oscura como boca de lobo y completamente calma. Como único miembro del grupo dotado de un activo sentido del oído, esto me resultó un alivio. Con árboles que se agitaban y gemían alrededor de la casa, no estaría en mejores condiciones que Coster. En esa especie de silencio anestesiado, podría oír el susurro de su falda a cincuenta metros de distancia, aunque ella no pensara en voz alta. A decir verdad, lo único que esperaba detenerme a escuchar eran los ruidos de movimiento en la habitación contigua. Si Coster permanecía encerrada e inmóvil en el cuarto del otro extremo del pasillo, calculaba que en el peor de los casos podría llegar desde el armario empotrado al rellano de la escalera antes de que ella abriera la puerta. Mi único miedo era que ella decidiese pasar la noche en la sala de estar. La imaginé acostada, tesa, en alguna especie de catre, con el pecho que subía y bajaba mientras dormía. No tenía la menor idea de lo que haría si la encontraba allí. Pero lo más probable era que no quisiera verse separada de su paciente por una puerta, siempre y cuando, claro está, se permitiese dormir.

Dejé el auto en un camino que salía de la ruta y por una vez bien escondido. Caminé los tres kilómetros hasta el puente. Alrededor de la cintura llevaba una correa de la que colgaban, a cada lado de mis piernas pero

metidas dentro del pantalón, la barreta y el destornillador. No entorpecían tanto mi marcha como había pensado. Ni siquiera la barreta era lo bastante larga para llegar debajo de la articulación de mi rodilla. En el bolsillo tenía una linterna pero nada más, salvo mi navaja, que era mi legítima y fiel compañera.

Crucé el puente en puntillas. Estaba tan oscuro que ni siquiera veía el brillo del agua en la caleta. Había perdido la cuenta de las mareas, pero la caleta parecía bastante llena. El aire era puro pero húmedo y casi rancio con el olor a hojas caídas y a madera podrida. Nunca había oído un silencio tan absoluto.

Bajé en puntillas hasta el sendero cavernoso. No parecía seguro hacer otra cosa. No me preocupaba Coster, pero sí el desconocido con ideas inteligentes y el alambre revestido en plástico. Quienquiera que fuese, conocía bien el lugar y podía estar en cualquier parte.

Antes de que el sendero girara hacia la entrada, me desvié hacia los arbustos y observé la parte trasera de la casa. No se veía luz alguna. Estuviese o no de guardia en la habitación de la convaleciente, lo cierto era que Coster no se hallaba en la cocina. El frente de la casa, cuando llegué hasta él, se veía tal como yo esperaba y era, en definitiva, lo mejor que podía esperarse. En el dormitorio había una luz —si bien era tenue, aun detrás de las cortinas— y ninguna más en el resto de la casa. Allí abajo, entre la fachada de la casa y la pared semicircular de árboles, el silencio monstruoso parecía tan sólido que casi podía tocarlo. Me llevó cinco minutos atravesar la grava y cuando llegué a la ventana la encontré cerrada.

Por primera vez —realmente por primera vez, a pesar de la excitación y la tensión nerviosa—, una ligera inquietud se apoderó de mí. Alguien, puesto que la tía Elizabeth había rodado por la escalera la noche anterior, había recorrido la casa, había encontrado una ventana destrabada y la había vuelto a trabar. No creía haber dejado señal alguna de mi paso por la ventana. Huellas digitales, sin duda, por docenas, pero no tenía que vérmelas con Scotland Yard. Sea como fuere, alguien había descubierto una brecha en las defensas y la había cerrado. Qué pensaron al descubrirla, lo ignoraba. Si había sido Coster, como parecía abrumadoramente probable, era casi seguro que no había pensado nada. Aun así habría preferido que no lo descubriese. Y también habría preferido que no hubiesen vuelto a trabar la ventana. Una vez que la aflojara desde adentro probablemente podría, sin duda, abrirla de nuevo con mi navaja. No quería verme obligado a intentarlo. Me aparté de la

ventana y rodeé la casa en puntillas. No se veía ningún auto. La puerta del garaje estaba cerrada, pero iluminé brevemente el interior con mi linterna y solo vi el cemento vacío. Es posible que Claudia estuviese lista para acudir en cualquier momento, pero todo parecía indicar que no se encontraba junto a la cama. Caminé, con precaución infinita, hacia la parte trasera de la casa. Era posible, pensé, que si Coster todavía estaba en circulación no hubiese cerrado con llave las dos puertas traseras ni trabado todas las ventanas posteriores. No me gustaba la idea de subir por el fregadero de la cocina, pero era mejor que intentar forzar la ventana del comedor.

La primera puerta, que creí que llevaba directamente a la cocina, estaba cerrada con llave. La segunda era la puerta por la cual había salido a los tropezones luego de toparme con el cuerpo despatarrado de Jock. No me gustaba, ni siquiera ahora me gusta, recordar ese espacio oscuro entre las paredes blanqueadas. Recordé que en esa puerta había uno de esos pestillos antiguos, de esos que suelen ser ruidosos. Cuando llegué a la puerta, alcé el pestillo con mucho cuidado. La puerta se abrió de inmediato bajo el peso de mi mano y detrás me esperaba la oscuridad total del interior.

Luché contra la casi irresistible tentación de alumbrar el piso con mi linterna antes de entrar, pero enseguida descubrí que sería absurdo. En aquellas circunstancias no importaba mucho si derribaba una mesa, pero encender una luz podía resultar fatal. No era, por supuesto, una mesa lo que en realidad me preocupaba. Entré y cerré la puerta tras de mí. La dureza de las losas bajo mis pies me tranquilizó y me sentí mejor.

Me quedé allí, con la esperanza de que si aguardaba lo suficiente lograría ver algo. En efecto, afuera la oscuridad había sido tan intensa que mis ojos no podían hacer mucho más. Creí ver, arriba a mi derecha, el contorno de la puerta que yo sabía estaba allí. Conducía al pasillo con piso de losas de piedra que pasaba junto a la madriguera de Jock y desembocaba en el vestíbulo. Antes de llegar allí pasaba junto a la escalera de servicio. Eran esas las que me proponía usar. No importaba que fuese más seguro; parecía más respetuoso.

Avancé hacia la puerta y la encontré abierta de par en par. A pesar de la cercanía de la madriguera de Jock, el olor era menos intenso allí que en el frente de la casa. Supuse que las losas de piedra, sin duda fregadas con energía implacable, tenían menos tolerancia a la ofensa que los pisos de madera y las alfombras del piso alto. Caminé muy lentamente por el pasillo, palpando la pared con una mano y extendiendo la otra hacia adelante.

Apoyaba cada pie como si fuese una operación independiente y calculada. De pronto, la pared a mi izquierda terminó y más que ver olí la caverna ascendente de la escalera de servicio. En ese momento alguien empezó a subir marchando por la escalera.

Era Coster, evidentemente. Por el peso podría haber sido la tía Elizabeth, pero aunque estuviese levantada y caminara por la casa, lo cual parecía imposible, su paso era por completo diferente. Solo Coster marchaba. Marchó hasta una puerta y la abrió. Se oyó un clic y la luz de arriba se encendió. Luego retomó la marcha.

Durante un momento de concentración angustiante, traté de escuchar por cuál escalera bajaría. Por alguna razón, jamás dudé que bajaría. Los pasos pesados se dirigían directamente hacia las escaleras. Cuando pasaron junto a la cima de la escalera principal, empecé a correr. No había encendido las luces del vestíbulo, pero desde el piso alto llegaba un resplandor que, luego de la oscuridad de afuera, me parecía la plena luz del día. Hizo una pausa, encendió otro interruptor y empezó a bajar por la escalera de servicio. Bajaba marchando. Paso a paso, sin esforzarme por no hacer ruido, fui subiendo por la escalera principal mientras ella bajaba.

Al llegar a la cima de la escalera, me detuve entre las dos pilastras y esperé a ver qué hacía Coster. La sala de estar de la tía Elizabeth estaba a oscuras, pero la puerta que llevaba al dormitorio se hallaba entreabierta. Había luz adentro, pero no era muy intensa. Coster estaba preparando algo abajo, en la cocina. Oí canillas que se abrían y el ruido de vajilla. Había empezado a hablar sola mientras hacía sus tareas, pero a semejante distancia resultaba imposible entender lo que decía. Sea lo que fuere que hiciera, parecía llevarle mucho tiempo. La única persona, además de mí, que se encontraba en el piso alto era ciega y estaba semiinconsciente, pero aun así no me gustaba del todo permanecer allí en ese rellano iluminado.

No podía hacer nada más. Tarde o temprano, Coster subiría marchando por una u otra escalera y cuando lo hiciera lo único seguro que podía hacer era bajar por la otra. Tenía que permanecer entre ambas escaleras, y si Coster había dejado encendida la luz del rellano, indudablemente no me correspondía a mí apagarla. Aguardé allí, con una mano apoyada en la baranda del rellano, deseando que terminara su pequeña y piadosa tarea y regresara pronto al lado de la convaleciente.

Estaba empezando a perder la concentración, cuando oí sus pies sobre las losas de piedra del pasillo. Debía de llevar bastante metal en los zapatos.

Sus pasos sonaban como los de un centinela en el patio de un cuartel. Antes de que lo advirtiera, había pasado de largo frente a la escalera de servicio y todo se precipitó. Por suerte, se detuvo a encender las luces del vestíbulo y cuando llegó al pie de la escalera principal, yo estaba ya en la cima de la de servicio.

Subí mientras ella bajaba. Era como uno de esos barómetros antiguos, solo que vertical en lugar de horizontal. Ahora toda la casa parecía iluminada. Había demasiadas luces, pero yo no podía apagarlas. Coster empezó a caminar por el rellano, vaciló, se detuvo y regresó sobre sus pasos. Por un momento creí que ella bajaría otra vez por la escalera de servicio y ya estaba preparándome para correr de nuevo hacia la escalera principal, cuando se detuvo. Eran las luces. Tocó dos interruptores en el rellano y las luces del vestíbulo y de la escalera principal se apagaron. Luego retomó su marcha, hizo una pausa frente a la puerta de la sala de estar y apagó las luces que iluminaban el rellano. Todo volvió a quedar a oscuras, salvo la escalera de servicio, donde yo aguardaba agazapado en el primer peldaño, proyectando una larga y delatora sombra sobre las losas del pasillo. Estaba preguntándome si podría apagar la luz que iluminaba la escalera, cuando Coster advirtió su error.

“Dios santo, falta la luz de la escalera de servicio”, dijo en voz alta. Dejó en el piso con un ruido metálico lo que fuese que cargaba y retrocedió pesadamente hasta el rellano. Regresé a la oscuridad del fregadero hasta que la luz dejó de alumbrar las escaleras y oí cómo atravesaba el rellano a paso firme, se detenía a recoger su carga, entraba en la sala de estar y cerraba la puerta tras ella. Todo volvió a quedar a oscuras. Estábamos otra vez en el primer casillero.

Esta vez elegí la escalera de servicio. Aunque pareciera ser la favorita de Coster, al menos me ocultaría de la puerta de la sala de estar hasta que emergiera en el rellano. Subí con infinita precaución, a pesar de que dos puertas cerradas se interponían entre el sistema auditivo vestigial de Coster y yo. El rellano estaba oscuro como boca de lobo y en absoluto silencio. Caminé en puntillas hasta la puerta de la sala de estar y la abrí. El cuarto estaba a oscuras, pero un resplandor se filtraba por debajo de la puerta del dormitorio. Nadie se movía ni hablaba en el dormitorio. Dondequiera que Coster hubiera decidido pasar la noche, ya había empezado a pasarla.

Luego de la oscuridad del rellano, el tenue resplandor que se filtraba por debajo de la puerta parecía una iluminación sorpresivamente apropiada.

Logré llegar hasta el armario empotrado sin tropezar con nada. Luego eché una mirada a la puerta que daba al rellano. Una silla bloqueaba mi línea de retirada. Retrocedí y la moví. Había dejado la puerta abierta. Me volví hacia el armario.

Era una sólida obra de carpintería provista de una suerte de cerradura con muesca y un ojo muy pequeño. No parecía nada extraordinario. Llevé una mano a la correa y empecé a extraer la barreta del interior de mi pantalón.

—¿El señor Levinson no te dijo dónde la guarda, Johnnie? —dijo Claudia a mis espaldas.

Debía de tener una de esas enormes linternas con manija y una batería de un kilo. Estaba tan despiadadamente iluminado como el centro cultural de Somerset House.

—Hola, Claudia —dije—. No; ¿acaso debió habérmelo dicho?

Me sentía completamente vacío, pero enseguida sentí que ese vacío empezaba a llenarse lentamente con una furia ciega. Entró en la habitación y cerró la puerta del rellano tras ella.

—No podemos hablar aquí —dijo—. Ven afuera, ¿quieres? No queremos despertar a toda la casa.

Hubo un momento de silencio. Luego dije:

—Oigo pasos abajo.

Caminé hacia la puerta. Claudia seguía con la espalda apoyada contra la puerta, arrojando esa luz monstruosa sobre mi cara.

—Johnnie, Johnnie —dijo—, no te vayas. Tenemos que hablar.

No se movió.

—Claro que hablaremos —dije—. Pero antes déjame salir.

Extendí los brazos repentinamente y bajé la linterna. Un segundo después, la tenía tomada de los hombros. Todo lo que hice fue apartarla. Abrí la puerta, encendí mi propia linterna y corrí escaleras abajo. Atravesé el pasillo hasta el fregadero y alcancé a oler, aun antes de llegar allí, la puerta de servicio por la que había entrado y que mantenían abierta durante la noche.

Una vez que hube regresado al pie de la escalera, Claudia cerró la puerta de la sala de estar y empezó a caminar por el rellano. Me quedé allí, esperándola.

—Te escucho —dije.



## CAPÍTULO XV

CAMINAMOS LENTAMENTE POR EL SENDERO, codo a codo. La noche seguía oscura como boca de lobo. Dentro de mí la furia se había extinguido y volví a sentirme vacío. No le guardaba ningún rencor a Claudia. Extendí una mano y toqué su hombro.

—Soy como tu tía Elizabeth —dije—. Odio caminar solo cuando hay gente alrededor.

Se estremeció al sentir mi mano y dije:

—¿Cuál es el problema? ¿La tía Elizabeth?

—¿No lo sabes?

—No. ¿Por qué debería saberlo?

—No importa, Johnnie.

Posó una mano sobre mi brazo y seguimos caminando así, cerca el uno del otro pero sin tocarnos, salvo su mano a través de mi manga. Llegamos a su auto, que había dejado junto al camino que llevaba al promontorio. Solo había estado dentro una vez. Era en gran medida una posesión personal y olía fuertemente a ella. No parecía que nadie más que Claudia entrara con frecuencia en él, salvo cuando transportaba a Coster. Más allá de sus defectos, Coster no tenía olor. Puso en marcha el vehículo y regresamos a Dunstreet. Conducía muy lentamente. Yo no sabía qué hora era.

Al cabo de unos minutos, dijo:

—¿Nunca viste el plato?

—¿El plato?

—La *tazza*. En nuestra familia siempre lo llamamos el Plato de la Reina. Nunca lo viste, por supuesto. Solo en fotos.

—No. ¿Cómo podría haberlo visto?

—Ha pertenecido a la familia desde hace mucho tiempo, sin que eso causara la menor excitación. Hay una conexión legendaria con la reina Elizabeth. Olvidé los detalles. Al parecer, la hija mayor de la familia siempre

se llama Elizabeth.

—Es probable que la reina haya dormido alguna vez aquí.

—Es más sólido que eso. Dio a uno de los primeros Barton un monopolio o algo parecido. De todos modos, hizo la fortuna de la familia, como solía ocurrir en aquel entonces. Se supone que también le regaló el plato. Imagino que es bastante probable que así fuese. Después de todo, debe de haberle pertenecido, a menos que nunca haya aceptado el juego de Giacomo.

—¿Juego? ¿No tendrán una docena de esas cosas?

—No, no las tenemos. Pero siempre pensé que Giacomo le había regalado a la reina un juego entero de cristal. Debió de haberlo hecho, ¿no crees? Ella entregó una pieza a ese Barton como recuerdo y desde entonces la familia lo ha conservado como un trofeo. Supongo que los otros se usaron en el palacio real hasta que los criados fueron rompiéndolos, uno a uno. Nuestro plato fue tratado desde el inicio como una reliquia y por eso logró sobrevivir. Hasta tiene una caja especial que debe de tener no menos de doscientos años.

—Será mejor que no dejemos mi auto afuera toda la noche —dije—. Está allí a la izquierda, en el camino lateral.

—Te llevaré hasta él.

—Tengo que saber más sobre todo esto, Claudia. ¿Puedo ir a Lower West Street?

Detuvo el Morris donde le indiqué y de pronto apoyó la cabeza sobre sus manos, que todavía sostenían el volante. Habló sin alzarla y sin mirarme:

—Muy bien, Johnnie. Ven más tarde. Estaré esperándote.

Lo primero que advertí fue la ausencia de la Interesante Jarra Cervecera sobre la chimenea.

—¿No la habrás roto, verdad? —dije.

—¿La jarra cervecera? No, no. Está bien guardada. También yo tengo mi propio recuerdo de familia.

—Mandaré hacer una caja especial para ella. Ahora cuéntame sobre la *tazza*.

—Como dije, nunca provocó demasiada excitación. Muchas familias tienen sus reliquias. Pero la tía Elizabeth la considera algo especial. No sé por qué y jamás se lo preguntaría. Creo que tiene que ver con el hecho de llamarse Elizabeth y de ser la última Barton. Sea como fuere, la adora y mucho más desde que perdió la vista. No quiere soltarla, literalmente. Tampoco permite que nadie más la toque.

—¿Conoce su valor?

—No creo que jamás haya pensado en el valor monetario. Yo sí. Leí acerca de la venta del cáliz K.Y. y me documenté acerca de Giacomo Verzelini. ¿Cuánto vale, Johnnie?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Prefiero no pensar en eso.

—¿Para qué robarla, entonces?

La miré. Ignoro qué expresión había en mi cara, pero ella de pronto echó hacia atrás la cabeza y rio con esa risa vibrante y terrible que solo le había oído una vez.

—Que Dios se apiade de ti, Johnnie —dijo—. Creo que amas ese plato en sí mismo.

Permanecimos sentados en nuestros respectivos rincones del sofá, contemplándonos en una mutua y desesperanzada incompreensión. Su cara había vuelto a cambiar por completo. Asentí con la cabeza.

—Por supuesto —dije—. Jamás vendería un objeto como ese. No hay ninguna nobleza en eso.

—¿No la hay? No, supongo que no. Estás loco, desde luego, pero confieso que habría deseado ser como tú. El viejo Levinson era igual.

—Cuéntame sobre él. ¿Cómo llegó hasta ustedes?

—Fue mi obra. Como ya te dije, me documenté y se me ocurrió que si esa cosa era tan importante como decían, entonces era bastante fabulosa. Pensé que si aquí había algo tan valioso, al menos me gustaría saber algo sobre él. No creo que en ese momento haya pensado mucho más que eso. Y, por supuesto, no quería que la tía Elizabeth lo supiera. Me dio cierto trabajo organizarlo.

—¿Qué hiciste?

—Le escribí a Levinson. Sus libros están en la biblioteca del condado y parecía una figura respetada. Confiaba en que sería alguien decente. Bueno, lo era, solo que... sea como fuere, le escribí para preguntarle si podía consultarlo con absoluta reserva acerca de una pieza de cristal que, a mi entender, tenía un interés considerable. Recibí una respuesta alentadora y luego le envié una descripción del plato, con su inscripción. Me respondió rebotante de exaltación erudita, diciendo que me estaría eternamente agradecido si yo lograba que él pudiera verlo y, si fuera posible, fotografiarlo. Lo invité a Dunstreet para conversar sobre el asunto, y él vino.

”Le di una versión bastante honesta de la situación. Le conté que mi tía anciana y ciega atesoraba el plato como si fuese una reliquia sagrada y que

jamás aceptaría entregárselo a nadie ni tampoco permitir que lo examinaran. Si no le importaba pasar por una experiencia ligeramente decepcionante, podía introducirlo en la habitación sin que la tía Elizabeth lo advirtiera, en algún momento en que ella extrajera el plato de su estuche, y a lo mejor hasta podía fotografiarlo en las manos de ella. Eso era lo máximo que podía hacer. Si él quería verlo en esas circunstancias, debía prometerme que no haría notar su presencia.

”No estaba del todo convencido —era un viejo bastante correcto, ¿verdad?—, pero su pasión por el conocimiento fue más fuerte que sus escrúpulos. Aceptó y lo llevé a la casa. Lo ubiqué en un rincón del cuarto, sin que tía Elizabeth lo supiese, e hice que ella me mostrara el plato. Es fácil si uno sabe cómo pedirselo. Lo hacía girar y girar en sus manos, de arriba y de abajo, como lo hace siempre —tú nunca la viste con el plato— y cuando el viejo Levinson empezó a disparar su cámara, hice ruidos para cubrirlo. La tía Elizabeth me preguntó una sola vez por qué estaba tan inquieta, pero no creo que sospechara nada.

”Saqué a Levinson de la casa y regresamos aquí. Estaba loco de entusiasmo, pobrecito. Dijo que debía publicar el descubrimiento. Dije que no debía revelar el nombre de mi tía ni el paradero del plato bajo ninguna circunstancia. Agregué que una vez que se conocieran su paradero y su valor monetario no habría modo de mantener el plato protegido, como lo está aquí, de la curiosidad de personas indeseables. Y no hay modo de hacerlo, ¿verdad, Johnny?

—No lo has hecho tan mal —dije.

—Y, desde luego, lo más importante era que la tía Elizabeth jamás me lo perdonaría. Si el asunto se difundía, sería mi ruina. Me preguntó si le permitiría publicar un informe con fotos si él prometía solemnemente no revelar a nadie el paradero del plato ni la identidad de su dueña. Señaló que cuanta más publicidad se le diera ahora, mayor sería el precio que algún día podría obtenerse por él. Parecía convencido de que ese argumento me interesaría.

—Es extraño —dije—. Pero aceptaste de todos modos.

—Sí. Acepté que publicara un informe sobre el plato en una revista erudita, con fotos no identificables, a condición de que guardara el secreto acerca de todo lo demás. Lo prometió con la mayor solemnidad. Publicó su informe. Y luego murió. Pero algo salió mal, ¿no es cierto, Johnnie? Algunos obtuvieron más información de la que debían.

—Solo yo —dije—. Al menos, hasta donde sé, soy el único.

—¿Cómo lo supiste?

—No creo que importe. Pura casualidad. Y, por cierto, no se lo dije a nadie.

—¿Qué te dijo el señor Levinson?

—Nada. Cuando él murió, yo solo sabía lo que estaba escrito en su artículo.

—No creíste necesario eliminarlo, ¿verdad, Johnnie? Espero que no. El señor Levinson me caía simpático.

—No fui yo. Ni ninguna otra persona. Lo hallé muerto, pero había muerto a causa de un ataque cardíaco. ¿No leíste el informe de la policía?

—No. Pero ¿tú mismo lo encontraste? Llegaste al lugar muy rápido, ¿no es cierto, Johnnie?

—Fui a casa del señor Levinson porque él me había citado. No fue mi culpa si cuando llegué él estaba muerto.

—¿Y encontraste el nombre y la dirección de la tía Elizabeth en un papel que él tenía guardado en un bolsillo? No, pensándolo mejor, y conociéndote, no creo que estuviera en uno de sus bolsillos. ¿En su escritorio, tal vez?

—No, tú me diste esa información.

—Pero lo que encontraste te alcanzó para llegar hasta aquí.

—Encontré suficiente información para llegar hasta aquí, sí. Eso fue todo. Y luego conocí a una chica hermosa en una subasta de cristal antiguo y ella me llevó a comer langosta a Elfhame y una cosa llevó a la otra...

—Pero ninguna llevó hasta la *tazza*, Johnnie.

—Hubo una cosa que sí me llevó finalmente hasta ella y fue algo que supe directa o indirectamente, debo admitirlo, gracias a Levinson. Pero tú me mostraste dónde buscarla.

—Y ahora la perdiste. Lo sabes, ¿verdad?

Seguíamos sentados allí, observándonos uno a otro desde nuestros extremos opuestos del sofá. Creo que en aquel momento mi indiferencia era tan absoluta como la de ella. Finalmente, dije:

—Supongo que sí. Siempre y cuando alguna otra persona no se apodere de ella.

—No hay nadie más. ¿Por qué habría alguien más en esto? El plato tiene que permanecer en manos de la tía Elizabeth hasta que ella muera. Eso es fundamental, Johnnie..., para mí, quiero decir. Tienes que entenderlo. Si

alguien le quitara el plato ahora, no sé qué sería capaz de hacer ella, pero sé que yo sufriría las consecuencias. En cuanto a sus sentimientos, depende de ti tenerlos o no en cuenta.

—Me temo que no estoy dispuesto a dejarme conmover por ellos. ¿Crees que el disgusto la mataría?

—Ni por un instante. La furia y el estupor podrían sacarla de quicio y, como dije, sería capaz de hacer cualquier cosa. Pero sobreviviría. Aunque no sería una experiencia agradable. Al menos para ninguna de nosotras.

—De acuerdo. Suponiendo que ella muriera con la cosa en su poder, ¿pasaría entonces a tus manos?

—Pasaría a mis manos, sí.

—¿Y qué harías con ella? La venderías, ¿verdad?

Me miró como si yo compartiera una posibilidad tan remota. Aun a esa distancia me habló muy directamente.

—Eso dependería de cómo y cuándo muriera —dijo—. Déjame decirlo así. No sabemos cuánto vale el plato, para mí, en dinero contante y sonante. Pero representa solo una parte de los bienes de la tía Elizabeth. Aun en términos de dinero, su muerte representaría una ganancia mayor para mí que el valor del plato. Y, además del dinero, hay que considerar otras cuestiones. Pero no puedo hacer nada hasta que ella muera.

Permanecemos unos segundos en silencio, mirándonos. Luego dije:

—Desde luego que te dejaré decirlo de ese modo. Nadie, de hecho, podría haberlo dicho mejor. Déjame considerar, por mi parte, la posición que has expuesto con tanta claridad y ver qué puede hacerse al respecto, si es que puede hacerse algo. Hay algo más. ¿Hay alguien en el pueblo que sabe, o que podría haber descubierto, lo suficiente acerca de tu plato para relacionarlo con el informe de Levinson? Dijiste que el plato no causó ningún alboroto en el pasado. Al mismo tiempo, supongo que no ha sido un secreto celosamente custodiado. Puede que exista gente que conoce su existencia y su origen. ¿Existe, de hecho, esa gente?

Negó con la cabeza.

—Solo Seaton.

—Es el abogado. Lo mencionaste antes. Dijiste que era confiable.

—Y lo es. Sabe que el plato existe y me pareció prudente contarle acerca de la visita y del informe de Levinson. Pero no dirá nada. Ya me ocupé de eso.

Pensé, otra vez, que me gustaría conocer a este Seaton. Claudia parecía

tenerlo completamente bajo control. Me pregunté si dejarse seducir por una clienta sería considerado una falta de ética profesional en un abogado. Es probable que eso solo se aplicara a los médicos. Pero podía equivocarme. Seaton tal vez fuera una figura paterna, venerable y respetable. Aun así... aparté al ignoto Seaton de mis pensamientos y dije:

—¿Estás segura de que no hay nadie más?

—Nadie. ¿Por qué? ¿Todavía te siguen?

—Te lo dije. Siento que hay alguien más en esto, como la tía Elizabeth.

—¿Y eso no te gusta?

Me sonrió. La sonrisa tenía algo ligeramente maternal e indulgente que en Claudia resultaba por completo exasperante y al mismo tiempo la hacía tan atractiva que mi mente entera parecía derretirse mientras permanecía sentado allí, contemplándola.

—No importa, Johnnie. Yo me encargaré de todo. ¿Regresarás a Londres?

Anhelaba decir que no, pero era tan evidente que viajaría, que no valía la pena discutir. Me limité a asentir con la cabeza.

—Voy a echarme de menos, ¿sabes? —dijo.

Y lo sabía. A pesar de lo mucho que sabía, sabía que Claudia iba a echarme de menos. En cuanto a mí, sabía muy bien qué buscaba obtener al dejarme arrastrar.

Me acerqué a ella y me paré en seco a causa de la barreta oculta en el pantalón. Ella volvió a reclinarsse en su extremo del sofá, mientras me observaba con la cabeza ligeramente inclinada. Tres veces, según creo recordar, la había visto así antes, pero ahora la imagen formaba parte de mi mente. Me puse de pie y por segunda vez en la noche empecé a quitarme las herramientas que colgaban de la correa que rodeaba mi cintura.

Aun Claudia parecía un poco perpleja.

—¿Qué es esto, Johnnie? —dijo—. ¿Algo nuevo? No creo que...

—No te preocupes —dije—. “Desármame, Eros. La tarea de esta larga jornada ha terminado”.

Extraje el destornillador de la otra pierna del pantalón y lo puse junto a la barreta sobre el asiento de un sillón de principios de la era victoriana. Debió de rechazarlos, porque cuando me volví hacia Claudia ambas herramientas resbalaron hasta caer sobre el piso con un estrepitoso ruido metálico. Las dejé allí.

Claudia se echó a reír otra vez y esta vez me sumé a ella. Nos reímos

tanto que casi no pude enfrentarla. Echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—No está dentro del armario, ¿sabes, Johnnie? No está dentro del armario. Y tú tan preparado...

Señaló burlonamente las herramientas sobre la alfombra y empezó a destornillarse de risa otra vez. La tomé de los hombros y se estremeció como lo había hecho en el sendero, pero esta vez la sostuve con firmeza y logré que dejara de reír.

Atravesé caminando Dunstreet en lo que debían de ser las primeras horas de la madrugada. Había perdido toda noción del tiempo y carecía de la suficiente curiosidad para mirar mi reloj. El asunto parecía haber llegado a su fin, pero no se había resuelto nada. Abandonar a Claudia parecía tan imposible como permanecer con ella. No podía quitarme la *tazza* de la cabeza, pero tampoco podía aplicar mi mente a preparar seria y razonablemente el único camino que, lo sabía muy bien, podía llevarme hasta ella.

Sea como fuere, tenía que regresar a Londres. Quería averiguar un dato, y si no podía encontrarlo allí, era seguro que no podría encontrarlo en ninguna parte. En la avenida principal de Dunstreet había luces encendidas durante toda la noche, pero las calles más pequeñas estaban a oscuras. Vagué solo en el aire suave y húmedo, casi sin poder recordar el fulgor y la atmósfera viciada de Londres. Era como si nunca me hubiese movido de Dunstreet.

Cerca del amanecer el aire empezó a circular y una brisa sigilosa llegó desde el mar, haciendo temblar las hojas secas esparcidas aquí y allá sobre el pavimento y las alcantarillas. Estaba exhausto y decidí emprender el regreso al Fleur-de-Lys. Al llegar recordé el nombre que había tratado de recordar. Joachim. Ese era el nombre, señorita Joachim. Tal vez el viejo Levinson era judío, después de todo. Me pregunté dónde podría hallar a la señorita Joachim. Pero eso podía esperar hasta la mañana.

Oculté la barreta y el destornillador dentro de mi chaqueta. Claudia no había querido incorporarlos en su colección de reliquias ni tampoco que los dejara sobre su alfombra. Por primera vez se me ocurrió pensar en lo que un policía de Dunstreet habría dicho si me hubiese encontrado vagando por las calles de madrugada con esas herramientas que asomaban de mi bolsillo. Pero el hombre que me dejó entrar en el hotel estaba demasiado dormido para



advertir cualquier cosa y logré introducirlas en mi cuarto sin que las descubrieran.

## CAPÍTULO XVI

LA CASA EN ST JOHN'S WOOD AÚN ESTABA VACÍA. Afuera un cartel decía: “En venta”. Era una propiedad sumamente atractiva y el hecho de que hubiese estado en el mercado tanto tiempo significaba que la familia del viejo Levinson le había puesto un precio exorbitante y que podía darse el lujo de sentarse a esperar que apareciera un comprador dispuesto a pagarlo. Se la habían confiado a la agencia inmobiliaria Carmichaels, que no era la clase de gente interesada en escuchar ofertas aproximativas. Todo parecía indicar que sería un negocio a largo plazo.

Tan sorprendidos se mostraron en Carmichaels de que alguien los visitara con otra intención que comprar una casa, que les llevó algunos días formular una respuesta y decidir las medidas que tomarían. Para entonces yo estaba empezando a perder la paciencia. Les expliqué por tercera vez lo que necesitaba.

—Les pido disculpas por la molestia —dije—, y desde luego sé que no es asunto de ustedes. Pero creo que pueden ayudarme. Yo era amigo del señor Levinson. De hecho, tuve la penosa experiencia de hallarlo muerto. Pero no conozco a ningún miembro de su familia y supongo que son ellos quienes han puesto en venta la casa. Necesito ponerme en comunicación con un antiguo miembro del personal de servicio del señor Levinson. Estoy seguro de que los abogados del señor Levinson conocen su paradero, pero ignoro quiénes son... me refiero a los abogados. Si ustedes tuvieran la gentileza de ayudarme en ese sentido...

El ejecutivo sentado detrás del escritorio tuvo una súbita revelación. Su cara se iluminó.

—¿Lo que usted quiere saber es quiénes representan a los herederos del señor Levinson? —dijo.

—Eso mismo.

—¿Y usted cree que ellos pueden proporcionarle la información que

usted busca?

—Solo quiero comunicarme con el ama de llaves del señor Levinson, una tal señorita Joachim. No sé dónde se encuentra ella ahora, pero estoy seguro de que los abogados del señor Levinson tienen su dirección. Si usted me dijera quiénes son los abogados, tal vez podría pedírsela.

Intenté que el pedido no sonara demasiado estafalario.

El hombre estaba radiante.

—Entiendo, entiendo —dijo y resopló por la nariz, sin dejar de sonreír. Luego agregó:

—Muy bien, señor Slade, no veo motivo alguno para no ayudarlo en ese asunto. Sugiero que vea al estudio de abogados llamado Russ & Jerrold en Lincoln's Inn Fields. Creo que ellos son las personas que busca.

—Perfecto —dije—. Eso haré.

Le di las gracias y caminé hacia la puerta. Antes de que tuviese tiempo de abrirla, el hombre estaba hablando por teléfono. Imaginé que mi visita a Russ & Jerrold no sería recibida con sorpresa, y así fue. Aunque hubiese algún Russ o algún Jerrold por allí, el hombre que me atendió se llamaba Moss. Era moreno allí donde no era calvo y muy joven y amigable, pero no estaba dispuesto a admitir que tenía algún conocimiento previo de mí.

Una vez que terminé de repetir toda la historia, dijo:

—Ya veo, sí —como si el asunto fuese ininteligible en una primera exposición. Luego agregó—: Y usted pensó que nosotros podíamos estar en comunicación con la señorita Joachim.

—Sí, pensé que era probable que estuviesen en comunicación con ella.

Pareció volverse más amigable que nunca.

—A decir verdad —dijo—, la señorita Joachim es una de las beneficiarias del testamento del señor Levinson.

—Sí. Vaya, obviamente no lo sabía. Pero me parecía bastante probable que el señor Levinson fuera la clase de hombre que se preocupa por asegurar el bienestar de sus empleados luego de su muerte.

—¿De veras? Oh, sí. Sí, sin duda. Bueno...

—Mire —dije—, ¿cree que si le prometo que no voy a venderle acciones de una minera de oro a la señorita Joachim podrá decirme dónde encontrarla?

Esto pareció interesarle enormemente.

—Acciones en una minera de oro, ¿eh? No, claro que no. De ningún modo. No, pero...

Esta vez me rehusé a ayudarlo. Me limité a quedarme sentado allí, observándolo. Cada vez que me sonreía, yo le devolvía la sonrisa con una dosis extra de simpatía. Toda la habitación rebosaba simpatía. Al fin, dijo:

—Sí, precisamente...

Esperé conteniendo el aliento. Aunque todo parecía completamente inútil, yo estaba sacándole el jugo a la situación.

—A decir verdad —dijo—, yo mismo me ocupé de ese asunto y creo que tengo la dirección por aquí.

Parecía más amable no mirarlo, menos aún sonreírle. Revolvió algunos papeles en el cajón superior del escritorio. Extraje mi libreta y mi lápiz.

—Oh, aquí está —dijo—. La señorita Joachim vive en el número 23 de Harland Park Road, en Kenton. No es muy lejos, creo.

—No, para nada. Le agradezco mucho. Me pondré en comunicación con ella.

Me puse de pie. La puerta se hallaba inmediatamente detrás de mí y él no tuvo que esperar tanto como el tipo de Carmichaels. A pesar de ello, su mano ya estaba acercándose al teléfono cuando la puerta cortó nuestra cadena de sonrisas.

La señorita Joachim, en cambio, me abrió la puerta ella misma y dijo:

—Pase usted, señor Slade. Lo vi cuando llegó la policía a la casa del señor Levinson, por supuesto, pero no volví a verlo desde entonces. El señor Marling dijo que usted le había hablado. ¿Encontró sus libros?

—¿El señor Marling? —dije, tanteando desesperadamente en mi memoria.

—El chofer del señor Levinson.

—Ah, sí, por supuesto. No sabía su apellido. Sí, gracias. Los había dejado en otra parte, como era de esperar. Fue una torpeza de mi parte, pero estaba un poco enojado, usted sabe. Si hubiese sabido que el señor Marling se lo había mencionado, la habría llamado por teléfono para hacerle saber al menos que los había encontrado. Lo lamento mucho. Espero que no haya perdido mucho tiempo buscándolos.

—No, no. Imaginé que tal vez los había encontrado en otra parte. Ahora bien, ¿qué puedo hacer por usted, señor Slade? Me han dicho que no quiere venderme nada.

Llevaba el pelo gris y lacio peinado firmemente hacia atrás sobre una frente marfilina. Cuarenta años atrás debió de haber sido una verdadera rosa de Sarón. Todavía rebosaba una inteligencia mordaz. Fui directo al grano.

—El señor Levinson me pidió que lo visitara aquella noche a las diez y media. Dijo que estaría libre para entonces, porque antes tenía un invitado a cenar. Llegué a las diez y media en punto. No vi a nadie más allí y, como usted sabe, encontré al señor Levinson muerto desde hacía muy poco. Jamás volví a oír nada acerca de aquel invitado. ¿Recuerda quién era?

—Imaginará usted que ya me hicieron esta pregunta antes.

—No, no lo sabía. ¿Quién se la hizo?

—La policía, naturalmente. Querían fijar la hora de la muerte del señor Levinson con la mayor exactitud posible. Sabemos que ya estaba muerto cuando usted llegó. Obviamente, querían asegurarse de que estuviera vivo cuando su invitado se marchó, y si había sido así, querían saber la hora aproximada.

—¿Y lo averiguaron?

—No. Porque nunca supimos quién era el invitado. Y, desde luego, una vez que descubrieron que la muerte del señor Levinson había sido completamente natural e incluso anunciada por su médico, no se molestaron en hacer más averiguaciones. Pero... en fin, eso contesta su pregunta, ¿no es así, señor Slade?

—Todo eso era perfectamente normal, ¿verdad?

—Oh, sí, era perfectamente normal. A veces, por supuesto, el señor Levinson anunciaba a sus invitados —es cierto que no recibía muchos, para ser francos— y otras veces algún miembro del personal de servicio debía quedarse para ayudar. Pero cuando solo era un invitado, y es probable que fuese hombre, prefería que le dejáramos la comida lista para que él mismo la sirviera a su invitado. Si lo que le cuento es un alivio para usted, le confieso que tampoco yo sabía que usted vendría a cenar aquella noche. Imagino que hicieron la cita por teléfono.

—Así es. Más temprano en ese mismo día.

—Sí. Me temo que no podría decir cuándo fue hecha la cita. Pero es probable que haya sido el día anterior, porque el señor Levinson encargó la cena en la mañana.

—¿Y no hubo ningún indicio que revelara quién era el invitado?

La señorita Joachim me miró. Estábamos sentados frente a frente en una salita extraordinariamente anodina, que sin duda no representaba de modo permanente los gustos o intereses de la señorita Joachim.

—No lo sé, señor Slade —dijo—. Quizá usted sabe más que yo. Esto no tiene nada que ver con la muerte del señor Levinson, ¿verdad?

—Nada en absoluto. No, es acerca del asunto por el cual fui a verlo. Yo también soy aficionado al cristal antiguo, aunque no en la escala del señor Levinson. Pero yo... yo tengo motivos para pensar que él había hablado antes con alguien acerca del cristal. Como ya no estaba con vida cuando llegué, como usted sabe, no pude oírlo de sus propios labios. En todo caso, supongo que pensé en el invitado a cenar porque sabía que hubo uno. Pero podría haber sido cualquier persona que el señor Levinson vio uno o dos días antes de su muerte... cualquier persona interesada en el cristal antiguo, quiero decir. ¿Recuerda usted alguna?

—Me temo que no. Pero hay una cosa. Poco antes de morir, el señor Levinson mencionó algo acerca de una persona con quien esperaba encontrarse. Nunca se explayaba acerca de la gente, naturalmente, al menos no conmigo, pero a veces solía hacer algún comentario general que se refería indirectamente a una persona con la que había estado o alguna cuestión de la que se había ocupado o estaba a punto de ocuparse. ¿Sabe? Yo lo conocía muy bien. Trabajé para él durante muchos años. No recuerdo exactamente cuándo sucedió, pero sé que fue muy poco antes de su muerte. Dijo... tendrá que disculparme por lo que voy a decir, señor Slade, no es que sea tan ofensivo. Desde luego, el señor Levinson era judío, como yo, y a veces, naturalmente, entre nosotros hablamos sobre ustedes, me refiero a los que no son judíos, en términos generales, al igual que ustedes, no lo dudo, hablan sobre los judíos. Dijo algo medio en broma acerca de la promesa de Dios a Moisés, según la cual su gente debía prestar dinero a otras gentes y no pedir prestado, y el señor Levinson dijo, no recuerdo sus palabras exactas, que los otros siempre esperan que nosotros pongamos el dinero, algo por el estilo. De todos modos, me dio la impresión de que se refería a alguna propuesta que estaba a punto de recibir y que no tenía intenciones de aceptar. Pero todo era un poco vago. Por supuesto, no sé qué asunto tenía que tratar usted con él, señor Slade.

Le sonreí.

—No era una cuestión de dinero, señorita Joachim. Era sobre cristal antiguo. Y solo quería su opinión de experto. Así que si él esperaba que alguien intentara sacarle dinero, ese no era yo. Supongo que podría haber sido el invitado a cenar. Sea quien fuere, imagino que el señor Levinson se mantuvo firme en la intención que expresó delante de usted. Aunque... ¿sabe si antes de morir hizo alguna clase de pago a alguien?

—No lo creo. Tal vez yo podría no haberme enterado. Pero no tengo

dudas, por el modo en que habló, de que en este caso particular estaba decidido a no hacerlo. De todas formas, si usted solo tenía que hablar con él acerca de cristal antiguo, eso no le concierne.

De pronto la agradable voz de la señorita Joachim fue tornándose cada vez más crispada hasta que se interrumpió abruptamente. Me puse de pie.

—No —dije—. En fin, así son las cosas. Le agradezco mucho y lamento haberle quitado tanto tiempo. Al menos no intenté venderle nada.

La señorita Joachim sacudió la cabeza con un poco más de énfasis del que hubiese puesto una mujer inglesa. Sonrió y volvió a ser toda simpatía.

—¿No? Es cierto, mejor así. Imagino que usted sería un buen vendedor, señor Slade. Y usted sabe cómo somos nosotras, las mujeres desprotegidas...

Nos despedimos con amabilidad recíproca. Me pregunté qué había obtenido con mi visita, si es que había obtenido algo.

Regresé a Londres en esa incómoda hora de la tarde en que la gente en las oficinas trabaja contrarreloj para terminar las tareas que habrían terminado antes si no hubiesen alargado tanto el almuerzo. Todavía nadie había emprendido el camino de regreso a casa, o ni siquiera al pub, pero la horrible frustración masiva del oficinista se aproximaba silenciosamente a su punto de hervor. Siempre me gusta buscar una buena casa de té, en especial de las que tienen mesas separadas por tabiques. Quedan unas pocas perdidas en medio de la selva de cafeterías. En ellas todavía persiste cierta inocencia antigua. Hoy en día el té debe de ser la única bebida libre de toda sospecha de libertinaje. Supongo que se debe al hecho de que los jóvenes ya no lo consumen. Bebí un suave Keemun comercial y traté de ordenar mis pensamientos.

Mi mente era un caos de posibilidades incompatibles. La mejor parte de mí, aunque fuese la mejor de un todo bastante pobre, solo quería a Claudia y al diablo con todo el cristal antiguo del mundo. La peor quería la *tazza*, preferentemente con Claudia incluida. En el fondo, no me importaba perder la *tazza* siempre y cuando nadie más la obtuviera. Esa idea no dejaba de atormentarme. Entré en una cabina telefónica y marqué el número de Peter. Nadie contestó. Llamé a su club, pero nadie allí lo había visto. Me pregunté si David sabría dónde se encontraba Peter. Extraje un puñado de monedas, las conté y pedí a la operadora una comunicación con el departamento de Lower West Street. Era una victoria temporaria de la mejor parte de mí.

La conexión con Dunstreet tardó unos minutos, pero no esperaba encontrar a Claudia a esa hora de la tarde. Luego la operadora me pidió mis

monedas, las introduje en la ranura y ella apareció del otro lado de la línea.

—¿Sí? ¿Sí? ¿Quién es? —dijo.

Me pareció que sonaba agitada.

—Soy yo, Claudia. Johnnie.

—¿Johnnie? ¿Dónde estás?

—En Londres, Dios santo.

—Ah...

No dejó escapar un suspiro, pero allí estaba, para mi oído intranquilo, el alivio perceptible en el tono descendente de esa vocal abierta.

—Me preguntaba dónde estarías —dijo—. Esta llamada estará costándote bastante cara, ¿verdad, Johnnie? Todavía no empezó el horario de tarifa reducida.

—Quería hablar contigo. No, no quería... bueno, no conscientemente. De hecho, se supone que iba a hablar con otra persona, pero antes de que me diera cuenta pedí a la operadora que me comunicara con tu número. ¿Te encuentras bien? Me pareció que sonabas alterada.

—No. ¿Qué haces en Londres?

—Hablo con gente. O más bien trato de hablar con otros, pero al parecer no logro encontrarlos. Esta tarde visité a una judía encantadora en su incompatible casita de Kenton.

—Eso debió de haber sido agradable. ¿Con qué es incompatible?

—Con ella misma, creo. Es una criatura inteligente y civilizada. Era el ama de llaves del viejo Levinson.

—¿El ama de llaves de Levinson? ¿Y de qué tenías que hablar con ella?

—Oh, ya sabes... de gente y de lugares. Quién hizo qué y cuándo. Solo algunas averiguaciones generales.

—Entiendo. Ojalá nuestras conversaciones sean igualmente interesantes.

—Lo serán si puedo ponerme al día con ellas.

Ambos nos quedamos en silencio. Yo no quería decir nada más, no en el teléfono. Sentía un deseo casi asfixiante por esa persona cuya voz del otro lado de la línea sonaba tan ajena.

—Claudia... —dije.

—¿Sí, Johnnie?

—Creo que debo regresar a Dunstreet pronto. ¿Está bien?

—Muy bien. Pero dime cuándo. Aquí estaré.

—Te avisaré.

Corté la comunicación, bastante antes de agotar mis tres minutos. Pero



no estaba del todo seguro si, llegado el momento, le avisaría.

Empecé a marcar el número de David y luego, por segunda vez, cambié de opinión. Era probable que David no hubiese llegado a casa todavía. No sabía si estaría Daphne. Decidí caminar hasta allí. Era un trecho largo y seguramente llegaría casi al mismo tiempo que David.

Las calles estaban invadidas por las primeras oleadas de oficinistas que luchaban por adelantarse a los demás. Vagué entre ellos, sintiéndome intemporal y distante. Intentaba conciliar en mi mente la necesidad inmediata de Claudia y la desesperante intangibilidad de la llamada telefónica. Creo que nunca antes me había sentido tan intranquilo. Tal vez las atenciones hogareñas de Daphne y de David tuvieran un efecto sedante. En todo caso, caminaba con paso firme hacia ellos. Pero empezaba a sentir temor por lo que pudieran decirme y el solo hecho de pensar en la posibilidad de que aumentaran mi inquietud me resultaba intolerable. Contemplé la posibilidad de cambiar de idea una vez más y emborracharme, pero un examen minucioso de lo que sentiría si llevaba a cabo ese plan me hizo desistir. No creía que me hiciera ningún bien y nunca conviene emborracharse si uno no está bastante seguro de los resultados. Seguí mi camino.

Me pareció que anduve bastante antes de llegar a la puerta de la casa de David. Adentro había luz y creo que hasta olor a comida. Toqué el timbre, pero nadie salió. Volví a tocar al cabo de un par de minutos. Se oyó cierto frenesí dentro, como si alguien quisiera llegar a la puerta antes de que quienquiera que fuese se marchara. Daphne abrió la puerta. Llevaba puesta nada menos que una bata negra mate cerrada hasta el cuello. Se la veía rosada y húmeda, pero olía muy bien.

—¡Johnnie! —dijo—. No sabía que estabas en Londres. —Se apartó de la puerta—. Pasa —agregó—. Acabo de tomar un baño.

Estreché su mano, como solía hacerlo, y dije:

—¿Ya está en casa David?

Se quedó parada allí, sosteniendo mi mano y sonriéndome.

—David está fuera de la ciudad —dijo—. ¿No lo sabías?

No puedo explicar por qué lo hice, después de tantos años, pero de repente me incliné y la besé. Era Claudia a quien verdaderamente deseaba. Pero confieso que Daphne me sorprendió.

## CAPÍTULO XVII

ME SENTÉ FRENTE AL FUEGO A ESPERAR que Daphne reapareciera. Aún no podía sacarme a Claudia de la cabeza, pero pensaba en ella de un modo diferente y mucho menos angustioso. Sentía la separación a cada instante, pero mi mente giraba en torno a ella como si fuese un centro fijo, manteniendo su distancia. David y Daphne me importaban un bledo. Daphne era una buena esposa y no permitiría que un desliz pusiera en riesgo la relación con su marido. Ese era, según mi experiencia, el secreto de toda buena esposa. Solo las mujeres más sensibles se enamoran más de una vez y cuando se enamoran con demasiada frecuencia se vuelven malas esposas, lo cual es siempre lamentable. Daphne sabía ampliar su experiencia, pero era capaz de retroceder con aplomo hacia su refugio aceptado, recogiendo cuidadosamente sus faldas alrededor de sus piernas. David no se enteraría de nada. Me pregunté con un atisbo de placer si él mismo, a su debido tiempo, no estaría dispuesto a ampliar su propia experiencia para alcanzar una mayor felicidad.

Daphne salió de su habitación y se sentó frente a mí. Ya estaba completamente vestida y el efecto era lo más severo que Daphne podría lograr. Aún se veía un poco pálida y temblorosa, pero estaba decidida y alegre. Al menos no intercambiábamos reproches ni falsas promesas de que no volveríamos a vernos jamás.

—Por cierto, ¿dónde está David? —dije.

—Tuvo que viajar al campo por un par de días. Tiene...

—Una tía enferma seguro que no. No vas a decirme que a David le apareció una tía.

Sonrió. Era interesante verla avanzar tanteando hacia una relación forzosamente nueva conmigo. Era evidente que la vieja ya no funcionaba, pero Daphne no tenía intención de modificarla, como había anticipado, más allá de las exigencias que imponía el decoro. La sonrisa, a pesar de todo, aún tenía cierto aire maternal.

—No, Johnnie, nada de eso. Pero de algún modo es un asunto de familia. Se fue hace varios días.

—¿Has visto a Peter últimamente? Traté de ubicarlo, pero nadie parece saber dónde está.

—¿Peter? No. A decir verdad, no lo vemos mucho.

A diferencia de la señora Larkin, Daphne no lo llamaba “el señor Sarrett”, pero aun así había un inconfundible tono de desaprobación en su voz.

—¿Por qué te desagrada Peter? —dije.

—No es que me desagrade. Simplemente no me agrada. Tiene algo inhumano. Y es bastante mezquino, ¿no te parece?

—¿Con el dinero? Admito que no es muy generoso. Creo que gasta cada penique que tiene en la revista.

—Ese es el problema, ¿no te das cuenta? Realmente no le interesa nada más. No me agradan esos fanáticos. No creo que haya ninguna mujer así. Desconfío de su escala de valores.

—David dice que vivo obsesionado por el cristal.

—Miren quién habla. De todos modos, no diría que solo te interesa una cosa en la vida, ¿verdad, Johnnie?

—No, en absoluto. La pluralidad es esencial para mí.

Le sonreí con simpatía y calidez. Sentía genuina simpatía y calidez por la pobre, perpleja y sedada Daphne, y todo el tiempo mi mente giraba sin parar alrededor de Claudia.

—De todos modos —dije—, quiero ver a ese fanático, aunque tenga que acampar frente a la puerta de su casa.

Me puse de pie y Daphne me acompañó hasta el vestíbulo.

—Me gustaría que David regresara a casa —dijo.

—¿Cuándo crees que regresará? —dije.

—No lo sé, en verdad. No tendría que demorarse tanto.

—No te aflijas, Daphne. Puede que David tenga tías, pero no regresará a casa con pelos en el cuello de su abrigo.

—No, no, David no —dijo casi con alegría y luego se estremeció casi visiblemente cuando advirtió las consecuencias. Apoyó una mano en mi brazo y dijo—: Johnnie...

—No te preocupes, Daphne —dije—. No te preocupes por nada. Fue un caso de identificación errónea de ambas partes. Un hecho aislado.

Volvió a animarse.

—Tienes razón, Johnnie. Ven a visitarnos cuando regrese David, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —dije—, pero solo cuando él haya regresado.

Nos tomamos las manos y nos despedimos. Daphne me gustaba más que nunca. Pero aquella noche me sentía demasiado cansado para buscar a Peter o para preocuparme demasiado por algo. Cuando desperté, la noche, en el recuerdo, me pareció irreal. Pero todavía quería encontrar a Peter y solo parecía haber un modo de hacerlo.

A las ocho y cuarto de la mañana toqué el timbre en la casa de Peter. Abrió la puerta casi de inmediato. Llevaba puesta una bata y tenía un aspecto espantoso. Las líneas pronunciadas de su boca, que era bastante angosta, parecían subrayadas con los pelos de la barba incipiente. Era como si la oscura huella del cansancio le hubiese juntado los ojos. El viejo tono sardónico estaba intacto.

—Johnnie, ¿qué diablos haces despierto a estas horas de la mañana?

No parecía desconcertado, pero no hizo el menor movimiento para invitarme a entrar.

—Anoche traté de comunicarme contigo varias veces, pero no pude encontrarte. Así que pensé en sorprenderte esta mañana antes de que volvieras a salir. Perdóname si te desperté. A decir verdad, no es tan temprano.

—Lo sé. Anoche me acosté tarde. De todos modos, ya estás aquí. ¿Qué puedo hacer por ti?

Seguía parado allí, con una mano apoyada en el picaporte.

—Parece que no hubieras dormido durante una semana —dije—. ¿Estás bien?

—Oh, sí, estoy muy bien. Estuve un poco ocupado... y un poco preocupado, para ser honesto.

Intentaba descubrir qué me hacía pensar que no había dormido la noche anterior. No había embotamiento, si esa era la palabra que buscaba. La piel se veía cansada y sucia, pero no grasosa. No alcanzaba a ver qué llevaba puesto bajo la bata. Pero era evidente que no eran pantalones de pijama, aunque tal vez nunca los usaba.

—Lamento haberte preocupado —dije—. Quiero hacerte un par de preguntas.

—Espera un momento, Johnnie —dijo.

Se volvió y entró en la sala de estar, dejándome parado donde estaba.

Estuve a punto de seguirlo, pero no logré decidirme. Creo que lo oí mover cosas. Luego una puerta se cerró. Un instante después, regresó al vestíbulo.

—Será mejor que entres —dijo—. Me temo que todo está muy desordenado. Ya ordené lo peor.

En efecto, no se veía nada que estuviese fuera de lugar. Conozco muy bien la sala de estar de Peter. Se llegaba al dormitorio a través de una puerta, que estaba cerrada. El lugar estaba sucio, pero no desordenado.

Peter encendió una estufa eléctrica y dijo:

—Estaba a punto de prepararme café. ¿Quieres una taza?

—Sí, si vas a prepararlo de todos modos.

La cocina estaba del otro lado del vestíbulo. Caminé hasta allí, dejando ambas puertas abiertas. Oí el ruido de la canilla y el tintineo de latas y platos. Deseé que se tomara todo el tiempo del mundo. Había llegado preparado para un ataque frontal, pero una vez allí me pareció extremadamente difícil. Nunca me había resultado fácil lidiar con Peter. Para irritarlo tenía que humillarme a mí mismo, pero si lo enfrentaba de igual a igual casi siempre me hacía sentir un tonto. Creo que tenía ese efecto sobre mucha gente, pero saberlo no suavizaba la ofensa.

Fui hasta la vitrina y miré los veintitrés números de *Cristal Antiguo*. El diseño de la revista no había cambiado en seis años, pero aún era bueno. Cada número tenía una foto distinta en la tapa, pero los lomos eran idénticos, salvo la numeración y la fecha. Oí que Peter regresaba de la cocina a través del vestíbulo y dije por encima del hombro:

—¿Cómo marcha el número de octubre? No puede ser tan excitante como el anterior. Supongo que no hay más noticias de la *tazza*, ¿verdad?

—Está bien, desde el punto de vista editorial. La imprenta es un infierno. No hay novedades sobre la *tazza*, no. ¿Pensaste que las habría? Llegaron algunas cartas de lectores, desde luego, pero son todas especulaciones.

—Pero ¿cómo mantienes la revista, Peter? Nunca te pregunté acerca de los costos de imprenta, pero...

—No. No, no te lo diría, pero de hecho nunca lo preguntaste.

—Pero no vas a decirme que cubre los costos.

—No te diré nada, Johnnie. Se publica hace seis años y es la mejor de su rubro. Me propongo que siga siéndolo.

Cruzó la habitación rumbo a la cocina.

Cuando regresó, dijo:

—Me temo que no tengo leche. Lo siento. ¿Te importa tomarlo solo?

—No si es lo bastante fuerte.

—Lo es.

Vertí una buena dosis de azúcar dentro y bebí un sorbo. No había duda de que era fuerte.

—¿Cuáles eran, según tu opinión, las intenciones de Levinson? —dije.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de la *tazza*. ¿Se proponía seguir en comunicación con el dueño o simplemente lo dejaría decidir por sí solo, a su debido tiempo?

—No tengo modo de saberlo.

—Pero tú hablaste con él del asunto.

—Solo por teléfono, cuando recibí su artículo. Pensé que ya te lo había dicho. Se sentía obligado a publicarlo y contaba con el permiso del dueño. Pero no tenía autorización para difundir el nombre del dueño y no lo hizo.

—¿Y nunca más volviste a hablar con él?

—No. ¿Cuándo podría haberlo hecho? Murió un par de días después de que se publicara la revista.

—No sabía si lo habías visto otra vez antes de su muerte.

Se quedó parado allí dándole la espalda a la estufa y sosteniendo la taza y el plato frente a él. Por lo que alcanzaba a ver de ellas, sus piernas eran sorprendentemente musculosas. Parecía esbozar una sonrisa, pero su cara se veía tan rugosa a causa del cansancio que era difícil asegurarlo. Al menos sus ojos oscuros brillaban, a pesar de las ojeras.

—¿Cuándo podría haberlo visto, Johnnie? —dijo.

—No lo sé. Daba por sentado que se veían con frecuencia.

—No.

Siguió parado allí, observándome, hasta que me puse de pie.

—Te ves cansado, Peter. Será mejor que regreses a la cama —dije.

Caminé hacia la puerta.

—Eso haré. Pero tal vez nos veamos pronto. Estuviste fuera de la ciudad, ¿no es cierto? ¿Te quedarás aquí por un tiempo?

Avanzó hacia la puerta del dormitorio, apoyó la mano sobre el picaporte y se quedó parado allí. Yo me detuve frente a la puerta del vestíbulo. Nos miramos, separados por la anchura de la sala de estar.

—No —dije—, de hecho estoy pensando en viajar otra vez esta misma mañana.

—¿Cómo dices?

Alzó la mano del picaporte y avanzó unos pasos en la sala.

—Estoy pensando en viajar otra vez esta misma mañana —dije.

La puerta del dormitorio se abrió lentamente detrás de él y vi la valija abierta y la cama hecha. Me miró con fijeza. Luego sonrió con esa misma sonrisa que era casi una mueca.

—Te has vuelto un tipo bastante inquieto, ¿verdad, Johnnie? Ya es hora de que sientes cabeza.

—Estoy considerando esa posibilidad —dije.

Me volví y atravesé el vestíbulo. Él seguía parado allí, mirándome.

—Adiós, Peter —dije—. Nos veremos muy pronto, estoy seguro.

Salí y cerré la puerta tras de mí. No oí ninguna respuesta.

—¿Adónde fue tan temprano? —dijo la señora Larkin.

—Fui a ver al señor Sarrett —dije.

—¿Al señor Sarrett? ¿No va a decirme que él estaba despierto a estas horas de la mañana?

—Sea como fuere, estaba con la bata puesta. Tal vez no se había acostado todavía.

—No me sorprendería. ¿Ya desayunó, entonces?

—No como corresponde. Solo tomé una taza de café.

—Y no creo que le haya caído bien con el estómago vacío. Siéntese. Le prepararé algo.

Acaté todas sus instrucciones. De hecho, sentía una mezcla de cansancio, hambre e inquietud, y tenía muchas cosas en que pensar.

Alrededor de las diez de la mañana la señora Larkin salió para hacer algunas compras. A las diez y cuarto el teléfono empezó a sonar. Lo dejé sonar hasta que quienquiera que fuese se cansara de llamar. Pasadas las once alcé el tubo y disqué el número de Peter. Su teléfono sonó largo rato, pero nadie atendió. Tal vez estuviese dormido. Si verdaderamente se había acostado, era improbable que, cansado como se lo veía, despertara con facilidad. Dejé que sonara. Debió de haber sonado unos diez minutos mientras yo permanecía allí, sentado, con el tubo apoyado sobre mi hombro. Nadie contestó. Dondequiera que Peter estuviese, no me parecía que estuviese metido en la cama. Colgué el tubo, entré en mi dormitorio y empecé a empacar.

Dejé una nota para la señora Larkin y caminé con mi valija hasta el

garaje, detrás de mi casa. Lo primero que vi cuando abrí el baúl del auto fue la barreta. Había escondido el destornillador entre las herramientas del auto, pero había pensado en deshacerme de la barreta. Vacilé, pero la señora Larkin regresaría en cualquier momento y no quería verme obligado a dar explicaciones. Donde estaba no hacía daño a nadie. Arrojé la valija encima y me marché.

No creo que tuviese una idea clara de lo que me proponía hacer en Dunstreet, pero sabía que tenía que estar allí. También sabía, menos explícitamente, aunque con idéntico grado de certeza, que esta vez sería decisivo. A decir verdad, dudo que pudiese imaginar cualquier combinación de circunstancias que tuviera un final enteramente satisfactorio. Mi mente no trabajaba con tanta claridad. Aún quedaban una media docena de cosas que necesitaba saber y que empujaban en una y otra dirección, superponiéndose una sobre otra cada vez que intentaba pensar en ellas. Conducía a una velocidad inusual para mí, pero con una rara destreza automática, a través de una campiña en la que ya empezaba a manifestarse el otoño.

En cierto momento traté de rememorar la época, increíblemente reciente si la calculábamos en los términos del calendario, en que ni la *tazza* ni Claudia habían entrado en el recinto de mi conciencia. Allí estaban ambas, atesorando sus valores incalculables bajo los árboles húmedos y oscuros; sin embargo, yo habría podido seguir mi vida perfectamente tranquilo sin ellas. La parte de mí que siempre elegía la seguridad se habría alegrado de regresar a esa comodidad anodina, pero no era la parte más importante. Es posible que nuestro inconsciente anhele regresar al útero, pero eso rara vez se presenta como un curso de acción factible. Ignoraba hacia dónde me empujaban, pero no estaba preparado para cuestionar a las fuerzas que me empujaban.

La primera vez que vi el auto negro estaba estacionado frente a un pub, al oeste de Salisbury. No lo había visto antes y no sé por qué me llamó la atención. Supongo que algo en él atrajo mi atención, porque al verlo por segunda vez lo reconocí y recordé que ya lo había visto antes. En ese momento solo sentí una ligera sorpresa por el hecho de que hubiese logrado sacarme ventaja, aunque no lo hubiera visto pasarme. Eso fue cerca de Swincombe, pero antes del desvío hacia Dunstreet. Otra vez estaba frente a un pub. Esperé no volver a cruzármelo en la ruta.

Salvo en los semáforos, no me detuve en Dunstreet y seguí camino directamente hacia Grane. Cuando llegué al desvío, aún no sabía qué hacer. Giré, tomé a la izquierda y detuve el auto casi debajo del árbol. Podía ver el



cruce reflejado en el espejo retrovisor. Era el final de la tarde, reinaba la calma y el cielo estaba nublado. Iba a oscurecer temprano.

No sé cuánto tiempo pasé allí. Sé que no logré sacar conclusión alguna de mis pensamientos, salvo que cuando oscureciera caminaría hasta el puente, atravesaría el sendero flanqueado por los rododendros y trataría de ver a Claudia.

Oí que un auto disminuía la velocidad y se deslizaba por el camino lateral. Iba rápido y hacía un ruido estrepitoso, que rompía el silencio del bosque. No tuve tiempo de salir de mi auto, pero vi con claridad en el espejo cómo pasaba raudamente por el cruce detrás de mí. Para entonces el auto ya me resultaba incómodamente familiar. Le di una ventaja razonable. Luego retrocedí entre los árboles, maniobré alrededor de la curva estrecha del cruce y salí tras él.

## CAPÍTULO XVIII

NUNCA HABÍA RECORRIDO ESE CAMINO y conduje con cautela. No había posibilidad alguna de que alcanzara a ese lunático más adelante, pero al menos podría ver hacia dónde se dirigía y cuáles eran sus planes.

El camino atravesaba unos ochocientos metros de bosque tupido. Luego empezó a subir y un par de minutos después los árboles desaparecieron y vi hacia dónde se dirigía. En realidad, si me hubiese detenido un momento a pensarlo, lo habría sabido. Frente al cielo, delante de mí, el largo acantilado se extendía hacia el promontorio. Ligeramente a mi izquierda, adustas y erguidas en el horizonte, las dos minas se alzaban como dos dientes carcomidos. El camino, que corría paralelo a la cresta del acantilado a lo largo de un kilómetro y medio o más, parecía pasar a varios cientos de metros de ellas. Pero la ladera era convexa, y desde donde me encontraba hasta la cima del promontorio podía ocurrir cualquier cosa con el camino.

Eso fue lo que me salvó. La ladera se allanaba de repente en el borde de la colina y una gran extensión de campo oscuro y monótono se abrió entre el horizonte y yo. Del otro lado, a unos ochocientos metros de mí y hacia mi izquierda, el auto negro se alejaba velozmente del camino rumbo a la mina más cercana. No lograba ver si avanzaba a campo traviesa; por momentos, desaparecía por completo entre los helechos y los matorrales o detrás de los montículos que había en la ladera. Pero debía de haber alguna clase de camino que llevara desde el asfalto hasta las viejas minas. Aun a semejante distancia la superficie no parecía llana y el auto negro subía y bajaba bruscamente en lo que debía de ser, para el ansioso conductor, una velocidad demasiado moderada.

Ya había visto suficiente. Me detuve en la pendiente en cuestión de centímetros y sin esperar a girar retrocedí marcha atrás por el borde de la colina. Luego doblé y regresé al bosque. Al llegar al cruce maniobré el vehículo hacia la derecha, seguí hasta el lugar adonde me había detenido

antes y luego, para estar completamente seguro, metí el auto entre los árboles. Me senté a esperar. No sé cuánto tiempo estuve allí, pero pronto fue haciéndose de noche. Si oscurecía más aún, debería elegir entre dos rumbos, para ninguno de los cuales estaba preparado. Poco antes de llegar a ese punto, oí lo que debía de ser el auto negro avanzando a toda velocidad desde lo alto de la colina. Pasó zumbando hacia Grane, giró a la derecha con un chirrido de neumáticos y metales sueltos, y escapó hacia el sur, acelerando a fondo como si lo persiguiera el diablo.

Salí de mi escondite, volví a maniobrar alrededor del cruce y avancé hacia la colina. Ya estaba oscuro, pero podía ver el camino sin necesidad de encender los faros. Casi pasé de largo el desvío que llevaba a la mina. No parecía un desvío. La huella estaba completamente cubierta de pasto y lo poco que perduraba de ella se hundía casi enseguida en una hondonada escarpada que bien podría haber sido un viejo pozo arenoso. Era demasiado abrupta para ser natural.

Me parecía un despropósito arriesgar los ejes del auto en esa accidentada carrera que había visto librar al auto negro. Me detuve y dejé el vehículo allí donde estaba. Cuando apagué el motor y salí, el silencio me envolvió como si me hubiese sumergido en aguas profundas. El cielo era de un gris naval y parecía lo bastante cerca para tocarlo. La ladera de la colina se doblaba sobre sí misma y expulsaba montículos irregulares alrededor de mí. No había nada entremedio y la huella parecía un túnel. No era un lugar apropiado para caminar de noche, pero no extraje la linterna que llevaba en el bolsillo hasta que la primera chimenea apareció casi frente a mí. La encendí, con cuidado, para ver lo que tenía delante.

Casi junto a la huella había una construcción cuadrada de piedra, sin techo, completamente vacía. No se veían andamios por ninguna parte. La entrada estaba sostenida por pesados dinteles de piedra. Apunté la linterna hacia la huella. Según mi limitada capacidad como rastreador, que ya he confesado, diría que el auto negro había llegado hasta allí para luego retroceder y girar sobre la huella. Si el hombre se había desplazado hasta la segunda mina, debió de hacerlo a pie. Además de las marcas del auto, no se veía rastro alguno de sus movimientos. Entré por la puerta más cercana. El umbral había desaparecido y el pasto había penetrado hasta la saliente de piedra. Olía a podredumbre, aunque si había algo que podía pudrirse allí dentro, ya había dejado de pudrirse hacía mucho tiempo. En dos de los rincones crecían zarzas. No había nada para ver.

Una abertura a mi izquierda enmarcaba una oscuridad casi absoluta. Me acerqué a ella y la iluminé con la linterna. Era un breve túnel techado primero con un abovedado de piedra y más adelante con lo que parecía ser roca natural. Antes de que terminara el abovedado el pasaje estaba completamente obstruido por una pesada valla de madera recubierta con varias vueltas de alambre de púas engrapado. Había sido colocada hacía bastante tiempo, pero seguía tan firme que solo podía atravesarla alguien que tuviese las herramientas necesarias para extraer las grapas. Eso era lo que habían hecho, en un punto cercano al centro del bastidor.

Habían cortado algunos trozos de alambre y luego los habían doblado hacia atrás hasta abrir una brecha de unos sesenta centímetros cuadrados inmediatamente encima de uno de los listones horizontales. Luego habían colocado los trozos de alambre en su posición original, pero sin asegurarlos. Volví a abrir la brecha, me asomé por encima de la valla de madera y apunté mi linterna hacia arriba y hacia abajo. El túnel terminaba abruptamente a unos cuatro metros y medio delante. Más allá y en los costados había paredes verticales, en parte de mampostería y en parte de roca natural. En el espacio que había entre ellas estaba el cabezal del pozo de la mina. Era circular y tenía unos tres o cuatro metros de ancho y, excepto por la valla, sin protección alguna. Aparte de los trozos de alambre sueltos, la valla debía de haber sido colocada hacía muchos años. Lo nuevo era la sogá. Era de cáñamo y de unos cuatro centímetros de ancho, atada con fuerza en uno de los travesaños de la estructura de madera. Era bastante nueva, evidentemente. La punta no estaba atada, pero todavía no había empezado a deshilacharse. Desde la valla la sogá corría por los pocos metros de suelo de roca y desaparecía en la cornisa del pozo. Alguien había arrojado algo dentro. A juzgar por la sogá, era algo bastante pesado. Pasé una pierna del otro lado de la valla y luego me introduje por la brecha en el alambre.

Con la linterna en una mano, me arrastré hasta el borde del pozo y miré hacia abajo. No era tan profundo; no más de quince o veinte metros. Las paredes eran lisas y escarpadas y el fondo, al menos lo que alcanzaba a iluminar mi linterna, parecía estar bastante seco. No sé qué esperaba encontrar al final de la sogá, pero ciertamente no fue lo que vi. Era una escalera de sogá, sólida y con peldaños de madera. La sogá de la valla estaba enlazada, justo debajo del borde del pozo, al extremo de la escalera, que colgaba pegada a la pared. Era demasiado larga para el pozo y uno o dos metros yacían enrollados en el fondo. Me dije que si mi hombre lo hubiese

sabido de antemano, habría subido el extremo de la escalera encima del borde del pozo y lo habría atado directamente a la valla. Tal vez no había tenido tiempo para pensarlo. Sea como fuere, no se había molestado en hacerlo. Bajar por la escalera podría ser un tanto arduo, puesto que uno solo podía aferrarse del cabo de la sogá, pero no era peligroso.

Si bien tengo otras limitaciones mentales, nunca sufrí de vértigo ni claustrofobia. A juzgar por el tiempo que pasó allí dentro, mi hombre había bajado y luego subido la escalera y yo tenía que ver qué había hecho en el fondo del pozo.

Regresé a la valla, crucé por la brecha y salí a la huella. No se oía ningún ruido. Nada me entusiasmaba menos que la posibilidad de ser hallado en el fondo del pozo por el dueño de la escalera de sogá, que podría sentirse lo bastante indignado ante mi intromisión para recogerla desde arriba. Regresé caminando al auto. Apenas visible en la compacta oscuridad, el camino subía hasta alcanzar la línea del horizonte y luego bajaba hasta perderse en la maraña de árboles. No veía nada que se moviera y no había luces. Abrí el baúl del auto y extraje la barreta escondida debajo de mi valija. Regresé con la barreta a la mina y crucé la valla. Desde adentro volví a colocar los alambres en su posición para cerrar la brecha. Luego apoyé la barreta sobre el listón y pasé con cuidado un alambre alrededor de la base. Si alguien intentaba pasar por la brecha, la barreta caería contra el piso de piedra y el ruido sorprendería al intruso y, lo más importante, delataría su presencia. Una vez que mi peso tensara la escalera no sería fácil soltar el cabo de la sogá y a menos que el hombre parado allá arriba pensara con rapidez y llevara un cuchillo enorme, yo tendría que ser capaz, por más letales que fuesen sus intenciones, de golpearlo y llegar a la cima del pozo. De todos modos, esperaba no tener que hacerlo.

Terminé de colocar mi señal de alarma hasta quedar satisfecho y examiné el cabo de la sogá y la escalera hasta que todos sus detalles se grabaron en mi mente. Luego apagué la linterna y la guardé en un bolsillo. Enseguida me rodeó la más negra de las oscuridades, pero era inevitable: necesitaba ambas manos y no podía, bajo ninguna circunstancia, arriesgarme a perder la linterna. Me arrastré hasta el borde, tanteando el camino y tocando la sogá. Una vez en el borde, giré sobre mí mismo, agarré la sogá con las dos manos y metí las piernas en el pozo. Creo que era mejor que no pudiera ver nada. A decir verdad, no fue tan difícil. La sogá era lo bastante gruesa para que pudiera aferrarla sin que mis manos quedaran debajo de ella y la escalera

se mantenía firme debajo de mí. Apoyé los pies en un peldaño y luego, con el peso de mi cuerpo todavía afirmado en el borde de roca, extendí una mano y tomé el nudo que había en la cima de la escalera. Sin darme tiempo a pensarlo demasiado, solté mi otra mano y me dejé caer dentro del pozo.

Durante un largo instante permanecí colgado allí, apretando las manos y los pies y oyendo el eco de mi respiración, que resonaba en las paredes de roca. Primero apoyé un pie y luego el otro en el peldaño siguiente. Ya no me balanceaba, sino que había logrado una posición vertical relativamente segura. Busqué con las manos los lados de la escalera, los encontré y me aferré a ellos. Luego empecé el descenso.

No era tan difícil, en verdad. La única dificultad era la tendencia natural de la escalera a golpear contra la pared del pozo, pero los peldaños de madera evitaban que la sogá tocara la roca, lo cual me permitía rodearla con los dedos. Cada vez que bajaba un pie, empujaba ligeramente hacia atrás la sogá para que mi pie se afirmara bien en el peldaño antes de que el peso de mi cuerpo lo apretara contra la roca. Avanzaba sin tropiezos. El aire se mantenía respirable. Era húmedo, denso y bastante estancado, pero perfectamente fresco.

El único momento de verdadero pavor fue cuando al bajar un pie solo encontré la oscuridad insondable y golpeé con fuerza contra la roca. Enseguida supe lo que sucedía. Había llegado al fondo. Me dejé caer poco a poco, sin que nada cediera. Aferrando con fuerza la sogá para evitar una caída brusca, bajé el otro pie, lo apoyé y me paré. Luego solté una mano de la sogá, extraje la linterna del bolsillo y la encendí.

El rollo sobrante de la escalera yacía a mis pies. A mi alrededor, lisas y anodinas, las paredes del pozo se elevaban hasta desaparecer. A cada lado del pozo se abrían dos galerías, pero ambas parecían bloqueadas por desechos, al menos hasta donde llegaba la luz de la linterna. Había losas de piedra esparcidas por el suelo. Entonces vi qué había estado haciendo el hombre. Contra la pared opuesta del pozo, entre las aberturas de las galerías, había levantado dos columnas de losas a medio metro de distancia una de otra y las había techado con varias losas más grandes. Era una estructura perfectamente sólida y estable en forma de cubo y con medio metro de cada lado, que proporcionaba un espacio cubierto y bien protegido. Parecía una caja fuerte diseñada por algún habitante neolítico de Skara Brae. Cualquier objeto que se guardara dentro estaría seguro contra todo riesgo, a excepción de un terremoto. Además, si no me equivocaba, sería casi invisible desde lo alto del

pozo, al menos bajo la luz que podía disponerse en semejante lugar. Tenía esa suerte de perfección lunática que solo proviene de la más desesperada improvisación. El hombre merecía toda mi admiración, pero confieso que también me aterrorizaba.

Eso era todo lo que había para ver. Volví a aferrar la soga con una mano, apoyé ambos pies en el último peldaño de la escalera, apagué y guardé la linterna en el bolsillo y empecé a trepar. El único miedo que tenía era oír de pronto el ruido espantoso de la barreta contra el piso de piedra, pero no ocurrió. Era una tarea agotadora pero no intolerable, y trepé sin parar hasta que mis manos hallaron la soga anudada en la punta de la escalera. El paso siguiente no era fácil, pero en estos artefactos siempre es más fácil bajar que subir. Tuve que aferrarme de las sogas laterales con más fuerza de la que esperaba mientras se tensaban contra la roca, pero al cabo de unos segundos logré apoyar el cuerpo sobre el borde y me deslicé hacia delante, casi sin aliento pero razonablemente seguro. Me arrastré siguiendo la soga, mientras hurgaba en mi bolsillo en busca de la linterna.

Un instante después oí un ruido ensordecedor y creí que el corazón iba a salirseme del pecho hasta que se impuso la cordura. Lo único que no había hecho con mi señal de alarma fue probarla y había subestimado seriamente su eficacia. Encendí la linterna, recuperé mi barreta del piso de roca y la coloqué a un lado contra la valla mientras separaba los alambres para abrir la brecha. Pasé a través de ella, volví a enderezar los alambres y entré en la habitación de paredes sin techo. El cielo aún estaba cargado de nubes, pero después de la oscuridad del pozo la noche parecía casi alevosamente clara. Apagué la linterna y caminé con paso firme por la huella, rumbo al auto.

No vi ni oí nada durante todo el trayecto. A medida que la excitación menguaba, sentía una reticencia cada vez mayor a continuar. Quería encontrar a Claudia por sobre todas las cosas, pero la deseaba sin complicaciones, como alguna vez me había convencido a mí mismo, nunca por demasiado tiempo, de que podía desearla. Pensé que debía de estar hambriento, pero no podía hacer nada para remediarlo. Nunca se me cruzó por la cabeza la idea de conducir hasta Dunstreet para cenar allí. Retrocedí con el auto hasta la hondonada verde y tomé el camino. Luego apagué el motor y dejé que el auto se deslizara lenta y silenciosamente por la pendiente hacia el bosque que esperaba al pie de la colina. Solo cuando estuve entre los árboles encendí el motor y los faros. Pasé junto al cruce y al llegar al desvío de Grane, sin vacilar ni calcular nada, doblé a la derecha.

Cuando el olor a sal empezó a invadir el aire, llevé el auto hacia los árboles, apagué el motor y los faros y regresé a pie hasta el camino. Estaba bastante cerca del puente, pero con la protección de los árboles y la oscuridad el auto no corría peligro de ser descubierto. Caminé hasta el puente y me detuve allí, apoyado contra el pretil y contemplando la tenue fosforescencia del agua en la caleta. Tardé en advertir la cercanía del auto en el camino y solo eché a correr cuando los faros ya alumbraban la entrada del puente. Me arrojé entre los árboles cuando el auto entraba lentamente en el puente y luego, mientras las luces pasaban junto a mí y apuntaban hacia el sendero, me arrodillé en el lecho de hojas húmedas y lo miré pasar. Era el Morris verde con Claudia al volante. A su lado no había nadie. Conducía con la cabeza en alto y sacando el largo mentón ligeramente hacia afuera. Cuando el auto llegó a la pendiente cambió de marcha con fluidez y aceleró con suavidad hasta llegar a la curva que había en lo alto. Sabía exactamente adónde iba.

Salí al sendero y la seguí, caminando con el ritmo febril de una pesadilla o del agotamiento extremo. Cuando atravesé los rododendros, la parte trasera de la casa estaba llena de luces, pero fueron apagándose, una tras otra, mientras las observaba.



## CAPÍTULO XIX

CUANDO LLEGUÉ AL FINAL DEL SENDERO vi que el corralito había desaparecido. Supongo que con la tía Elizabeth fuera de la vida activa y los autos de los médicos que entraban y salían, era mejor deshacerse de él. Me detuve allí y por primera vez hice un esfuerzo coherente para evaluar la situación. Ignoraba en qué condiciones estaría la tía Elizabeth. Aunque no hubiese vuelto a caminar, tal vez fuera capaz de oír una voz desconocida hablando con Claudia o incluso pasos desconocidos sobre la grava. Además, podía haber más gente en la casa, aunque conociendo a Coster eso parecía improbable. Debía contar con al menos un par de ojos y otro de oídos e intentar comunicarme con Claudia a pesar de ellos. Pero era incapaz de tanta sutileza, o tal vez ya ni siquiera me importaba.

Caminé hasta la puerta principal. No creo haber hecho ruido adrede, pero tampoco recuerdo haber tomado precaución alguna para entrar sigilosamente, aun en medio de ese silencio espantoso. Cerré la mano sobre el picaporte y mientras lo hacía se movió y cedió. Claudia estaba parada allí en el vestíbulo, con la mano todavía sobre la puerta. Las luces del vestíbulo estaban apagadas, pero el reflejo de la luz del piso alto bastaba para iluminarme completamente contra la oscuridad que había a mis espaldas. Lo que recuerdo con mayor claridad es que por primera vez ella parecía mirarme desde abajo. Tal vez el umbral era un poco más alto que el nivel del piso del vestíbulo. No lo había advertido antes. Me miraba debajo de sus cejas oscuras, esbozando una sonrisa que dejaba ver los dientes blancos y fuertes, pero no había en ella demasiadas señales de bienvenida. Fue mucho después cuando la asocié con la sonrisa que había visto en la cara de Peter antes de abandonar su departamento aquella misma mañana. Al recordarlas ahora, ambas escenas parecen haber estado más cerca en el tiempo. En aquel momento, mientras tenía a Claudia frente a mí, la mañana parecía increíblemente remota y ya casi la había olvidado.

—¡Johnnie! ¿Cuándo llegaste? —dijo.

Salió y cerró la puerta tras ella. No creo que dejara de avanzar hacia mí un segundo, pero el tiempo que pasamos contemplándonos pareció objetivamente mensurable. Imagino que retrocedí ante semejante sonrisa, porque estaba demasiado cerca de la puerta, pero cuando la cerró desde afuera y se volvió hacia mí aún estábamos a unos centímetros de distancia.

—Acabo de llegar —dije—. Estaba junto al puente cuando te vi pasar.

Ella no dejaba de avanzar. Apoyó una mano sobre mi brazo, me volví y caminé a su lado. Caminamos por la grava hacia el sendero. Cuando llegamos al último rododendro, se detuvo.

—Nunca me anunciaste que vendrías, Johnnie.

—No fue una decisión deliberada. Vine porque tuve que hacerlo.

—Lo siento, Johnnie. Quiero que te vayas. ¿Me harías ese favor?

Tenía ambas manos sobre mis hombros. Los dedos me aferraban con una desesperación inconsciente. Su cara, echada hacia atrás a unos pocos centímetros de la mía, brillaba en la oscuridad con una palidez fantasmal.

—Ahora mismo —dijo—. Vete, te lo ruego, Johnnie.

Supongo que es cierto que dejé de amar a Claudia después de ese momento, pero no es menos cierto que en ese instante la amé como nunca antes. Me pedía demasiado, por supuesto. Estaba cansado, muy hambriento y presa de una indecisión casi patológica. Pero estaba enteramente en sus manos. Sabía casi desde el principio que tarde o temprano llegaría este momento y ahora había llegado. Había entrelazado los dedos de mis manos detrás de su nuca mientras nos mirábamos fijamente. Cuando oí el portazo dentro de la casa sentí que sus músculos se tensaban y enseguida empezó a retroceder con fuerza para librarse de mí.

El ruido fue estrepitoso. Hasta que empezaron los ruidos no tenía idea de lo estentóreo que sonaría todo en medio de aquel silencio sepulcral. Esta vez la tía Elizabeth no gritó, como lo había hecho con el incidente del perro, al menos no al principio. Era una suerte de gruñido de pura furia que iba creciendo hasta transformarse en frustración y pánico. “No”, dijo. “No. No. No”. Siguió repitiendo “no” a intervalos regulares pero extrañamente largos, de modo que cada vez que decía uno yo esperaba, inconscientemente, el próximo. Las palabras llegaban en una escala ascendente, no sé con qué frecuencia, tal vez unas veinte veces. La última vez, infló de repente los pulmones y gritó con todas sus fuerzas.

Claudia y yo permanecemos allí, aferrados uno al otro, casi tiesos. No sé

si logré dominarla o si era, al igual que yo, incapaz de moverse. Dentro de la casa seguía el movimiento. Luces que se encendían y se apagaban, puertas que se cerraban de golpe y ruido de pies que corrían. Vi y oí todo eso por encima del hombro, por decirlo de algún modo, sin moverme. Luego de aquel alarido convulso no volví a oír a la tía Elizabeth. El siguiente ruido reconocible fue el del motor de un auto, que se puso en marcha con un rugido en el extremo opuesto de la casa. Cuando los faros se encendieron, vi la silueta de la casa recortada contra ellas, pero enseguida empezaron a moverse y un instante después el auto dobló por la curva y todo se iluminó con la luz blanca de los faros.

Fue gracias a la luz de los faros que vi la puerta abierta y a la tía Elizabeth corriendo sobre la grava. Llevaba puesta su bata roja y pantuflas, y tenía el pelo recogido en dos trenzas monstruosas que se meneaban como las de una niña. Corría agazapada, casi encorvada, con sus dos largos brazos extendidos hacia adelante y tanteando el aire con sus manitos. Movía la cabeza para un lado y para otro, como un animal en busca de una presa. Oyó el auto, por supuesto, y supongo que sabía dónde terminaba el sendero. Las luces no existían para ella y corría directamente hacia el auto.

El auto aceleró salvajemente lanzando una lluvia de grava. Ya estaba cobrando velocidad cuando la tía Elizabeth se cruzó delante de él. Su mano izquierda se enganchó en el espejo retrovisor y el tirón la hizo girar violentamente, de modo que se precipitó, todavía agazapada, de cabeza contra el radiador. Se oyó una suerte de crujido ahogado y el enorme cuerpo rebotó como un bulto hacia un costado, fuera del alcance de las ruedas. Luego todo desapareció bajo la luz cegadora de los faros y en la absoluta oscuridad que la reemplazó de inmediato. El auto avanzó por el sendero sin disminuir la velocidad. De pronto, los cambios chirriaron como un animal fantástico y oí el ruido metálico de los neumáticos que resonaba entre los arbustos a ambos lados del camino.

No sé cuánto duró todo esto. Sé que cuando terminó yo aún seguía parado allí, al igual que Claudia, aunque ya no nos aferrábamos el uno al otro. Creo que fue la última vez que la toqué. Extraje mi linterna del bolsillo y me acerqué a la tía Elizabeth. Esta vez alguien había acabado con ella. Además del daño en su cabeza, el cuello parecía completamente quebrado. Claudia debió de haberme seguido. La vi de pie delante de mí, con la mirada clavada en aquel bulto horrible iluminado por mi linterna. Era como volver a ver aquel ciervo atropellado bajo los faros del auto. Primero el ciervo con el

perro que gruñía, luego el perro con la anciana que gritaba, y ahora la anciana misma. Había demasiados cadáveres esparcidos por ahí y yo era incapaz de lidiar con ellos. No sé por qué dicen que es bueno conocer nuestras propias flaquezas. Según mi experiencia nada es más fatal.

Claudia puso un pie bajo la luz de la linterna. Siempre llevaba zapatos muy elegantes, y advertí lo perfectos que eran su pie y su zapato. Apartó con el pie una de las trenzas blancas de la tía Elizabeth y examinó la cara vuelta hacia un costado. Luego se apartó del cuerpo y me miró.

—“No toquéis lo que ha muerto; ningún cadáver es suave al tacto” —dijo.

No sé de dónde sacó esa frase, pero la recitó rítmicamente, como un conjuro. El efecto fue increíblemente horrendo. En ese instante las luces externas de la casa se encendieron y Coster apareció en el vano de la puerta, gritando con una vocecita que sonaba como un maullido.

—¡Señorita Claudia! ¡Señorita Claudia! —dijo—. ¿Vio a la señorita Elizabeth? Creí haber oído algo.

Claudia se echó a reír. Se quedó parada allí, con las piernas separadas, las manos detrás de la espalda, mientras la risa se apoderaba poco a poco de ella, hasta que resonó por doquier. Supongo que para una mujer sorda el espectáculo podría parecer un ataque de histeria. Me aparté y apunté mi linterna hacia lo que quedaba de la tía Elizabeth. Coster corrió a toda velocidad y se arrodilló junto al cuerpo. Luego empezó a alzarlo, pero cada vez que aferraba una de sus partes —una extremidad, la cabeza bamboleante o la punta de la bata roja— resbalaba de sus manos y eso la enfurecía. Creo que al cabo de un rato logró alzarla. Sabía que podía hacerlo. Me volví para no ver semejante espectáculo y empecé a caminar hacia el sendero.

Creo que Claudia gritó mi nombre una vez, pero su voz todavía temblaba de risa y no la oí con claridad. Afortunadamente para mi equilibrio emocional, había destinado todos mis recursos mentales a la tarea de no vomitar. Al fin, caminando muy lentamente y con paso firme por la pendiente del sendero, entre los rododendros, logré lo que me proponía. Dentro de mí no había nada que pudiera vomitar. Y de todos modos no me habría aliviado.

Cuando llegué a mi auto Claudia ya me parecía increíblemente lejana y tenía todo el tiempo a mi favor. Saqué el auto de entre los árboles y conduje por la ruta de Dunstreet hasta llegar al desvío que desembocaba en el cruce. Doblé a la izquierda y luego tomé el camino de la derecha. Cuando dejé atrás los árboles, me acerqué al costado del camino y me detuve. No quería

apresurar las cosas y deseé saber cuánto tiempo había pasado desde que el auto negro había atravesado a toda velocidad el sendero de la casa, con su conductor enloquecido y probablemente con un mechón de pelos blancos incrustado en la parrilla del radiador.

Me di cuenta de que no tenía la menor idea del tiempo transcurrido y no me parecía que valiera la pena preocuparse por eso. Seguí conduciendo cuesta arriba por la colina sin encender los faros. Eso me tomó algo de tiempo, pero me las arreglé para encontrar la huella que llevaba a la mina.

El auto negro estaba estacionado en la primera hondonada. Dejé el mío junto a él y caminé por la huella. La oscuridad era tan densa como la primera vez, pero cuando entré en la segunda abertura vi, a través de la valla, el resplandor de una luz que se movía en la oscuridad cerca de la boca del pozo. Recuerdo haber pensado cuán desconcertante habría sido esto si no lo hubiera esperado. Pude ver, gracias a esa fosforescencia, que habían abierto la brecha en la valla y vuelto a colocar los alambres en su lugar. El hombre no esperaba visitas.

Empecé a avanzar. Me llevó algunos minutos, porque me movía con una enorme cautela. Oía ruidos ahogados que venían del pozo y pensé que era probable que los sonidos resonaran en ambas direcciones. Atravesé la brecha sin dificultad, pero pisé demasiado adentro con uno de los pies. Había olvidado por completo la barreta. La había dejado apoyada contra la valla antes de salir la primera vez y allí quedó. Supongo que si el hombre hubiera caminado directamente hacia la escalera no la habría tocado. Sea como fuere, él no la había derribado. Pero yo la tumbé con el pie y cayó con el ruido ensordecedor que había hecho la vez anterior.

La luz en el fondo del pozo se apagó. Me agazapé allí, junto a la escalera, sin mover un músculo. Respiré lo más silenciosamente que pude con la boca abierta. Nunca antes había oído semejante silencio. No sé cuánto tiempo duró esto. Finalmente, extendí una mano, toqué el metal frío de la barreta y la recogí. Con la otra mano, extraje mi navaja del bolsillo. La abrí con los dientes y la dejé detrás de mí con la hoja apoyada sobre la soga. Era una buena hoja y la mantenía siempre muy afilada. Luego saqué mi linterna. Con ella en la mano izquierda y la barreta en la derecha, me arrastré muy lentamente siguiendo la soga hasta el borde del pozo. Aún no llegaba nada desde abajo, ni luz ni ruido. Avancé hasta asomar la cara y miré hacia la oscuridad que se abría debajo. Con la mano izquierda coloqué la linterna sobre el borde y la apunté hacia el fondo. Y esperé.

Fue solo cuando sentí el primer tirón en la soga que encendí la linterna. Una cara blanca y encandilada me miraba desde el fondo del pozo, como la cara de un ahogado debajo del mar. Era Peter. Se aferraba con ambas manos a la escalera y tenía un pie en el primer peldaño. Durante algunos segundos permaneció inmóvil allí, con la cabeza echada hacia atrás y la mirada fija en la luz. No parecía estar demasiado lejos, a pesar de la profundidad del pozo. Luego asomó la lengua y la agitó entre los labios.

—¿Quién anda allí?

—Adivina —dije.

Ambos susurrábamos. Un hombre abandonado en el fondo de aquel pozo podría haberse echado a gritar como loco, día y noche, hasta perder la voz, y nadie lo habría oído, pero Peter y yo nos hablamos susurrando como un par de niños en un dormitorio luego de que se apagaran las luces. El pozo amplificaba los sonidos como un megáfono y no teníamos dificultad alguna para oírnos.

—¡Johnnie! —dijo.

Alzó el otro pie hacia la escalera.

—Quédate donde estás, Peter —dije—. Puedo cortar la soga en cinco segundos y entonces te quedarás ahí. No te muevas, por ahora. Quiero hablar contigo.

Permaneció inmóvil durante un momento, con la cara todavía orientada hacia la luz. Luego volvió a pasarse la lengua por los labios. Sacó primero un pie de la escalera y enseguida el otro y se quedó parado allí, aferrándose a la soga. Trató de sonreír, pero su sonrisa no era más cálida que la última que le había visto.

—De acuerdo, Johnnie. ¿Qué quieres? —dijo.

## CAPÍTULO XX

—¿TIENES LA TAZZA ALLÁ ABAJO, con estuche y todo?

—Sí.

—¿Está a salvo?

—Por supuesto que está a salvo.

Podía ver el nicho de losas de piedra construido por Peter porque sabía que estaba allí. Hasta había logrado cubrir el frente. La *tazza* estaba bien segura allí dentro.

Pensé durante unos segundos sin dejar de mirarlo.

—¿Qué te dijo el viejo Levinson? No pudo haberte dicho dónde estaba la *tazza*.

—No lo hizo. Me contó los detalles porque eran demasiado fantásticos. Y él quería que yo estuviese completamente seguro de que la *tazza* existía. Después de todo, yo había publicado su artículo. Me habló de ese fantástico caserón escondido entre los árboles y de la anciana ciega abrazada a su tesoro y de su promisoriosa y ávida sobrina. Lo único que no me dijo fueron los lugares ni los nombres.

—¿Y los obtuviste cuando murió?

—Bueno, en realidad, los obtuve gracias a ti, Johnnie.

Volví al principio de la historia.

—¿Cenaste con él la noche en que murió? —dije.

—Sí, cené con él aquella noche.

—Querías sacarle dinero, ¿verdad?

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—No pretendas engañarme, Peter. No estás en condiciones de engañarme acerca de nada. Tu revista está en bancarrota, ¿no es cierto?

Agitó la escalera con ambas manos, pero no hizo ningún otro movimiento.

—Maldito seas —dijo—. Maldito seas, maldito seas, Johnnie Slade. Te

odio con toda mi alma. Pero, a decir verdad, ni siquiera lo mereces.

—Se te acabó el dinero —dije—, y pensaste que podías sacarle algunos billetes al viejo Levinson. Pero no era tonto. Te ofreció una cena agradable y uno de sus cigarros, pero te dijo que no. Entonces te fuiste hecho una furia y él murió.

De repente sacudió la cabeza.

—En eso te equivocas —dijo—. Se murió y después me fui. Murió allí mismo, frente a mí. Estaba hablándome y de pronto apoyó su cigarro y simplemente se quedó seco.

—¿Eso fue todo? ¿Y luego te dedicaste a revolver sus cosas y encontraste lo que buscabas?

—No. Ya te lo dije. No obtuve nada de Levinson, ni vivo ni muerto. Se me ocurrió la idea, por supuesto, del mismo modo en que seguramente se te ocurrió a ti. Pero llegaste en ese preciso momento, maldito seas. No sabía que fueras tú, desde luego, no hasta mucho tiempo después. Oí que alguien tocaba el timbre y comenzaba a subir las escaleras. Pensé que todavía existía una posibilidad de buscar lo que quería, así que me escondí en otra habitación del mismo piso. Oí que alguien, que de hecho eras tú, subió y encontró a Levinson. Esperaba que volvieras a salir y me dieras una oportunidad, pero al cabo de un rato oí que hacías una llamada telefónica y supe que no tenía sentido esperar. De modo que salí de la casa antes de que llegara la policía. Solo que, conociéndote, Johnnie, naturalmente me pregunté qué te traías entre manos antes de que hicieras esa llamada en busca de ayuda. Y decidí vigilarte. ¿Qué harías tarde o temprano? Te meterías en tu auto y conducirías hacia Dunstreet. La primera vez regresaste con las manos vacías y la segunda te seguí. ¿Y qué encontré en Dunstreet? Un caserón fantástico escondido entre los árboles y una anciana ciega y una sobrina más que promisoría. Una vez que descubrí todo eso, solo era cuestión de encontrar los medios.

—Pero no quieres la *tazza*. Solo quieres el dinero.

—Oh, claro que sí. Pero la *tazza* valdrá una fortuna cuando muera la anciana. Por cierto, ¿cómo está?

—Muerta. La atropellaste con tu auto.

Se hizo silencio durante varios segundos. Las voces —todavía susurradas, Dios sabe por qué— se callaron en aquel megáfono de roca y Peter permaneció inmóvil allí, bañado por la luz fija de la linterna. Esta vez sí sonrió.



—Vaya, quién lo hubiera dicho. Hice todo lo posible por quebrarle el maldito cuello y no lo conseguí. Y luego, una vez que estoy a punto de darme por vencido y cambiar de plan, la mato sin querer.

—¿A qué te refieres con eso de cambiar de plan?

—Bueno... Sabía dónde estaba la *tazza*. Lo cual, por otra parte, es más de lo que tú sabías, Johnnie. De todos modos, pensé que en lugar de hacer un nuevo intento con la tía, le quitaría la *tazza*, la escondería en un sitio seguro y luego haría un trato con la sobrina. Y ahora descubro que hice ambas cosas.

—¿Ibas a traicionar a Claudia?

—Si quieres verlo así... Solo que intentar traicionar a la bella Claudia es casi como intentar escapar de una serpiente de cascabel. Claudia es la astucia personificada.

—Ella simplemente podía acudir a la policía.

—Pero no podía denunciarme; no a mí. Sé demasiado. Podíamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué piensas hacer ahora, Peter? Es decir, si no corto la soga.

—No podrías hacerlo, mi querido Johnnie. Conozco muy bien al pequeño Johnnie. Parece un niño malo, pero es incapaz de cortar la soga. No, todos tendremos que llegar a un acuerdo, ¿no crees? Tú y yo y nuestra brillante Claudia. —Se detuvo y frunció el entrecejo—. ¿No le habrás contado a Claudia acerca de este lugar? ¿No estarás tan loco por ella para hacer algo así?

Negué con la cabeza y recordé que él no podía verme debido al haz de la linterna.

—No —dije—. Nadie sabe sobre este lugar, salvo tú y yo, Peter.

Durante un par de segundos de silencio absoluto tomamos conciencia de lo que implicaba esa frase. Luego, él dijo:

—¿No? Muy bien, entonces eso deja afuera a Claudia. El problema contigo, mi querido Johnnie, es que realmente creo que no estás interesado en el dinero. Quieres la *tazza*. Estás chiflado, por supuesto. Pero siempre lo supimos. Tendré que pensarlo.

Apagué la linterna, me arrodillé sobre el suelo de roca, apoyé en él la linterna y la barreta y tomé la soga. Luego jalé de ella, una mano tras otra, con desesperación, tratando de subir la escalera para dejarla fuera de su alcance. Se oyó una especie de forcejeo en el fondo del pozo y la soga se

trabó de golpe entre mis manos. Me quedé allí en la oscuridad, respirando con dificultad, con la sogá tirante entre las manos y el extremo sobrante alrededor de los pies. La voz de Peter dijo:

—Es inútil, Johnnie —seguía susurrando—. Estoy colgado de la escalera. No puedes levantarme con ella, mi querido Johnnie. Y de todos modos, imagino que no es eso lo que querías. Es obvio que no puedes recogerla sin mi ayuda.

Dejé caer la sogá y la oí deslizarse de nuevo por el borde del pozo. Volví a arrodillarme y apunté la linterna hacia él.

—Necesito tiempo para pensar —dije.

Esta vez sonrió casi con alegría.

—Piensa todo lo que quieras, Johnnie —dijo—. Pero voy a subir. No voy a quedarme aquí abajo mientras piensas.

De pronto puso un pie en el primer peldaño de la escalera. Parecía bastante decidido.

—No subas, Peter —dije—. Tengo mi navaja aquí, sobre la sogá. Puedo cortarla en cuestión de segundos. Te lo advierto. No subas.

Vaciló, alzando los ojos hacia la linterna. Luego puso deliberadamente su otro pie sobre el peldaño y empezó, muy lentamente, a subir.

—Sí, pero no lo harás —dijo—. Estoy subiendo, Johnnie.

Me volví, con linterna y todo, y tomé el cuchillo. Presioné con la navaja en la sogá y sentí que la hoja se hundía limpiamente en ella. En el borde del pozo la sogá se movió y empezó a correr, y oí que Peter subía jadeando la escalera en medio de la oscuridad.

—¡Johnnie! —susurró—. ¿Qué pretendes, Johnnie? Estoy en la mitad de la escalera, Johnnie. Si fuera tú no cortarías la sogá ahora mismo, ¿no te parece?

Sentí que más fibras cedían bajo el filo de la navaja. Luego solté la navaja y volví al pozo. Cuando apunté con la linterna hacia abajo, él debía de estar un poco más arriba de la mitad del trayecto. No parecía estar a más de tres metros y medio debajo de mí. Subía muy lentamente, sin apartar jamás los ojos de lo que él sabía que lo esperaba detrás de la luz de la linterna. Dos veces más, mientras lo observaba, subió las manos, seguidas de los pies.

—No avances más, Peter —dije—. ¿No entiendes, acaso? Tienes que quedarte donde estás.

Dejó de subir y se quedó inmóvil.

—Johnnie, Johnnie, es inútil —dijo—. No puedes detenerme, por más

que quieras. Y tenemos que llegar a un acuerdo. No puedes confiar en Claudia, ¿sabes? La conozco tan bien como tú. También sabes eso, ¿verdad? O probablemente mejor.

Sentí como si una mano penetrara con fuerza en el interior de mi estómago y lo retorciera salvajemente. Solté el aire en un largo suspiro. Peter lo oyó.

—Para ser honesto, Johnnie, aunque todo es agua para su molino, realmente pienso que ella me prefiere —dijo—. Piensa que eres un poco... bueno, un poco atípico, quizá. Pero eso no debe interferir entre nosotros, en ningún sentido.

Empezó a subir otra vez.

—Detente —dije—. Detente, maldito idiota.

Negó con la cabeza.

—No harás que me detenga, mi viejo y querido Johnnie. Voy a subir y discutiremos el asunto. Te sentirás mejor cuando hayamos llegado a un acuerdo y esa maldita *tazza* esté a salvo en Sotheby's.

Peter subió por la escalera de sogas, un peldaño por vez, con un movimiento rítmico, casi hipnótico, que yo sabía que era deliberado, hasta que su cara estuvo a unos treinta centímetros debajo de la linterna.

—No —dije—. No. No.

Ahora que lo pienso, eso era lo que había dicho la tía Elizabeth. Peter estaba acostumbrado a que la gente le dijera que no. Nunca parecía importarle demasiado.

Me incorporé para alejar la linterna de sus manos y mi rodilla derecha golpeó con fuerza contra la barreta. Dije “no” otra vez, pero él sonrió y subió otro escalón. Casi deliberadamente, pero casi también inevitablemente, me apoderé de la barreta con la mano derecha, la alcé y, aún arrodillado, la descargué sobre su cabeza con toda mi fuerza. La linterna nunca se apartó de su cara. Su expresión no cambió mucho, pero pareció un poco perplejo y decepcionado, como si algo no hubiese salido del todo bien. Un grueso hilo de sangre brotó repentinamente debajo de su pelo oscuro y corrió por el costado de su cara y de su cuello. Parecía una cuerda de seda roja, que latía suavemente bajo la luz de la linterna. Vaciló, soltó una de las manos de la escalera y se la llevó débilmente a la cabeza, como si quisiera espantar una mosca. Luego volvió a posarla en la escalera y retomó el ascenso. No intentó cubrirse la cabeza aunque debió de ver la inminencia del segundo golpe.

Yo aún no advertía lo que se proponía. Seguía teniendo la misma

expresión en la cara. Sus ojos estaban abiertos y no dejaban de mirarme. Simplemente soltó las manos de la soga. Su cuerpo cayó de espaldas, pero sus pies permanecieron donde estaban. Luego sus pies se alzaron del peldaño donde se apoyaban y Peter se desplomó de cabeza en picada. La luz de la linterna siguió su caída y vi brotar el chorro de sangre, con forma de estrella, cuando su cabeza ya herida golpeó la roca.

Me incorporé y arrojé la barreta en el pozo. No importaba dónde cayera. La *tazza* estaba bien protegida. Hizo aún más ruido del que había hecho arriba, pero de pronto comprendí que por más ruido que hiciera no tenía ninguna importancia. Apagué la linterna y la guardé en el bolsillo.

La oscuridad y el silencio me rodearon simultáneamente, era una oscuridad absoluta y un silencio no menos absoluto. No había hecho demasiado esfuerzo y por ende no me sentía cansado. Nada se movía en el fondo del pozo. A estas alturas ya no tenía la menor duda. Sabía qué tenía que hacer. Puede que hubiera alguna dificultad práctica para subir por la escalera la *tazza* dentro de su estuche, pero Peter la había bajado y debía de haber traído alguna bolsa o algo similar. Me puse a gatas y me arrastré siguiendo la soga hasta llegar al borde del pozo.

Recordé entonces el corte que había hecho en una parte de la soga. Me volví y retrocedí arrastrándome hasta ella. La examiné durante unos segundos bajo la luz de la linterna, pero aún parecía resistente.

Ya había hecho esta maniobra antes y no había la menor dificultad al repetirla. Acomodé las manos y los pies en la escalera y empecé el descenso. Solo cuando estaba a mitad de camino empezaron los problemas. Fue por eso, en definitiva, que tuve algunos segundos de duda acerca de si lograría subir otra vez.

Ya describí cómo había sido el descenso. Bajar un pie, tantear en busca de la soga de la escalera, apartarla de la roca y acomodar el peldaño con el empeine antes de descansar en él el peso del cuerpo. El único momento dramático durante el primer descenso había sido cuando mi pie extendido chocó de repente con la roca. Ahora me encontraba a mitad de camino cuando advertí que esta vez mi pie no chocaría contra la nada.

Me detuve en seco. No sé durante cuánto tiempo permanecí allí, pero debió de haber sido un rato largo, mientras juntaba fuerzas colgado de esa escalera oscilante sobre la oscuridad más absoluta. Si hubiera podido encender una luz o si hubiera podido convencerme a mí mismo de que Peter no estaba muerto, podría haber bajado, pero no contaba con ninguna de las

dos cosas. Era culpa de aquel maldito perro muerto sobre el piso de la despensa y de Claudia, con ese verso horrible acerca de las cosas que no son suaves al tacto.

En un instante vacilaba acerca de si podría bajar y al siguiente me encontraba luchando desesperadamente para quedarme donde estaba. No es fácil echar el torso hacia delante cuando se está en una escalera de sogas. Enganché un codo en el peldaño al que estaba aferrado y me eché hacia delante mientras las conocidas oleadas de náusea negra me recorrían el cuerpo. Fue el dolor en los músculos del brazo lo que al fin me sacó de ese estado. Aun con el apoyo de los pies, no se puede permanecer colgado de una escalera de sogas sin poner un peso enorme en los brazos y los hombros.

A medida que mi mente se despejaba, empecé a subir de nuevo y supe de inmediato que salir del pozo iba a costarme un gran esfuerzo. No creo que, a decir verdad, me haya llevado mucho tiempo. Lo peor fue al final, cuando tuve que empujar mi cuerpo por encima del borde. Solo había una agarradera en ese tramo de la soga y tenía ambas manos muy cansadas. Me eché sobre la roca desnuda y permanecí allí, acostado, durante uno o dos minutos, mientras recuperaba el aliento. Luego me alejé arrastrándome de ese maldito pozo, extraje la linterna y empecé a desatar la soga de la valla. La habían atado con bastante destreza. Tuve que jalar bastante. Y, para colmo, todavía había un peso muerto que arrastraba con fuerza la soga hacia el fondo del pozo. Finalmente logré soltar el nudo y la soga se desprendió de la valla. El cabo se deslizó a toda velocidad por el suelo de roca y se perdió fugazmente en el borde del pozo como una serpiente dentro de su madriguera. Había miles de escaleras de sogas más en el mundo.

Atravesé la brecha y volví a colocar con cuidado el alambre en su lugar bajo las grapas que lo sujetaban, que luego martillé con una roca. Con una nueva capa de humedad y de polvo, la valla volvería a lucir como si no hubiese sido tocada en años.

Caminé hasta el auto de Peter. Fue uno de los peores momentos, pero las llaves estaban puestas. Me calcé sus guantes de conducir, encendí el motor y retrocedí marcha atrás hasta el camino. Luego conduje por la colina hasta llegar al promontorio. Allí no había playa, pero lo dejé avanzar y precipitarse por una larga pendiente de roca hasta que sus ruedas delanteras quedaron casi sumergidas en el agua. Lo abandoné allí. No me tomé el trabajo de buscarlos, pero debía de haber una mancha pegajosa y un mechón de pelo blanco pegados en algún lugar del radiador.

Luego volví caminando hasta mi auto. No sé cuánto tiempo me llevó esto, pero todavía quedaba algo de luz en el cielo cuando pasé de largo el letrero que indicaba el camino a Grane y tomé la ruta a Londres. Hacía todo automáticamente pero, al mirar hacia atrás, no creo que haya cometido ningún error.

Todavía, mientras escribo esto, no tengo en mi poder la *tazza* Verzelini, pero sé dónde se encuentra y también sé que está a buen resguardo. Iré a buscarla muy pronto. Ya tiene su ficha en mi catálogo, pero no he completado aún todos los detalles. He leído todos los libros sobre el tema y, conociendo las condiciones existentes en el fondo del pozo, sé que un par de años serán suficientes. La humedad habrá estropeado un poco el estuche, pero la *tazza* seguirá intacta. En última instancia, casi todo se pudre con el tiempo, pero el cristal no. El cristal nos sobrevivirá a todos.

**PHILIP MAITLAND HUBBARD** nació el 9 de noviembre de 1910. Estudió en Oxford, en el Jesus College, ganó el premio Newdigate de poesía, sirvió a su patria en la India, se dedicó un largo tiempo y en distintas empresas a los negocios y se casó, tuvo tres hijos, se retiró –a la costa, a la campiña– y escribió más de diez novelas en las que están presentes el misterio y la obsesión.

Murió el 17 de marzo de 1980. Tras los datos en apariencia triviales de la biografía se oculta, como tras la de otros fenómenos de la literatura inglesa –Edward Thomas, por ejemplo–, una secreta y reservada potencia, que lo ayudó a escribir, en un período relativamente corto (de 1963 a 1977), novelas temáticamente muy distintas. Entre ellas, se destacan *Flush as May* (1963), *The Holm Oaks* (1966), *High Tide* (1971), *The Dancing Man* (1971) y *The Causeway* (1976).



Título original: *A Hive of Glass*

© 1965 by Caroline Dumonteil, Sian Phillips and Maria Marcela Appleby Gomez

© 2014 Ernesto Montequin, de la traducción

© 2014 La Bestia Equilátera S.R.L.

Aguilar 2023

Buenos Aires, Argentina

[www.labestiaequilatera.com](http://www.labestiaequilatera.com)

[info@labestiaequilatera.com](mailto:info@labestiaequilatera.com)

eISBN: 978-987-1739-94-3

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Conversión a formato digital: Cecilia Espósito

Hubbard, P.M.

La colmena de cristal. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
: La Bestia Equilátera, 2015.

EBook

Traducido por: Ernesto Montequin

ISBN 978-987-1739-94-3

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Ernesto Montequin, trad. II.  
Título

CDD 823



Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

## OTROS E-BOOKS DE LA BESTIA EQUILÁTERA

*El cocinero*

Harry Kressing

*Uno es un número solitario*

Bruce Elliott

*Mi ángel tiene alas negras*

Elliot Chaze

*El espectro de Alexander Wolf*

Gaito Gazdanov

*La mujer de Guatemala*

*Amor ciego*

V.S. Pritchett

*Toque de queda*

Jesse Ball

*Esto no es una novela*

*La soledad del lector*

David Markson

*Mi perdición*

*Que el mundo me conozca*

Alfred Hayes

*Robinson*

Muriel Spark

*Pájaro de celda*  
*Payasadas*  
*Desayuno de campeones*  
*Cuna de gato*  
Kurt Vonnegut

*Nuevo museo del chisme*  
Edgardo Cozarinsky

*Rojo Floyd*  
Michele Mari

*Rimbaud en Java. El viaje perdido*  
Jamie James

*Una vida plena*  
J.L. Davis

*No mires abajo*  
William Sansom

*La muerte de la polilla y otros ensayos*  
Virginia Woolf

*El señor de la luz*  
Maurice Renard

*El caballero que cayó al mar*  
H.C. Lewis

*El mármol*  
César Aira

*Siluetas*  
Luis Chitarroni

*La Perla del Emperador*  
Daniel Guebel

*Desalmadas*

María Martoccia

*Jataka. Cuatro fábulas budistas*

María Martoccia - Javiera Gutiérrez